UNIVERSIDAD CATÓLICA ANDRÉS BELLO – CARACAS

FACULTAD DE HUMANIDADES Y EDUCACIÓN

ESCUELA DE COMUNICACIÓN SOCIAL

MENCIÓN: ARTES AUDIOVISUALES

TRABAJO ESPECIAL DE GRADO AÑO ACADÉMICO 2008 – 2009

Tío Tigre y Tío Conejo de la mano de Antonio Arráiz

Adaptación Radiofónica de los cuentos de Tío Tigre y Tío Conejo en micros radiales para niños en edad preescolar

Trabajo de investigación presentado por:

Mariel Jubianka Rendón Alvarez

a la Escuela de Comunicación Social

como requisito parcial para obtener el título de Comunicador Social

TUTOR

Carlota Fuenmayor

Caracas, septiembre 2009

Planilla de evaluación

Fecha: _____

Escuela de Comunicación Social
Universidad Católica Andrés Bello

En nuestro carácter de Jurado Examinador del Trabajo de Grado titulado:

_____

_____

_____

realizado por la estudiante:

1	

que le permite optar al título de Licenciado en Comunicación Social de la Universidad Católica Andrés Bello, dejamos constancia de que una vez revisado el mencionado trabajo y sometido éste a presentación y defensa pública, se le otorga la siguiente calificación:

Calificación final: En números _____ En letras: _____

Observaciones: _____

_____

_____

_____	_____	_____
Presidente del Jurado	Tutor	Jurado

A Dios Todopoderoso, por estar siempre conmigo y acompañarme en todo momento y darme el empuje necesario para que este sueño llegase a ser real y que en realidad me permitió cursar todas las etapas de enseñanza y aprendizaje sin obstáculo alguno hasta llegar a la aprobación de la segunda etapa de mi vida, ser una profesional…

A mi tutora, la Licenciada Carlota Fuenmayor, por su ayuda desinteresada, asesoramiento y orientación en el trabajo realizado, que en realidad fue más que una ayuda, fue una madre, una consejera y esa mano amiga que siempre se necesita. Mil gracias…

A mis padres y hermanos, este triunfo también es de ustedes. Gracias por estar siempre ahí, a pesar de las adversidades nunca me dejaron sola y siempre cuando caí me levantaba a través de sus palabras de aliento…

A la profesora, Elisa Martínez, quien de distinta manera siempre estuvo ahí, ayudándome a sobrellevar los problemas, a combatir con mi estado de ánimo y aconsejarme cuando más lo necesite. Elisa, mil gracias...

A mis amigas, Yasmín, María Alejandra, Katy y Andrea, gracias por acogerme en su seno de amistad, gracias por llevarme de la mano en este recorrer de carrera, gracias por siempre estar ahí. Las adoro…

A mi grupo Guayanés, Nore, Carla, Joe, Pedro, Teo, gracias amigos por estar espiritualmente a mi lado…

A mi familia, los Alvarez Barreto y los Arrieche Alvarez, por siempre estar ahí cuando más los he necesitado, con sus palabras de consolación y con ese cariño incalculable…

Mil gracias a todos, Dios los bendiga hoy mañana y siempre…

A Dios Todopoderoso. Por haber iluminado, guiándome y dándome las fuerzas necesarias, para vencer todos los obstáculos que se presentaron en la realización del presente trabajo de grado especial...

A mis queridos padres, que a pesar de la dura enseñanza por la que estamos pasando, siempre estuvieron allí dándome y diciéndome, hija sal adelante, que este es un logro tan tuyo como nuestro, padres los adoro…

A mis hermanos, que son mi orgullo, mi vida, mi todo, hermanos gracias por compartir a mi lado este logro y llevar de la mano aquellos momentos de angustias, alegrías, tristezas y satisfacción. Sigan adelante, que juntos venceremos…

A mis familiares por parte de padre y por parte de madre, gracias por siempre estar allí en la buenas y en las malas, gracias por apoyarme y ayudarme a no derrumbarme a pesar de las adversidades. Mil gracias…

A mi familia putativa, que en realidad son más que eso, gracias padres y hermanos por estar siempre a mi lado y al lado de mi familia que tanto los ha necesitado, gracias por los consejos y palabras de aliento que nunca han faltado. Los adoro…

A ti, Carlota, que de una manera u otra siempre has estado en mis pensamientos, gracias por los conocimientos impartidos, gracias por hacerme sentir una más de tus alumnas. Todas las bendiciones para ti y tú familia…

A ustedes amigas y madre universitaria, mil gracias, no hay palabras que describan todo lo que las adoro, gracias por hacerme crecer a su lado, gracias por esos sabios consejos y palabras que siempre ayudan de una u otra manera…

A ti UCAB y a ustedes profesores, por enseñarme el arma de la comunicación social a través de estos cinco años de carrera, mil gracias por hacerme crecer profesionalmente…

A ustedes, mi equipo de trabajo, gracias por esa confianza que han puesto en mí, por las enseñanzas que día a día obtengo a través del trabajo profesional en equipo. Mil gracias por todo…

En realidad, muchas gracias a todas aquellas personas que pusieron en mi toda su confianza, a todo mis respeto y dedicación "GRACIAS"…

ÍNDICE

DEDICATORIA **3**
AGRADECIMIENTO **4**
INTRODUCCIÓN **9**

MARCO TEÓRICO

CAP I. TÍO TIGRE Y TÍO CONEJO DE LA MANO DE ANTONIO ARRÁIZ

1.1. El autor y su obra **11**
1.2. Cuentos de Tío Tigre y Tío Conejo
13

1.3. Principios básicos de la obra **14**

CAP II. LA RADIO

2.1. Adaptaciones radiofónicas **18**
2.2. Micros **21**

CAP III. LA RADIO INFANTIL EN VENEZUELA

3.1. Características de los niños en edad preescolar, de cuatro a seis años. **23**

MARCO METODOLÓGICO

CAP I. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA, OBJETIVOS Y MODALIDAD DE TRABAJO DE GRADO

2.1. Planteamiento del problema **26**
2.2. Objetivos **27**
1.2.1. Objetivo general **27**
1.2.2. Objetivos específicos **27**
1.3. Modalidad de trabajo de grado **27**
1.4. Justificación **27**

CAP II. CONOCIENDO EL MUNDO ANIMAL EN SU ESTADO NATURAL

2.1. Adaptación de los cuentos a micros **29**
2.2. Partiendo del libro al estudio de radio **30**
2.3. Propuesta sonora **30**
2.4. Ficha técnica **31**
2.5. Presupuesto **33**
2.6. Análisis de costos **34**

CAP III. TÍO TIGRE Y TIO CONEJO EN MICROS RADIALES

3.1. El Pobre Cucarachero **36**
3.1.1. Idea **36**
3.1.2. Sinopsis **36**
3.1.3. Tratamiento **36**
3.1.4. Personajes **37**
3.1.5. Guión Literario **39**
3.1.6. Guión Técnico **48**

3.2. La Periquita Julieta **58**
3.2.1. Idea **58**
3.2.2. Sinopsis **58**
3.2.3. Tratamiento **58**
3.2.4. Personajes **59**
3.2.5. Guión Literario **60**
3.2.6. Guión Técnico **71**

3.3. Tío Tigre Enfermo **81**
3.3.1. Idea **81**
3.3.2. Sinopsis **81**
3.3.3. Tratamiento **81**
3.3.4. Personajes **82**
3.3.5. Guión Literario **83**
3.3.6. Guión Técnico **90**

3.4. La Cucarachita Martínez y Ratón Pérez **97**
3.4.1. Idea **97**
3.4.2. Sinopsis **97**
3.4.3. Tratamiento **97**
3.4.4. Personajes **98**
3.4.5. Guión Literario **99**
3.4.6. Guión Técnico **107**

3.5. La Fundación **115**
3.5.1. Idea **115**
3.5.2. Sinopsis **115**
3.5.3. Tratamiento **115**
3.5.4. Personajes **116**
3.5.5. Guión Literario **116**

3.5.6. Guión Técnico **126**

CONCLUSIONES Y RECOMENDACIONES **135**

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS **137**

ANEXOS **139**

INTRODUCCIÓN

Para muchas personas la radio sólo era un juguete. Una moda pasajera y un vano pasatiempo para los fanáticos de los medios de comunicación. Pero hoy en día la radio es un medio capaz de transmitir cualquier tipo de información desde donde esté ubicada hasta distintos sitios de la comunidad. Es un medio que a través de las palabras permite al público recrear lo que escucha en imágenes.

Los micros radiofónicos puede definirse como una narración audiovisual educativa y recreativa, que refuerza sus elementos visuales: texto y dibujos, con elementos auditivos: voces, música y efectos de sonido. Es por ello, que la característica fundamental que diferencia a la radio de los demás medio de comunicación es el transmitir elementos visuales en elementos sonoros, porque tan sólo cuenta con una herramienta para mantener vinculado al público: la voz.

Ya que los medios de comunicación social han influenciado tanto en el público infantil, a través de sus programas educativos de televisión, su música recreativa a través de la radio, entre otros, vi pertinente realizar como trabajo de grado la creación de varios micros radiofónicos infantiles, el cual surgió como alternativa más competitiva dentro del mundo moderno de los medios de comunicación audiovisuales dirigidos a los niños.

Todo niño, al momento de nacer tiene un cuento al lado de la cuna, para que los padres en las noches a la hora de dormir les lean un fragmento de una historia llena de alegría, diversión, aventura, entre otro y esas leyendas al crecer en el adolescente hacen pauta en su vida porque les llena de felicidad y trata de construir un mundo como el de las fábulas que sus padres le leyeron.

Los libros infantiles son uno de los mejores instrumentos educativos y recreativos que les podemos obsequiar a un niño. Porque ellos no persiguen la finalidad exclusiva de entretener, también sirven para educar y estimular las distintas áreas de desarrollo del adolescente.

Es por ello, que se va a realizar una unión entre los libros infantiles y la radio para enseñarle a los niños en edad preescolar, lo importante que es la lectura a través de los cuentos de Antonio Arráiz sobre Tío Tigre y Tío Conejo, teniendo en cuenta a la adaptación radiofónica que se realizará para que estos se encuentre en el lenguaje adecuado y puedan ser escuchados en formatos de micros, los cuales pueden ser transmitidos por la radio AM y FM, ya que estos son de un tiempo muy corto y pueden ser incluidos en la programación radial de cualquiera emisora.

Esta colección de micros infantiles va dedicado a los niños en edad preescolar, para que se entretengan y eduquen a través del medio radial y pueden desarrollar ese intelecto imaginativo que lleva inmerso dentro de sí todo pequeño a esa edad.

Este trabajo especial de grado va de la mano de todos los conocimientos adquiridos durante los cinco años de carrera en Comunicación Social, donde se aprendió el lenguaje radiofónico y visual de cada medio de comunicación, sin dejar a un lado lo que nos imparte la Ley de Responsabilidad Social en Radio y Televisión, que nos indica que debemos tener producciones para los niños de esta edad.

MARCO TEÓRICO

CAP I.

TÍO TIGRE Y TÍO CONEJO
DE LA MANO DE ANTONIO ARRÁIZ

"Nuestro querido Tío tigre está en el
Apogeo de sus facultades intelectuales…"
Antonio Arráiz,
Tío tigre y Tío Conejo"

1.1. El autor y su obra

Un cuento lleno de todas las vivencias de la vida animal, junto a sus más prestigiosos seres vivos y jocosos personajes del folklore agrario, es así como el escritor Antonio Arráiz nos cuenta las riñas entre Tío Tigre y Tío Conejo al transcurrir sus escritos. Este nace en Barquisimeto, estado Lara, en 1903, hijo del Dr. Juan Arráiz y de Concepción Mujica de Arráiz, realizó esta fábula llena de aventuras y experiencias entre estos vivaces animales y los que se encontraban a su alrededor.

En 1919 viaja a Nueva York motivado por la aviación y el cine. Sobrevive en condiciones precarias pero continúa con su afición. Luego de varios años sale la primera edición de su poesía Áspero y posteriormente se une a las protestas estudiantiles en contra de Juan Vicente Gómez, del cual cae preso hasta la muerte del dictador.

Lo dejaron en la rotunda desde 1928 al 1935 en donde aprende varios idiomas y se dedica a escribir lo más que pueda. Luego de su libertad contrae matrimonio con Josefina Parra y en 1938 circula la primera edición de Puros Hombres y una selección de Áspero y Parsimonia.

Para Juan Liscano, Antonio Arráiz era un hombre de armas tomar, ya que cada uno de sus escritos, ya sea prosa, fábula, cuentos dejaba una estela de respeto y ganas de seguir leyendo su majestuosa lírica. Tal y como lo explica en su prólogo Tío Tigre y Tío Conejo, de 1945,

> "más que el mal o la maldad es la inconsciencia de la fuerza bruta, más que la voluntad agresiva la simplicidad brutal, incapaz de pensar un plan, de elaborar una venganza, en cierta forma, la inocencia del bruto…" (p.12).

Este querido escritor, "constituye un saludable reto, si bien un tanto pueril a la luz de los intereses creados por la política, lleno también de sabiduría primigenia, de libertad y de poesía" (p.13), así lo expresa el escritor Juan Liscano (1945).

Cada escritura de este autor nos lleva a conocer ya sea el mundo animal o el día a día de la cotidianidad venezolana, es una relación que él establece en sus cuentos, poemas, ensayos, novelas, entre otros.

Antonio Arráiz empieza sus escritos en 1924 cuando escribe la primera edición de su poemario de *Áspero*, los cuales rompieron con el verso tradicional y la moral puritana, e impactaron de manera profunda en la tradición literaria de Venezuela. Este poema exalta el amor libre, el deseo y la saciedad. Luego, mientras estuvo en La Rotunda escribe *Los Lunares de la Virreina*, texto que gana el concurso auspiciado por el diario argentino La Prensa en 1931.

En 1932, publica su poemario *Parsimonia* y en 1936 publica *Este congreso debe disolverse*, donde plantea que el dictador Juan Vicente Gómez debe ser sustituido por elección democrática, seguidamente, en 1938 publica *Puros Hombres*, que se refiere al típico penal gomencista con sus crueldades, es un "libro que señala un hito en el desarrollo de nuestra narrativa, porque descasa por entero sobre el diálogo y la tensión interior de los personajes, sin descripción externa de ninguna índole", afirma Juan Liscano en su prólogo Tío Tigre y Tío Conejo. (1945) (p. 9)

Le siguen *Cinco Sinfonías* (1939) y *Culto Bolivariano* (1940), la primera escribiéndola en forma de poemas donde resalta el heroísmo, el reencuentro con la naturaleza y la revolución; y la segunda escrita en forma de ensayo, para así darse a conocer en todos los ámbitos de la escritura literaria.

Para continuar con sus escritos, publica *Dámaso Velásquez*, que narra la vida de los pescadores margariteños.

De esta forma, llegado 1945 escribe sus *Cuentos de Tío Tigre y Tío Conejo*, cuya fábulas hablan de nuestra idiosincrasia y fue una de sus obras más leídas.

"Con sobria escritura directa, nos presenta a través de esos personajes del folklore agrario venezolano, a toda una fauna humana tan diversa como convincente. Cada animal corresponde a un tipo psicológico, así dice el escritor Juan Liscano (1945) (p.12)

Este escritor se encontraba en una época de su vida donde los compromisos políticos iban de la mano de sus escrituras y él dentro de sí se trataba de inmiscuir para dejar en las plasmadas letras todas esas ricas historias.

Es así como el poeta a través de sus obras nos narra las vivencias obtenidas durante todo su trayecto ya sea como político, como escritor de periódicos y como observador de cada una de las ciudades venezolana.

1.2. Cuentos de Tío Tigre y Tío Conejo

Los cuentos de Tío Tigre y Tío Conejo de la mano de Antonio Arráiz se ubican para el año 1945, en el cual el escritor se encontraba embotado de situaciones políticas y económicas en Venezuela para ese entonces estaba la Junta Revolucionaria de Gobierno constituida por cinco civiles y dos militares, entre ellos Raúl Leoni, Gonzalo Barrios, Luis Beltrán Prieto Figueroa, Edmundo Fernández y Rómulo Betancourt quien es el que lo preside, entre los militares se encontraban Carlos Delgado Chalbaud y Mario Ricardo Vargas.

Antonio Arráiz se encontraba en una etapa crítica para Venezuela y éste se dedica a escribir estas obras donde nos plasma la cotidianidad de la vida animal. En este juegan distintos animales que día a día conviven con las picardías y peleas entre Tío Tigre y Tío Conejo para poder sobrevivir ambos en la selva.

Estos característicos animales siempre andan en un pleito interminable, Tío Tigre "más que el mal o la maldad es la inconsciencia de la fuerza bruta, más que la voluntad agresiva la simplicidad brutal, incapaz de pensar un plan, de elaborar una venganza, en cierta forma, la inocencia del bruto" Tío Conejo "alegre estoicismo, cálculo, pensamiento, ardides, viveza con su pizca de cinismo y picardía", así lo describía Juan Liscano en su prólogo Tío Tigre y Tío Conejo (1945) (p. 12).

En estos cuentos el escritor Arráiz explica "la violencia como forma de ascenso político-social que pueda existir en Venezuela, las vivencias de estos animales los refleja con el convivir cotidiano del país", lo describe Juan Liscano en su prólogo Tío Tigre y Tío Conejo (1945) (p.12).

Por su supuesto sin dejar a un lado quien de los dos animales es más perspicaz que el otro.

Los cuentos están conformados por *El Pobre Cucarachero, La Periquita Julieta, La Cucarachita Martínez y Ratón Pérez, Los Flamencos, Tío Tigre Enfermo, La Fundación y El Toro Parapara*. En cada uno de estos nos narra la manera de cómo Tío Tigre se burla de Tío Conejo para ganarse el respeto de los demás animales, pero Tío Conejo no se queda atrás y siempre es el que sale victorioso de todo.

1.3. Principios básicos de la obra

Principalmente en esta obre se presentan tres temas fundamentales como lo son la política, la convivencia en la vida salvaje y la picardía de cada uno de los personajes principales de esta obra.

En cuanto a la política, el escritor quiso dejar claro “el estado de gobierno que se encontraba en Venezuela para 1945”, en donde se rigen las peleas, conversaciones y riñas entre los personajes con más poder y con mayor rango para así lograr lo planteado, como es el caso de los cuentos, lograr que Tío Tigre o Tío Conejo se salgan con las suyas, lo describe Juan Liscano en su prólogo Tío Tigre y Tío Conejo (1945) (p.12).

En todos los cuentos, estos protagonistas siempre se unen con los demás animales de la selva y cada uno de ellos tiene sus grupos y perseguidores los cuales les ayudan a hacerle la vida imposible al otro y tratar de quedar como el mejor, pero a través de sus travesuras siempre uno de ellos sale perdiendo, es por ello, que la política siempre va de la mano para que tanto Tío Tigre como Tío Conejo sea el líder de cada bando.

El otro tema referente es la convivencia en el mundo animal, cada integrante de este se encarga de salir adelante con su manera de ser, con sus vivezas y ayudan a los personajes más audaces a salir adelante y poder ganarle al enemigo.

Tanto Tío Tigre como Tío Conejo dicho anteriormente, tienen sus grupos dentro de estos cuentos, los cuales le ayudan para derrumbar al otro y poder demostrarle al otro de que son capaces. Sin dejar atrás, el establecer quién es el más fuerte de todos.

Por último, la picardía de cada uno de estos protagonistas, los lleva a saber quién es más audaz en la selva. Cada uno deja claro de que es lo que quieren y con quien están combatiendo.

Antonio Arráiz era un hombre de “gran curiosidad por todo y de intensa inquietud intelectual, es por ello que a través de sus cuentos siempre la poesía se desbordaba y dejaba claro lo que quería a Venezuela sin condiciones y sin reservas”, lo describe Juan Liscano en su prólogo Tío Tigre y Tío Conejo (1945) (p.11).

CAP II.
LA RADIO

"Si analizamos la edad y biografía de este medio de comunicación a través de los trabajos teóricos que han intentado definirlo, deduciremos que la radio es un medio que todavía está en la plenitud de su juventud".

El Lenguaje Radiofónico, Armand Balsebre.

La radio surgió como un "sistema de comunicación aunque muy pronto se convirtió en un medio de comunicación caracterizado, fundamentalmente, por la flexibilidad y la instantaneidad en la transmisión de los mensajes" (Martínez Abadía, 1998, p. 28). Es por ello, que para este medio acuden diferentes tipos de géneros y formatos que logran llegar a los oídos de los radioescuchas a través de las ondas hertzianas.

Este medio nos ofrece unas incalculables ventajas tales como "*la cobertura y el alcance*, es el único medio capaz de llegar de manera eficaz a toda la población, es decir, a los lugares más escondidos y un innumerable número de habitantes; *la penetración y masificación*, este se puede colocar en lugares donde los demás medios no puedan llegar por ejemplo vehículos, baños, oficinas, así como también es más accesible para el ser humano; *la simultaneidad*, pueden llegar a varias personas al mismo tiempo así como lo hace la televisión; *instantaneidad,* este describe los hechos en el momento que están sucediendo, para que el oyente este claro de lo que se pueda conseguir en el camino: *la afectividad,* es el medio más afectivo, el que mueve las sensibilidades de sus receptores sin tener que mostrar una imagen o leer un texto; *el estimulo a la imaginación*, con sólo la palabra, todo oyente se puede imaginar lo que está escuchando; *la cercanía*, es un medio de primera mano, porque no hay necesidad de verlo, sólo puede oírse mientras se realizan otras actividades; y por último *el costos de operación*, es el medio más económico de todos, por ello es más viable en cualquier momento" (Villamizar Durán, 2005, p. 49 – 52).

“La radio se escucha más no se ve” (Dominick, 2002, p.176), partiendo de esta premisa es que podemos decir que los programas radiales siempre están llenos de inmensos personajes, los cuales tiene sus propias características en si para que los oyente pueden meterse dentro de lo que escuchan a través de sus oídos. Sin dejar a un lado los distintos tipos de formatos y género con que el mundo radial trabaja.

Edison Castro (2001) nos deja claro que hay que establecer una gran diferenciación entre los géneros y los formatos, con la finalidad de aclararlo y no permitir la confusión. El autor explica:

Los géneros son, en efecto, las diferentes modalidades de creación lingüística destinadas a ser canalizadas a través de cualquier medio de difusión colectiva y con el ánimo de atender a los dos grandes objetivos de la actualidad: el relato de acontecimiento y el juicio valorativo que provoca tales acontecimientos. (Martínez Albertos, 1983, c.p. Castro 2001, p.95)

Es así, como los géneros son las diferentes formas en las que se puede dividir las producciones audiovisuales y cada una de ellas se diferencia dependiendo del modo en que estas se ejecuten.

No obstante, Castro (2001) aclara qué son los formatos, los cuales constituyen una categoría aparte. Estos son los que se encargan de darle forma al programa a ejecutar, dando a conocer la manera de cómo llegar al radioescucha.

Es decir, “en radio se llama formato a las diferentes características o estructuras que tienen los diversos programas. La forma de presentar un espacio radiofónico a la audiencia” (Castro, 2001, p, 103).

Los formatos se clasifican tomando en cuenta los códigos del lenguaje radiofónico como lo son la duración, la intensión del emisor, el contenido, entre otras.

2.1. Adaptaciones Radiofónicas

La radio es el más universal de los medios de comunicación social en todo el mundo, dentro de ella se encuentran distintas vías para expresar lo que se quiere y darle conocer al oyente todas las maravillas de este medio. Para poder explicar las cosas por radio se tienen que explicar varias veces, es por ello que este medio utiliza las adaptaciones radiofónicas para dar a conocer cualquier tipo de tema.

Villamizar (2005), dice que las adaptaciones radiofónicas "permiten recrear en la radio piezas realizadas para otros fines, otro medio u otro escenario" (p, 111). Esto quiere decir que cualquier obra literaria ya sea cuento, fábula, novela, leyenda entre otra, puede ser adaptada para la radio.

Cada obra que se vaya a adaptar no puede ser tratada tal cual fue escrita, ya que para ser expresada a través de la radio deben adaptarse a través del lenguaje radiofónico y se le debe hacer un tratamiento específico.

El lenguaje radiofónico es un sistema que incluye la palabra, la música, los efectos sonoros y el silencio, según Armand Balsebre, el lenguaje radiofónico es:

> El conjunto de formas sonoras y no sonoras representadas por los sistemas expresivos de la palabra, la música, los efectos sonoros y el silencio, cuya significación viene determinada por el conjunto de los recursos técnicos-expresivos de la reproducción sonora y el conjunto de factores que caracterizan el proceso de percepción sonora e imaginativo-visual de los radioyentes. (Armand Balsebre, 1994, p.27).

No obstante, para realizar una adaptación radiofónica, es necesario utilizar el lenguaje como instrumento fundamental, ya que se encarga de establecer una buena comunicación y una expresión de cada palabra.

Según Aníbal Arias Ruiz (1964), cada adaptación debe tener una serie de reglas:

1-. Procurar la presencia de voces distintas.

2-. Animar la parte leída con efectos musicales y de sonido, junto con fondos y ambientes.

3-. Eliminar los párrafos o frases accesorias, cuando obstaculicen la perfecta ilación del argumento.

Es por ello, que en las adaptaciones radiofónicas el procesa va desde la imagen visual a la imagen auditiva, el oyente debe quedar súper claro con lo que escucha y debe meterse dentro de la adaptación. No obstante, debe quedar claro que la imagen visual al ser adaptada pierde intensidad, y esto el escritor y emisor debe ponerle un poco más para que esta no pierda la intensidad que pierda en el proceso.

No obstante, el guionista siembre debe estar claro al momento de escribir cualquier tipo de adaptación, Camacho (1999) dice que existen varios tipos de adaptaciones, tales como:

a-. Adaptación libre, el guionista sólo consulta la pieza original. En este tipo de adaptación sólo se encuentra la inspiración libre del escritor, con sólo obtener la idea de la pieza este se imagina todo lo que viene y se encarga de escribir y recrear cada una de las imágenes.

b-. Adaptación literal, lo ideal es copiar o reproducir lo más parecido posible a como esta en la pieza original a adaptar, el autor dice, “no se trata de fotocopiar escenas enteras de la obra original, ya que cada medio tiene sus propias exigencias” (p. 63).

c-. Transposición radiofónica, se trata de una transformación de la obra, “El acto de poder trasladar una obra de un medio a otro, manteniendo la identidad de la original, gracias a un sistema (…) de procedimientos equivalentes” (p. 64).

En todo proceso de adaptación se debe hacer una caracterización de personaje, hay que plantearse cómo puede ser el actor para que el oyente se meta dentro del mismo. Villamizar dice “que se haga una idea del rostro, talla, estatura, color de vestimenta, porte, temperamento y carácter a través de la voz” (p. 112), para que así el radioescucha para saber a ciencia cierta cómo es el personaje que este escucha a través de las ondas hertzianas.

Los textos a ser adaptados tienen su clasificación, Arias Ruiz (1964) realiza esta clasificación: argumentación por descripción y argumentación por argumentación. Es por ello, que en este trabajo de grado se utilizará la argumentación por argumentación, ya que esta nos permite la narración corta de novela, cuento y obra de teatro.

En esta adaptación radiofónica se trabaja con la voz, la música y el sonido, tomando en cuenta el silencio que en cada una pueda existir.

En cuanto a lo que se refiere de la voz, Armand Balsebre (2004) señala “el locutor ha de aprender a escucharse a sí mismo mejor si quiere controlar todos los recursos expresivos de la voz” (p. 44). Es por ello, que se debe elegir un buen locutor para que este timbre de voz tenga intensidad y color y así el texto pueda llegar a donde se quiere.

Con respecto a la música, dentro de la radio siempre se encuentra una inmensa gama de música, las cuales nos ayudan a recrear todas las manifestaciones sonoras.

Para Muñoz y Gil (1997) la música es “la combinación artística de los sonidos de los instrumentos o de la voz humana, o de unos y otros a la vez, para expresar ideas, sentimientos o emociones, produciendo generalmente sensaciones agradables al oído” (p. 36). La música siempre va por delante de todo, pero la palabra debe forma parte de esa música a sonar.

Como último y no menos importante, tenemos el sonido. Este va acompañado del efecto sonoro, con los cuales se logra un "sonido articulado que representa un fenómeno meteorológico, un determinado ambiente espacial o cualquier fragmento de realidad animal" (p.117) así afirma Armand Balsebre.

Todo efecto se usa para apoyar la música y la palabra que van de la mano en toda adaptación radiofónica. Deben ser usados de manera clara y sencilla para no llegar a la confusión entre la palabra y el efecto, ya que el oyente tendería a confundirse.

Dejando claro, estos son todos los elementos que las adaptaciones radiofónicas debe tener para llegar concretamente al radioescucha.

2.2 Micros

Autores como Carlos Zavarce (1996) dicen que los micro radiofónicos puede ser catalogados como un género y requiere un poco más de dedicación, porque "requiere una enorme capacidad de síntesis" (p.22). Todo micro debe tener "un esquema de razonamiento formal para abrir una expectativa y cerrarla con una conclusión que no permita al público insertar términos propios" (p. 22).

Los micros radiofónicos tienen una duración mínima un minuto hasta una duración máximo de cinco minutos incluyendo los anuncios publicitarios.

Es decir, los micros radiofónicos deben completamente ser explícitos durante el tiempo establecido de un minuto a cinco minutos como máximo, sin dejar atrás todo lo que conlleva los conceptos del lenguaje radiofónico.

CAP III.
LA RADIO INFANTIL EN VENEZUELA

"No, yo no me entrometo en vidas ajenas,
si el cucarachero es feliz cantando y bailando para los
zamuros, que se quede con ellos.
Cada cual es libre de vivir como le da la gana".
Tío Tigre y Tío Conejo, Antonio Arráiz.

En la radio toda locutor es tomado en cuenta, porque enriquece al oyente con cada uno de sus comentarios durante un programa radial, pero aun así, al momento de hacer un cualquier transmisión infantil, se debe pensar que los niños son importantes, porque estos no se atrapan tan fácilmente al momento de escuchar cualquier cosa, sólo al escuchar música que les gusta es que los niños se quedan en sintonía.

Con la llegada de la tecnología, los niños se quedan mucho más tiempo ya sea en el televisor, computadora, videojuegos, entre otros; no obstante, la radio hoy en día también tiene sus oyentes infantiles.

La radio en Venezuela empezó para los años de 1930, entre los años 1935 y 1945 los encargados de la redacción en este medio llevaron del periódico a los oídos de los oyentes las diferentes tiras cómicas que estos estaban impresos. Según explica Oswaldo Yepes (1993), destacaban las aventuras de *El Spirit, El Fantasma*, *Fu Man Chu, El capitán Araña* y otros más que llegaron a la radio en capítulos diarios de media hora.

Cabello (1986) dice que el primer programa dedicado para los niños lo realizó Luisa Scholtz en los inicios de la emisora AYRE, el programa se encargaba de contar cuentos infantiles, tales como los que nos leían nuestros padres al dormir, el primer cuento narrado lleva por nombre Madrecita.

Para 1935, un locutor captó por primera vez la atención de los pequeños de la casa, con un personaje llamada Tío Nicolás y fue creado e interpretado por Rafael Rivero. este hacia caracterizaciones de los cuentos y fábulas escrita por diversos autores, tales como Tío Tigre, Tío Conejo y Tío Zamuro. Para finalizar los años 40, Abel Barrios, transmitió por radio rumbo, un programa llamado El club de los nietos, donde le daban premio a todo niño que enviara una carta.

Para el año 2005, con la nueva Ley de Responsabilidad Social en Radio y Televisión, la radio tuvo un cambio en su programación, ya que esta en su artículo N° 14 requiere:

> Los prestadores de servicios de radio y televisión deberán difundir, durante el horario todo usuario, un mínimo de tres horas diarias de programas culturales y educativos, informativos o de opinión y recreativos dirigidos especialmente a niños, niñas y adolescentes, presentados acordes con su desarrollo integral, con enfoque pedagógico y de la más alta calidad. En la difusión de estos programas se deberá privilegiar la incorporación de adolescentes como personal artístico o en su creación o producción. (Consultado el 23 de agosto de 2009 en internet, http://www.rnv.gov.ve/noticias/index.php?pg=leyresorte)

Así como también hace hincapié en el tipo de lenguaje a utilizar, con su artículo N° 6, el cual dice:

> Tipo "A". Imágenes o sonidos de uso común, que pueden ser presenciados por niños, niñas y adolescentes sin que se requiera la orientación de madres, padres, representantes o responsables, y que no clasifiquen en los tipos "B" y "C". (Consultado el 23 de agosto de 2009 en internet, http://www.rnv.gov.ve/noticias/index.php?pg=leyresorte).

Tomando en cuenta el bloque en el cual se puede transmitir los programas infantiles, dejando claro en su artículo N° 7, el cual nos indica:

> Horario todo usuario: es aquel durante el cual sólo se podrá difundir mensajes que puedan ser recibidos por todos los usuarios y usuarias, incluidos niños, niñas y adolescentes sin supervisión de sus madres, padres, representantes o responsables. Este horario está comprendido entre las siete antemeridiano y las siete postmeridiano. (Consultado el 23 de agosto de 2009 en internet, http://www.rnv.gov.ve/noticias/index.php?pg=leyresorte).

Es por esta Ley, que toda emisora debe colocar en su programación, programas que vayan dedicados a los niños de la casa, para que estos tengan a través de las ondas hertzianas una educación más divertida y recreativa.

3.1. Características de los niños en edad preescolar, de cuatro a seis años

Un niño al nacer, enseguida los padres está con la preocupación que se le debe impartir a ese ser humano. Desde muy pequeño, en casa siempre les enseñan los primeros pasos de la educación, esperando el tiempo necesario para poder ser inscritos en un recinto educativo.

Al cumplir los cuatro años, los niños lo inscriben en su primer nivel de preescolar, aquí aprenden a interactuar con distintos niños, aprenden las letras, los números, la música, el color, las distintas formas de figuras, entre otras cosas.

El hacer este trabajo especial de grado dedicado a los niños de esta edad, es porque a través de la radio ellos pueden recrearse mientras dibujan lo que escucha a través del locutor que les cuenta cualquier fábula, leyenda, cuentos o mitos y así podemos ayudarlos a ellos a plantearse un crecimiento personal más eficaz y proactivo.

Es por ello que se crearon micros radiofónicos para aquí, sean de un lapso más corto que un cuento normal.

En general se dice que son micros dedicados a una audiencia infantil tomando en consideración lo señalado por Muñoz y Gil (1997), en lo que ellos denominan programa infantil: "programa cuyo destinatario es el niño hasta, aproximadamente, trece años" (p. 191). Debido a que existen diferentes edades que cubrir se buscó un tono medio que abarcara el mayor número posible.

Según Valle Rojas (2000), "la narración es contar, relatar un hecho real o imaginario" es por ello que para narrar cualquier texto éste debe tener comienzo, desarrollo de la acción y final. "Todo debe tener un orden lógico" (p. 16).

Valle Rojas (2000) dice "al narrar un hecho, sentimos que estamos participando. Vivimos esa experiencia porque la observamos o somos personajes principales de esa acción. Podemos cambiar las secuencias o el final del cuento" (p. 16), es a partir de aquí donde nos basamos en hacer los micros radiofónicos para niños de edad preescolar, porque ellos aún no tienen el conocimiento concreto de lo que son las cosas, siempre se imaginan todo lo que ven, escuchan o sienten.

Para que estos se imaginen todo lo que escuchan, es necesario hacer una descripción exhaustiva de cada uno de los personajes a relatar, según Valle Rojas (2000) "la descripción es decir cómo es una persona, un animal o un objeto:

- Si es una persona, decir: estatura, color de la piel, del cabello y los ojos, forma del cuerpo y sus partes, timbre de voz.

- Si es un animal, decir: cómo es el cuerpo, si tiene plumas, pelos o escamas, tamaño, número de patas si las tiene o no, si corre, nada o vuela.

- Si es un objeto, decir: forma, tamaño, color, utilidad, sensación que da al tacto.”

Es así como se logra que los niños capten lo que escuchan a través de las ondas sonoras, con descripciones de personajes, con tono de voz moderado y lleno de música y efectos de sonidos, que logren recrear los oídos de los más pequeños de la casa.

MARCO METODOLÓGICO

CAP I.

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA, OBJETIVOS Y MODALIDAD DE TRABAJO DE GRADO

"Partiendo de una idea,
hasta llegar a su consolidación"

1.1. Planteamiento del Problema

En este trabajo de grado se realizará las adaptaciones radiofónicas de los cuentos "Tío Tigre y Tío Conejo" de Antonio Arráiz para niños en edad de preescolar en una serie de micros, con la finalidad de poder recrear los oídos de estos niños al momento que se encuentren dentro de sus horas de clases.

Para ello es necesario saber a cabalidad las necesidades de estos oyentes, la manera en cómo se expresan y así poder brindarles unos cuentos llenos de vivencias y ocurrencias. Esta necesidad se vio inmersa al momento de ver las clases de radio impartidas en la carrera comunicación social, con la preocupación de que a los niños no se les puede olvidar al momento de organizar una parrilla de programación radial, a ellos hay que tomarlos en cuento, es por esto, que los micros radiales de estos cuentos garantizaría un sinfín de recreación auditiva para los pequeños de la casa.

1.1. Objetivos

1.2.1 Objetivo General

Realizar la adaptación radiofónica de los cuentos "Tío Tigre y Tío Conejo" de Antonio Arráiz para niños en edad de preescolar en una serie de micros.

1.2.2. Objetivos Específicos

1.2.2.1. Adaptar el lenguaje radiofónico a los cuentos seleccionados.

1.2.2.2. Determinar la música y los efectos a ser utilizados en las adaptaciones.

1.3. Modalidad de trabajo de grado

La modalidad a usar en este trabajo de grado será Modalidad III con submodalidad I **PRODUCCIONES AUDIOVISUALES**, en la que se realizarán producciones radiofónicas.

Cabe destacar, que en este proyecto se realizará una colección de cuentos infantiles que abarcará todas las etapas de producción de los trabajos audiovisuales y se efectuará a través de la idea temática, porque el tema central está relacionado con una obra ya existente, así como también se trabajará a través de la idea poética porque se pretende llegar al público meta a través de elementos sonoros que son fáciles de captar e interpretar.

Se trabajará a través de adaptaciones radiofónicas en formatos de micros, para así poder llegar con más facilidad al público infantil.

1.4. Justificación

Considerando la importancia que tienen los niños hoy en día y las ventajas que ofrece la radio como medio de comunicación en la actualidad, resulta necesario dar a

conocer masivamente lo importante que son las adaptaciones radiofónicas, ya que este es un medio de expresión vocal que se ha acrecentado velozmente. Se trabajará con los cuentos de Tío Tigre y Tío Conejo de Antonio Arráiz y se podrá transmitir por emisoras locales, regionales y nacionales para que los niños estén al tanto de estas historias y puedan imaginárselo a través de elementos sonoros. Este tipo de cuentos es de vital importancia para el crecimiento educativo de los pequeños de la casa.

Se considera que este proyecto de trabajo de grado es factible porque se aportarán ideas y conocimientos que se adquieran sobre el tema a todos los niños, para que así estos pueden ser capaces de recrear sus mentes a través de las imaginaciones que la palabra radiofónica les pueda ofrecer.

En cuanto a los recursos humanos, se realizará casting para las voces que en los cuentos se necesiten, ya sean niños, adolescentes, adultos, entre otros, para así llevar a cabo estas adaptaciones radiofónicas. En relación a los recursos materiales, se cuenta con distintos estudios de radio de localidad caraqueña.

No obstante, este trabajo permite dar a conocer las habilidades de todo comunicador social a través de la adaptación de cuentos escritos a historias orales, que sirve para transmitir cualquier tipo de información y para entretener a los consentidos de la casa.

CAP II.
CONOCIENDO EL MUNDO ANIMAL EN SU ESTADO NATURAL

"Cada cuento, deja
su moraleja, y esa moraleja
se convierte en enseñanza".

2.1. Adaptación de los cuentos a micros

Como se dijo en el marco teórico, este trabajo de grado especial se basa en la adaptación de cuentos en formato de micros por argumentación, porque bien se sabe que este tipo de adaptación incluye el cuento por completo.

Teniendo siempre presente, que esta adaptación es de tipo libre para el escritor y/o guionista, tomando en cuenta toda la obra por completa, escrita de la mano de Antonio Arráiz.

Al momento de realizar una adaptación radiofónica para niños en edad preescolar, se debe tener claro el leguaje a utilizar, ya que cada infante debe quedar claro al momento de escuchar lo que la radio transmite, y debe imaginarse cada micro tal cual fue escrito y leído para el medio radial.

No obstante, sin perder que los animales que estos micros interactúan son conocidos por muchos desde muy pequeños, ya que se encuentran en distintos cuentos del argot infantil.

El guionista se llevará de la mano de Antonio Arráiz, tomando en cuenta las vivencias, experiencias y locuras que este plasmó en cada uno de los cuentos que lleva inmerso dentro de la colección de Tío Tigre y Tío Conejo para no perder la esencia que a este le caracteriza.

Es por ello, que estos personajes estarán por completo en los micros radiofónicos, conviven en sí todo sus aventuras en el mundo animal.

2.2. Partiendo del libro al estudio de radio

Para este Trabajo Especial de Grado, se tomó en cuenta que se realizaron unos micros radiales para el público infantil, donde se tomaron en consideración todas las características del guión literario.

Después de haber analizado por completo la obra original de Antonio Arráiz, se decidió adaptar cinco de los siete cuentos escritos, sin perder la picardía de la obra inédita para así no dejar a un lado esa vivencia animal.

Se realizaron cinco sinopsis con los distintos cuentos, para así tener claro al momento de establecer como guión cada una de las historias. Se realizó un casting para saber con qué tipos de voces contaba al momento de hacer la caracterización de cada personaje, para que estos los expresara de manera tal estaba escrito, sin perder cada una de las actuaciones de estos animales del folklore agrario.

Los efectos de sonido y la música que en los cuentos se usaron son capaces de que al momento los niños de la casa al escuchar cada micro se encuentren dentro del mundo animal y así puedan recorrer junto a Tío Tigre y Tío Conejo cada una de sus hazañas.

2.3. Propuesta sonora

Se utilizó un tono de voz grueso y seguro para el narrador de la historia, ya que este tendrá el papel de hilar cada una de las travesuras descritas por los animales principales, que son Tío Tigre y Tío Conejo, para el primero se utilizó un personaje con voz muy gruesa y fuerte, una de las características del animal, para el segundo se utilizó

una voz muy fina y suave, que en cualquier momento pueda convertirse en fuerte para así poder combatir todo las riñas con Tío Tigre.

Para los demás animales, se utilizaron voces que los caracterice y los dramatice como lo narra Antonio Arráiz en sus cuentos.

Los efectos sonoros que se utilizaron, fueron los que simulen el estar dentro de la selva, combatiendo con cada una de las vivencias y picardías de los animales. La música utilizada fue muy suave, para que pueda recrearse con la voz de cada ser vivo. Sin dejar a un lado, los silencios, ya sea para demostrar momentos de angustias, desesperación, rabia, entre otros.

2.4. Ficha técnica

Después de haber culminado el proceso de realización y aprobación de los guiones literarios de los micros radiofónicos se comenzó con el proceso de producción de los mismos.

Se realizaron los guiones técnicos de cada uno de los micros tomando en cuenta el lenguaje radiofónico, los efectos de sonido, la música y los silencios que en cada uno se encontraba.

Al culminar el proceso de guiones, se procedió a contactar las voces para efectuar las grabaciones de cada uno de los micros, para ello se utilizó el estudio de radio de la UCAB.

Los personajes de cada cuento estuvieron representados por Yasmín Centeno, María Alejandra Fernández, Katherine Boos, Willian Rodríguez, Oswaldo Koeneke, Rosana Dupoit, entre otros.

El proceso de grabaciones de voces estuvo a cargo del director y operador Rubén Darío Rincón y la edición y montaje de cada uno de los micros a cargo de Mariel Rendón.

El lapso utilizado en este proceso tomó aproximadamente dos meses, desde la realización de los guiones, pasando por la grabación de las voces y culminando en el montaje de cada cuento.

En general, se realizó cada micro tomando en cuenta las características de los niños en edad preescolar, para que al momento de ellos escuchar cada micro se identifique y logre definir lo que se le está contando.

2.5. Presupuesto

CÓDIGO	ÍTEM	CANTIDADES	UNIDADES	COSTO/U BS. F.	TOTAL
1	**HONORARIOS**				
1.1	Productor	1	ÚNICO	1.500	1.500
1.2	Locutor	1	ÚNICO	1.000	1.000
1.2.1	Voces principales	2	ÚNICO	500	1.000
1.2.2	Voces secundarias	8	ÚNICO	350	2.800
1	**SUB TOTAL**				**6.300**
2	**MATERIAL VIRGEN**				
2.1	CD, Musicalización y Micros	20	CD	5	100
2.2	Cartucho Impresora	3	CARTUCHO	200	600
2.3	Resma de papel	3	RESMA	40	120
2	**SUB TOTAL**				**820**
3	**SONORIZACIÓN - AUDIO**				
3.1	Alquiler de estudio de grabación	30	HORAS	60	1.800
3.2	Librería efectos de sonido	50	EFECTOS	50	2.500
3.3	Musicalización	10	CANCIONES	50	500
3.4	Mezcla final	30	HORAS	60	1.800
3	**SUB TOTAL**				**6.300**
4	**ARTE GRÁFICO**				
4.1	Impresión de Cd´s y portadas	10	ÚNICO	10	100
4	**SUB TOTAL**				**100**
	TOTAL				
					19.820

2.6. Análisis de costos

CÓDIGO	ÍTEM	CANTIDADES	UNIDADES	COSTO/U BS. F.	TOTAL
1	**HONORARIOS**				
1.1	Productor	1	ÚNICO		
1.2	Locutor	1	ÚNICO		
1.2.1	Voces principales	2	ÚNICO		
1.2.2	Voces secundarias	8	ÚNICO		
1	**SUB TOTAL**				**0**
2	**MATERIAL VIRGEN**				
2.1	CD, Musicalización y Micros	20	CD	5	100
2.2	Cartucho Impresora	3	CARTUCHO	200	600
2.3	Resma de papel	3	RESMA	40	120
2	**SUB TOTAL**				**820**
3	**SONORIZACIÓN - AUDIO**				
3.1	Alquiler de estudio de grabación	30	HORAS	60	1.800
3.2	Librería efectos de sonido		EFECTOS		
3.3	Musicalización		CANCIONES		
3.4	Mezcla final	10	HORAS	60	600
3	**SUB TOTAL**				**2.400**
4	**ARTE GRÁFICO**				
4.1	Impresión de Cd´s y portadas	10	ÚNICO	10	100
4	**SUB TOTAL**				**100**
	TOTAL				
					3.320

Las voces utilizadas en los micros radiales trabajaron ad honorem, así como también el costo de la producción fue de cero por tratarse de la misma realizadora.

CAP III.
TÍO TIGRE Y TÍO CONEJO EN MICROS RADIALES

"Cada picardía, cada
vivencia van de la mano de
los buenos momentos de todo ser humano"

La colección de cuentos de Antonio Arráiz sobre Tío Tigre y Tío Conejo se convierte en una adaptación radiofónica que consta de cinco micros de cincos cuentos reflejados en esta colección, los cuales cuentan las vivencias de estos queridos animales conjuntamente con todos aquellos que se encuentren en el mundo animal y que tenga la gran hazaña de defender al más fuerte.

Idea

Realizar cinco micros radiofónicos que nos cuenten las vivencias, picardías y riñas que puedan existir entre Tío Tigre y Tío Conejo con los animales que puedan estar del lado de cada uno de estos queridos animales.

Sinopsis

Antonio Arráiz nos cuenta a través de distintos cuentos las riñas que pueden existir entre los animales más prestigiosos de la selva Tío Tigre y Tío Conejo, donde cada uno sale a relucir a través de sus complot con varios animales, y uno le hace la vida imposible al otro, esa es la esencia con que se trabajara en los micros radiofónicos, sin perder la picardía y la manera audaz con que cada uno de estos ser vivos salen adelante.

3.1. El Pobre Cucarachero

"¡Qué linda luce la luna
enredada entre las cañas!
¡Qué loca fue mi fortuna
que se enredó en tus pestañas!"
Tío Tigre y Tío Conejo, El Pobre Cucarachero

3.1.1. Idea

Un animal que trata de salir adelante, pero lo único que sabe hacer es cantar y componer canciones, poemas, escritos y demás literaturas.

3.1.2. Sinopsis

El Pobre Cucarachero después de un desolado día se encuentra tirado en el suelo, donde los Zamuros de la selva lo recogen para darle cobijo, pero entre los demás animales no están de acuerdo con que este viva con la familia de los Zamuros. Deciden enviarlo con Tío Tigre, ya que sólo sabe es escribir y componer. Este le ayuda al magnífico con todas sus cosas en cuento a la política. Después de un tiempo Tío Conejo ve la injusticia que se le está cometiendo al Pobre Cucarachero y decide ayudarlo, donde este sale victorioso.

3.1.3. Tratamiento

Dentro de unas inmensas montañas, se encontraban numerosos zamuros escondiéndose de la lluvia que sobre este caía. Al dejar de llover, buscando donde refugiarse, se encontraron con un animal tirado en el suelo, este es el pobre cucarachero, quien sólo en su corta vida lo único que sabe hacer en componer canciones, escribir cartas, poemas y demás escritos. Los zamuros se quedan por el pobre animal, pero un

grupo de distintos animales hacen una junta para que este se vaya de ese grupo de inescrupulosos animales. El pobre cucarachero se pone a trabajar con Tío Tigre, ya que este le da hogar, comida y vestimenta, pero al pasar los días se siente encerrado dentro de las montañas de hojas y trabajo que debe realizar para Tío Tigre. Es aquí cuando Tío Conejo, lo aconseja y arman un plan para dejar sólo a Tío Tigre y que este quede súper rayado en la selva. Tío Conejo y el pobre cucarachero salen victorioso en esta hazaña. El pobre Tío Tigre no logro su cometido.

3.1.4. Personajes

- **Locutora**

  Voz femenina que da inicio a cada uno de los micros.

- **Narrador**

  Voz gruesa que narra poco a poco todo lo que ocurre en este cuento a través de las vivencias de Tío Tigre y Tío Conejo, es el encargado de hilar cada una de las travesuras de estos protagonistas y los demás personajes que aquí interactúan.

- **Zamuro Padre**

  Hombre que caracteriza a un animal viejo, cansado de vivir siempre en la zozobra y lo que le interesa en este momento es poder construir su casa para no sufrir más con la lluvia.

- **Zamurita Joven**

  Una joven chica que caracteriza a una zamurita que sufre mucho por el dolor ajeno, siempre está ayudando a su prójimo. Siempre defiende al pobre cucarachero y se dice que gusta de él.

- **El Pobre Cucarachero**

  Un joven que narra las vivencias de este animal, a través de sus cantos y sus escritos. Es un animal sufrido y con ganas de salir adelante.

- **Ña Guacharaca**

  Mujer de alta edad, con bello cuerpo y pendiente del qué dirán, lo que le gusta es hacerle la vida imposible a los zamuros y está más pendiente de lo que estos hagan que de su enorme cabellera.

- **Culebra Sobadora**

  Mujer de alta edad, mejor amiga de Ña Guachara. Juntas se encarga de velar por el bienestar de los animales.

- **Marimonda**

  Mujer de alta edad, encargada de presidir todos los casos que ocurran en la selva, con la finalidad de ayudar al otro en cualquier ocurrencia que suscite.

- **Doña Pava del Monte**

  Es una vieja que siempre se la pasa criticando a Tío Conejo, diciéndole que es incapaz de trabajar en su carpintería y por ende siempre anda inmiscuyéndose en sus problemas.

- **Dama Viudita**

  La mujer más distinguida en el mundo animal, quien luce los más prestigiosos vestidos, la peinan los mejores estilistas de la ciudad y es la más hermosa, todos los animales están detrás de ella.

- **Tío Tigre**

  Voz gruesa, de un animal de más de 50 años de vida, capaz de pelear con su único rival, éste trata de hacerle la vida imposible, pero nunca logra su cometido.

- **Tío Conejo**

  Voz de un tono medio, animal de unos aproximados 40 años, éste siempre sale victorioso en todas las riñas con Tío Tigre.

3.1.5. Guión Literario

LOCUTORA

Tío Tigre y Tío Conejo de la mano de Antonio Arráiz

El Pobre Cucarachero

NARRADOR

Caía la lluvia sobre las montañas verdes, sobre los rojos cerros, sobre las vegas juveniles y sobre los hermosos valles. Al abrirse el día ya estaba aquí la lluvia, madrugadora, desesperante. Cuando al sol le tocaba calentar los huesos, ella se lo impedía, colocándosele por delante. Cuando caía la tarde la lluvia se acentuaba, creciendo con la sombra. Por la noche ella era la única que andaba a sus anchas, de un lado para el otro. Llovía de día, llovía de noche; y parecía que, en cualquier momento, bajo el peso implacable de la lluvia, iba a ser derrumbada la inmensa, la hermosa y dulce Venezuela.

ZAMURO PADRE

Es estúpido que no tengamos ni siquiera un hogar donde meternos. El que no tiene casa es como el que no tiene nombre; ni la gente lo respeta, ni el frío le tiene la mayor consideración. Uno no puede dar su dirección cuando quiere que le escriban.

ZAMURITA JOVEN

Toda la vida he soñado con tener una casita bien preciosa. Una casa es necesaria para sostener buenas relaciones.

NARRADOR

Los zamuros no se cuidaban. Siempre andaban en el cielo dando vuelos bajo las pequeñas nubes, y se alzaban luego en el aire liviano.

De esta manera descubrieron cierta vez un miserable animalejo que se encontraba tendido, al lado del tablón de tierra removida por donde el campesino pasaba todos los días con los burros y caballos.

ZAMURITA JOVEN

¡Ay, mira: esta pobre criatura echada aquí! ¡Tan minúscula y tan feúcha! Tiene una pata rota, en el pecho se le ve un golpe terrible, y una gota de sangre ya seca le aparece cerca de la oreja. Sin duda que está muerta.

ZAMURO PADRE

¡Bah! No me serviría ni siquiera de abre boca. Déjala ahí. No vale la pena abrir el pico por tan poca cosa.

ZAMURITA JOVEN

¡Ay, ay! ¡No! Mira, papá: no está muerta. Se mueve. Ha abierto un ojo, y parece que respira. Sí, evidentemente: ¡respira!

ZAMURO PADRE

¿Quién eres tú? ¿Cómo te llamas? ¿Cuál es tu oficio? ¿Y qué te ha sucedido?

CUCARACHERO

Yo soy el cucarachero. Canto al sol, a la luna, a las estrellas; a la tarde que se evapora sobre las colinas; a la mañana que abre a los malabares y echa a volar las mariposas; a la noche que se desviste entre los bambúes.

ZAMURITA JOVEN

¡Ay! Sabe cantar… Sabe componer lindas poesías. Y decirles madrigales a la luna, a la noche y a los luceros… Tenemos que llevarlo con nosotros.

ZAMURO PADRE

Sí, lo llevaremos con nosotros.

NARRADOR

Sin meditarlo más, los Zamuros se llevaron consigo al Cucarachero. Le vendaron la pata, le restañaron la herida, le dieron abrigo y alimento. Poco tiempo después el animalillo estaba sano y fuerte.

Los animales de la selva se reunieron para saber que estaba pasando en casa de los zamuros.

ÑA GUACHARACA

¿No sabes? Esos perdidos de los Zamuros se han encontrado a un pobre ser desamparado, y lo tienen de su cuenta. Dicen que se llama el Cucarachero, y que sabe componer preciosas canciones. ¡Qué triste porvenir el que le aguarda en manos de esos libertinos!

CULEBRA SOBADORA

Es verdad. No podemos tolerarlo de ningún modo. Sería un crimen. Te propongo ir sin pérdida de tiempo a la casa de nuestra amiga, la Marimonda, que es tan razonable. A ella se le ocurrirá algún recurso.

MARIMONDA

¿En poder de los Zamuros? Sí, ustedes tienen razón: no harán más que enseñarle malas costumbres.

NARRADOR

Ña Guacharaca tuvo una idea luminosa

ÑA GUACHARACA

¿Por qué no vamos todas en comisión a consultar a Doña Pava del Monte?

DOÑA PAVA DEL MONTE

¡Ave María Purísima! ¿Con los zamuros? El problema es muy grave. Debemos hacer una junta de beneficencia.

ÑA GUACHARACA

¿Una junta de beneficencia? ¡Ya lo creo! ¿Cómo es que no habíamos pensado en ellos antes? Una junta de beneficencia da mucho tono. No me explico que hayamos podido existir nosotras las damas hasta el presente sin una junta de beneficencia donde ir a tomar un coctel por las tardes, mientras discutimos cuestiones de filantropía. Una junta de beneficencia hace tanta falta como una bonita salida de teatro o un sombrero de última moda.

NARRADOR

Pronto la tuvieron organizada. Nombraron presidente a Doña Pava del Monte y presidente honorario a Tío Tigre; y solicitaron el concurso moral y material de todos los habitantes de los bosques, las sabanas, los ríos. Sólo que cuando ocurrieron a Tío Conejo, éste les respondió.

TÍO CONEJO

No: yo no me entrometo en vidas ajenas. Si el cucarachero es feliz cantando y bailando para los zamuros, que se quede con ellos. Cada cual es libre de vivir como le da la gana.

NARRADOR

Y Tío Tigre, cuando supo su contestación, emitió también su parecer.

TÍO TIGRE

A mí no me acaba de gustarme ese mocito.

NARRADOR

La junta de beneficencia fue hasta el hogar de los zamuros en busca del cucarachero. Todos los zamuros quedaron sorprendidos. El pobre cucarachero quedó en manos de Tío Tigre.

TÍO TIGRE

¿Dicen ustedes que sabes escribir poesías, y todas esas ridiculeces? Pues yo consentiría en llevármelo, y darle habitación, comida y ropa limpia. Tal vez me sirva de secretario.

NARRADOR

De este modo el Pobre Cucarachero pasó al despacho del ilustre personaje. Dábale éste sus escritos para que los sacase en limpio y corrigiese; hacíalo con tanta perfección, que poco a poco tío tigre se fue abandonando en su secretario. En cuanto al Pobre Cucarachero, cada día su trabajo era más fatigoso.

Tío Conejo nada decía. Escuchaba a sus compañeros, fumando su cachimba; dejaba vagar por el espacio su mirada pensativa, y, cuando la conversación había terminado, cogía su gorra y regresaba a su taller a terminar un juego de dormitorio que le tenía encargado Doña Pava del Monte.

Pero luego, cuando el Cucarachero salía de casa de Tío Tigre a comprarle unos tabacos o a ponerle una carta en el correo, Tío Conejo le aborda por la calle.

TÍO CONEJO

Oye, tú: ¿por qué no te vas de casa de Tío Tigre? ¿No te da vergüenza esa especie de esclavitud en que vives? Tú eres libre: libre naciste, y libre debes vivir.

CUCARACHERO

¿Qué puedo yo hacer?

TÍO CONEJO

Vente con nosotros. La Lapa tiene una casa de pensión, el Araguato es maestro de escuela, el Comején trabaja en las obras públicas, el Mato vende verduras y legumbres, mi compadre el Cachicamo tiene una bodega, yo hago sillas, camas y mesas: tú montarás un puesto en el mercado, te procurarás escritorio, pluma y papel (¡yo te hago el escritorio!), y les escribirás las facturas al Cachicamo, las relaciones de entradas y salidas de la Lapa, las cartas amorosas que el Caballito del Diablo, estudiante de derecho, le hace a la graciosa Coralito, estudiante de química; y por la noche, cuando te hayas ganado tu jornal, te sentarás en medio de nosotros, y le cantarás a tu escritorio, a mi torno, al serrucho, al pico, a la pala, al taller activo y lleno de vida, a la fábrica, al laboratorio, al trabajo rumoroso, y al placer de cumplir cada día, fervorosamente, el trabajo del día.

NARRADOR

El Pobre Cucarachero no contestaba: estaba extasiado, oyéndole; y allá adentro, en su alma, algo había que temblaba como si le hubiesen tocado una fibra virginal.

CUCARACHERO

Señor Tío Tigre: yo desearía comunicarle algo, pero… El caso es que… A mí me ocasiona muchos escrúpulos el que usted me esté dando casa y comida, como si yo… No crea, yo puedo muy bien… No quiero ser una carga para usted… En suma: vengo a rogarle me dé licencia para irme de su casa… Yo montaré un puestecito en el mercado, y perfectamente puedo ganarme mi vida.

TÍO TIGRE

¿Cómo te atreves, desgraciado? ¿Quién te ha metido en la cabeza semejante desatino? Después que te he recogido, que te he vestido, que te he alimentado, que te he salvado la vida… ¿En qué forma piensas corresponder a mi generosidad? Malagradecido, malcriado: eso fue lo que aprendiste con esos vagabundos de los Zamuros. ¡Pero de aquí no te irás! Ahora te castigaré por tu maldad. Pero ahora te retendré a la fuerza para corregirte y enseñarte lo que quiere decir la palabra gratitud.

NARRADOR

Poco a poco el Cucarachero le hacía los trabajos mal hecho a Tío Tigre, cosa que le recomendaba siempre Tío Conejo, y éste quedaba mal en sus reuniones.

TÍO TIGRE

No sé: se me ha echado a perder el Cucarachero. Se la pasa flojeando: no saca su trabajo, y, cuando lo hace, comete tal cúmulo de errores, que lo embarulla todo. Se me ocurre que está enamorado.

NARRADOR

Pero Tío Tigre se calma con la llegada de la Dama Viudita, quién era la más prestigiosa del bosque y a éste le gustaba. Por ende, Tío Tigre le encargó una carta al Cucarachero. Los ojos del ingenioso secretario chispearon de malicia, y en seguida fue a conversar con Tío Conejo; de acuerdo ambos, escribieron la siguiente carta:

‹‹Dama Viudita:

Hundido en el mar de mi alma miserable entre tus manos sangrientas lágrimas te imploran lástima eres una sonrisa jamás tus labios entreabrirá más dulce palabra que la que sueño inútilmente de tu bondad anonadada espérala mi alma nunca te dará sinsabores mi pobre enamorada vida llena de males y destrozada te aguarda di que sí yo soy infeliz tú monarca te ejecutaré sinfonías eternamente vanas sombras torturas

disípalas no podrás ser benévola mi alma ansía perdona tus manos besa mis pies van hacia ti mis pensamientos te encadenan.

TÍO TIGRE››

El Cucarachero la leyó de esta manera

CUCARACHERO

‹‹Dama Viudita:

Hundido en el mar de mi alma miserable, entre tus manos, sangrientas lágrimas te imploran lástima. ¡Eres una sonrisa! Jamás tus labios entreabrirán más dulce palabra que la que sueño (¿Inútilmente?) de tu bondad. Anonadada, espérala mi alma. Nunca te dará sinsabores mi pobre, enamorada vida; llena de males y destrozada, te aguarda. ¡Di que sí! yo soy feliz, tú monarca: te ejecutaré sinfonías eternamente… ¡Vanas sombras, torturas, disípalas!... ¿No podrás ser benévola? Mi alma ansía… ¡Perdona! Tus manos besa, mis pies van hacia ti, mis pensamientos te encadenan.

TÍO TIGRE››

TÍO TIGRE

Magnífico. Tiene un toque de romanticismo que no le cae mal.

NARRADOR

La Dama Viudita la leyó y del tiro se desmayo. Luego al despertarse dijo.

DAMA VIUDITA

¿Quién es este insolente Tío Tigre que se atreve a injuriarme y ofenderme de esta manera, llamándome miserable, infeliz, lástimas, pobre enamorada suya, y que le bese los pies?

NARRADOR

La Dama Viudita después de tan horrible carta decidió marcharse del bosque sin ver a sus amigas ni a su querida prima.

Tío Tigre quedó enfurecido y le reclamo al Cucarachero por la carta, este se defendió, ya que Tío Tigre había leído anteriormente la carta, claro está, esa carta era distinta a la que el Cucarachero le leyó a Tío Tigre, cosa que había planeado con Tío Conejo.

El Cucarachero salió de la casa de su protector. Fuese al mercado; armó, con el auxilio de Tío Conejo, una mesa y cuatro tablas; puso un letrero anunciándose, y se estableció como memorialista. Le llovían los encargos, porque entre los animales hay muchos analfabetos. Les escribía sus peticiones a los solicitantes, sus documentos a los corredores, sus libelos a los pleitistas, sus defensas a los acusados y sus epístolas a los enamorados. Hacía madrigales para las niñas bonitas, aguinaldos para las pascuas y epitalamios para las bodas. Componía canciones para decirlas por radio, serenatas para ser entonadas a los pies de los balcones, y sátiras mordaces con que un pretendiente desdeñado quería vengarse de la ingrata o del rival.

Empero es cosa sabida que, ni aun entre los animales, un secreto se mantendrá perennemente oculto. Tal vez sería la Culebra Sobadora, que todo lo averigua; o Misia Baba, que todo lo sabe; o quizás la Guacharaca, que todo lo habla; muy probablemente el Camaleón, que todo lo averigua, todo lo sabe y todo lo habla; lo cierto es que Tío Tigre vino a sospechar la verdad, y en oler quién andaba detrás de aquella desagradable jugarreta.

TÍO TIGRE

Tío Conejo me la pagará algún día.

3.1.6. Guión Técnico

Escrito y producido por

Mariel Rendón

1.	**CONTROL**	**ABRE CON CORTINA DE INICIO DE CUENTO HASTA 10".**
2.	**LOCUTORA**	Tío Tigre y Tío Conejo de la mano de Antonio Arráiz… El Pobre Cucarachero…
3.	**CONTROL**	**ENTRA EFECTO DE SONIDO LLOVIENDO**
4.	**NARRADOR**	Caía la lluvia sobre las montañas verdes, sobre los rojos cerros, sobre las vegas juveniles y sobre los hermosos valles. Al abrirse el día ya estaba aquí la lluvia, madrugadora, desesperante. Cuando al sol le tocaba calentar los huesos, ella se lo impedía, colocándosele por delante. Cuando caía la tarde la lluvia se acentuaba, creciendo con la sombra. Por la noche ella era la única que andaba a sus anchas, de un lado para el otro. Llovía de día, llovía de noche; y parecía que, en cualquier momento, bajo el peso implacable de la lluvia, iba a ser derrumbada la inmensa, la hermosa y dulce Venezuela.
5.	**ZAMURO PADRE**	Es estúpido que no tengamos ni siquiera un hogar donde meternos. El que no tiene casa es como el que no tiene nombre; ni la gente lo respeta, ni el frío le tiene la mayor consideración. Uno no puede dar su dirección cuando quiere que le escriban.
6.	**ZAMURITA JOVEN**	Toda la vida he soñado con tener una casita bien preciosa. Una casa es necesaria para sostener buenas relaciones.

7.	**NARRADOR**	Los zamuros no se cuidaban. Siempre andaban en el cielo dando vuelos bajo las pequeñas nubes, y se alzaban luego en el aire liviano.
8-.	**CONTROL**	**ENTRA EFECTO DE SONIDO DE BRISA FUERTE**
9-.	**NARRADOR**	De esta manera descubrieron cierta vez un miserable animalejo que se encontraba tendido, al lado del tablón de tierra removida por donde el campesino pasaba todos los días con los burros y caballos.
10.	**ZAMURITA JOVEN**	¡Ay, mira: esta pobre criatura echada aquí! ¡Tan minúscula y tan feúcha! Tiene una pata rota, en el pecho se le ve un golpe terrible, y una gota de sangre ya seca le aparece cerca de la oreja. Sin duda que está muerta.
11.	**ZAMURO PADRE**	¡Bah! No me serviría ni siquiera de abre boca. Déjala ahí. No vale la pena abrir el pico por tan poca cosa.
12.	**ZAMURITA JOVEN**	¡Ay, ay! ¡No! Mira, papá: no está muerta. Se mueve. Ha abierto un ojo, y parece que respira. Sí, evidentemente: ¡respira!
13.	**ZAMURO PADRE**	(CON TONO PREGUNTON) ¿Quién eres tú? ¿Cómo te llamas? ¿Cuál es tu oficio? ¿Y qué te ha sucedido?
14.	**CUCARACHERO**	(CON TONO DESGANADO) Yo soy el cucarachero. Canto al sol, a la luna, a las estrellas; a la tarde que se evapora sobre las colinas; a la mañana que abre a los malabares y echa a volar las mariposas; a la noche que se desviste entre los bambúes.
15.	**ZAMURITA JOVEN**	¡Ay! Sabe cantar… Sabe componer lindas poesías. Y decirles madrigales a la luna, a la noche y a los luceros…

		Tenemos que llevarlo con nosotros.
16.	**ZAMURO PADRE**	Sí, lo llevaremos con nosotros.
17.	**NARRADOR**	Sin meditarlo más, los Zamuros se llevaron consigo al Cucarachero. Le vendaron la pata, le restañaron la herida, le dieron abrigo y alimento. Poco tiempo después el animalillo estaba sano y fuerte.
18.	**CONTROL**	**ENTRA EFECTO DE SONIDO DE TRANSICIÓN DE TIEMPO**
19.	**NARRADOR**	Los animales de la selva se reunieron para saber que estaba pasando en casa de los zamuros.
20.	**ÑA GUACHARACA**	(CON TONO MISTERIOSO) ¿No sabes? Esos perdidos de los Zamuros se han encontrado a un pobre ser desamparado, y lo tienen de su cuenta. Dicen que se llama el Cucarachero, y que sabe componer preciosas canciones. ¡Qué triste porvenir el que le aguarda en manos de esos libertinos!
21.	**CULEBRA SOBADORA**	Es verdad. No podemos tolerarlo de ningún modo. Sería un crimen. Te propongo ir sin pérdida de tiempo a la casa de nuestra amiga, la Marimonda, que es tan razonable. A ella se le ocurrirá algún recurso.
22.	**MARIMONDA**	(CON TODO DE DESESPERACIÓN) ¿En poder de los Zamuros? Sí, ustedes tienen razón: no harán más que enseñarle malas costumbres.
23.	**NARRADOR**	Ña Guacharaca tuvo una idea luminosa
24.	**CONTROL**	**ENTRA EFECTO DE SONIDO DE IDEA**

25.	**ÑA GUACHARACA**	¿Por qué no vamos todas en comisión a consultar a Doña Pava del Monte?
26.	**DOÑA PAVA DEL MONTE**	¡Ave María Purísima! ¿Con los zamuros? El problema es muy grave. Debemos hacer una junta de beneficencia.
27.	**ÑA GUACHARACA**	¿Una junta de beneficencia? ¡Ya lo creo! ¿Cómo es que no habíamos pensado en ellos antes? Una junta de beneficencia da mucho tono. No me explico que hayamos podido existir nosotras las damas hasta el presente sin una junta de beneficencia donde ir a tomar un coctel por las tardes, mientras discutimos cuestiones de filantropía. Una junta de beneficencia hace tanta falta como una bonita salida de teatro o un sombrero de última moda.
28.	**NARRADOR**	Pronto la tuvieron organizada. Nombraron presidente a Doña Pava del Monte y presidente honorario a Tío Tigre; y solicitaron el concurso moral y material de todos los habitantes de los bosques, las sabanas, los ríos. Sólo que cuando ocurrieron a Tío Conejo, éste les respondió.
29.	**TÍO CONEJO**	No: yo no me entrometo en vidas ajenas. Si el cucarachero es feliz cantando y bailando para los zamuros, que se quede con ellos. Cada cual es libre de vivir como le da la gana.
30.	**NARRADOR**	Y Tío Tigre, cuando supo su contestación, emitió también su parecer.
31.	**TÍO TIGRE**	A mí no me acaba de gustarme ese mocito.
32.	**NARRADOR**	La junta de beneficencia fue hasta el hogar de los zamuros en busca del cucarachero. Todos los zamuros quedaron sorprendidos. El pobre cucarachero quedó en manos de Tío Tigre.

33.	**TÍO TIGRE**	¿Dicen ustedes que sabes escribir poesías, y todas esas ridiculeces? Pues yo consentiría en llevármelo, y darle habitación, comida y ropa limpia. Tal vez me sirva de secretario.
34.	**NARRADOR**	De este modo el Pobre Cucarachero pasó al despacho del ilustre personaje. Dábale éste sus escritos para que los sacase en limpio y corrigiese; hacíalo con tanta perfección, que poco a poco tío tigre se fue abandonando en su secretario. En cuanto al Pobre Cucarachero, cada día su trabajo era más fatigoso.
35.	**CONTROL**	**ENTRA EFECTO DE SONIDO DE MURMULLO**
36.	**NARRADOR**	Tío Conejo nada decía. Escuchaba a sus compañeros, fumando su cachimba; dejaba vagar por el espacio su mirada pensativa, y, cuando la conversación había terminado, cogía su gorra y regresaba a su taller a terminar un juego de dormitorio que le tenía encargado Doña Pava del Monte.
37.	**CONTROL**	**ENTRA EFECTO DE SONIDO DE PASOS**
38.	**NARRADOR**	Pero luego, cuando el Cucarachero salía de casa de Tío Tigre a comprarle unos tabacos o a ponerle una carta en el correo, Tío Conejo le aborda por la calle.
39.	**TÍO CONEJO**	(CON TONO DE DESESPERACIÓN) Oye, tú: ¿por qué no te vas de casa de Tío Tigre? ¿No te da vergüenza esa especie de esclavitud en que vives? Tú eres libre: libre naciste, y libre debes vivir.
40.	**CUCARACHERO**	¿Qué puedo yo hacer?

41.	**TÍO CONEJO**	Vente con nosotros. La Lapa tiene una casa de pensión, el Araguato es maestro de escuela, el Comején trabaja en las obras públicas, el Mato vende verduras y legumbres, mi compadre el Cachicamo tiene una bodega, yo hago sillas, camas y mesas: tú montarás un puesto en el mercado, te procurarás escritorio, pluma y papel (¡yo te hago el escritorio!), y les escribirás las facturas al Cachicamo, las relaciones de entradas y salidas de la Lapa, las cartas amorosas que el Caballito del Diablo, estudiante de derecho, le hace a la graciosa Coralito, estudiante de química; y por la noche, cuando te hayas ganado tu jornal, te sentarás en medio de nosotros, y le cantarás a tu escritorio, a mi torno, al serrucho, al pico, a la pala, al taller activo y lleno de vida, a la fábrica, al laboratorio, al trabajo rumoroso, y al placer de cumplir cada día, fervorosamente, el trabajo del día.
42.	**NARRADOR**	El Pobre Cucarachero no contestaba: estaba extasiado, oyéndole; y allá adentro, en su alma, algo había que temblaba como si le hubiesen tocado una fibra virginal.
43.	**CUCARACHERO**	(CON TONO DE DUDA) Señor Tío Tigre: yo desearía comunicarle algo, pero… El caso es que… A mí me ocasiona muchos escrúpulos el que usted me esté dando casa y comida, como si yo… No crea, yo puedo muy bien… No quiero ser una carga para usted… En suma: vengo a rogarle me dé licencia para irme de su casa… Yo montaré un puestecito en el mercado, y perfectamente puedo ganarme mi vida.
44.	**TÍO TIGRE**	(CON TONO DE DESESPERACIÓN) ¿Cómo te atreves, desgraciado? ¿Quién te ha metido en la cabeza semejante desatino? Después que te he recogido, que te he vestido, que te he alimentado, que te he salvado la vida… ¿En qué forma piensas corresponder a mi generosidad? Malagradecido,

		malcriado: eso fue lo que aprendiste con esos vagabundos de los Zamuros. ¡Pero de aquí no te irás! Ahora te castigaré por tu maldad. Pero ahora te retendré a la fuerza para corregirte y enseñarte lo que quiere decir la palabra gratitud.
45.	**NARRADOR**	Poco a poco el Cucarachero le hacía los trabajos mal hecho a Tío Tigre, cosa que le recomendaba siempre Tío Conejo, y éste quedaba mal en sus reuniones.
46.	**TÍO TIGRE**	No sé: se me ha echado a perder el Cucarachero. Se la pasa flojeando: no saca su trabajo, y, cuando lo hace, comete tal cúmulo de errores, que lo embarulla todo. Se me ocurre que está enamorado.
47.	**CONTROL**	**ENTRA MÚSICA DE SUSPENSO EN "DAMA VIUDITA" HASTA "TÍO TIGRE"**
48.	**NARRADOR**	Pero Tío Tigre se calma con la llegada de la Dama Viudita, quién era la más prestigiosa del bosque y a éste le gustaba. Por ende, Tío Tigre le encargó una carta al Cucarachero. Los ojos del ingenioso secretario chispearon de malicia, y en seguida fue a conversar con Tío Conejo; de acuerdo ambos, escribieron la siguiente carta: **‹‹DAMA VIUDITA:** Hundido en el mar de mi alma miserable entre tus manos sangrientas lágrimas te imploran lástima eres una sonrisa jamás tus labios entreabrirá más dulce palabra que la que sueño inútilmente de tu bondad anonadada espérala mi alma nunca te dará sinsabores mi pobre enamorada vida llena de males y destrozada te aguarda di que sí yo soy infeliz tú

		monarca te ejecutaré sinfonías eternamente vanas sombras torturas disípalas no podrás ser benévola mi alma ansía perdona tus manos besa mis pies van hacia ti mis pensamientos te encadenan. **TÍO TIGRE››** El Cucarachero la leyó de esta manera
49.	**CUCARACHERO**	‹‹Dama Viudita: Hundido en el mar de mi alma miserable, entre tus manos, sangrientas lágrimas te imploran lástima. ¡Eres una sonrisa! Jamás tus labios entreabrirán más dulce palabra que la que sueño (¿Inútilmente?) de tu bondad. Anonadada, espérala mi alma. Nunca te dará sinsabores mi pobre, enamorada vida; llena de males y destrozada, te aguarda. ¡Di que sí! yo soy feliz, tú monarca: te ejecutaré sinfonías eternamente… ¡Vanas sombras, torturas, disípalas!... ¿No podrás ser benévola? Mi alma ansía… ¡Perdona! Tus manos besa, mis pies van hacia ti, mis pensamientos te encadenan. TÍO TIGRE››
50.	**TÍO TIGRE**	(CON TONO DE ALEGRÍA) Magnífico. Tiene un toque de romanticismo que no le cae mal.
51.	**NARRADOR**	La Dama Viudita la leyó y del tiro se desmayo. Luego al despertarse dijo.
52.	**DAMA VIUDITA**	(CON TONO DE EUFORIA) ¿Quién es este insolente Tío Tigre que se atreve a injuriarme y ofenderme de esta manera, llamándome miserable, infeliz, lástimas, pobre enamorada

		suya, y que le bese los pies?
53.	**NARRADOR**	La Dama Viudita después de tan horrible carta decidió marcharse del bosque sin ver a sus amigas ni a su querida prima.
54.	**CONTROL**	**ENTRA EFECTO DE PASOS.**
55.	**NARRADOR**	Tío Tigre quedó enfurecido y le reclamo al Cucarachero por la carta, este se defendió, ya que Tío Tigre había leído anteriormente la carta, claro está, esa carta era distinta a la que el Cucarachero le leyó a Tío Tigre, cosa que había planeado con Tío Conejo.
56.	**CONTROL**	**ENTRA MÚSICA DE VICTORIA HASTA EL FINAL**
57.	**NARRADOR**	El Cucarachero salió de la casa de su protector. Fuese al mercado; armó, con el auxilio de Tío Conejo, una mesa y cuatro tablas; puso un letrero anunciándose, y se estableció como memorialista. Le llovían los encargos, porque entre los animales hay muchos analfabetos. Les escribía sus peticiones a los solicitantes, sus documentos a los corredores, sus libelos a los pleitistas, sus defensas a los acusados y sus epístolas a los enamorados. Hacía madrigales para las niñas bonitas, aguinaldos para las pascuas y epitalamios para las bodas. Componía canciones para decirlas por radio, serenatas para ser entonadas a los pies de los balcones, y sátiras mordaces con que un pretendiente desdeñado quería vengarse de la ingrata o del rival. Empero es cosa sabida que, ni aun entre los animales, un secreto se mantendrá perennemente oculto. Tal vez sería la Culebra Sobadora, que todo lo averigua; o Misia Baba, que todo lo sabe; o quizás la Guacharaca, que todo lo habla; muy probablemente el Camaleón, que todo lo averigua, todo lo

		sabe y todo lo habla; lo cierto es que Tío Tigre vino a sospechar la verdad, y en oler quién andaba detrás de aquella desagradable jugarreta.
58.	**TÍO TIGRE**	Tío Conejo me la pagará algún día.

3.2. La Periquita Julieta

"¡Qué bella es Venezuela! –exclamaba la Ardita,
sin poderse contener-. ¡Qué bella, y que inmensa!"
Tío Tigre y Tío Conejo, La Periquita Julieta

3.2.1. Idea

La Periquita Julieta era profesora del colegio de la selva, donde asistían todos los hijos de los más reconocidos animales.

3.2.2. Sinopsis

El colegio donde asistían los hijos de los animales más prestigiosos de la selva era un samán, el cual Tío Tigre quería hacerse cargo de él para realizar allí sus reuniones, pero la Periquita Julieta no lo permitía y el ilustre jefe se sentía en todo el poder de hacerlo, es por ello que pide una medida de desalojo para este lugar, pero la Periquita Julieta junto con los demás padres se pusieron de acuerdo y no permitieron tal atropello, una vez más Tío Conejo sale victorioso.

3.2.3. Tratamiento

En un enorme samán se encontraba la escuela de los animales del bosque, aquí asistían todos los hijos de los personajes más importantes del bosque. La Periquita Julieta era la profesora más querida por todos los alumnos. El ilustre Tío Tigre quería ese enorme samán para colocar ahí sus oficinas para sus conferencias con sus políticos. El transcurrir el tiempo este animal pide al Profesor Mochuelo que le dé un documento de expropiación para poder sacar a la escuela de ese hermoso árbol. Los animales se enteraron de tal acto que iba hacer Tío Tigre. Tío Conejo se puso de acuerdo con los demás padres y no permitieron que esto sucediese. Este animal construyó un ascensor dentro del samán y cuando Tío Tigre fue a ver nuevamente su futura oficina se dio

cuenta de que el árbol lo había remodelado. El Curruñatá lo invitó a subir en el nuevo invento y esté cayó, donde nuevamente Tío Conejo sale victorioso y Tío Tigre no decide hacer ninguna expropiación.

3.2.4. Personajes

- **Locutora**

- **Narrador**

- **Tío Tigre**

- **Tío Conejo**

- **Iguana**

  Personaje que describe a un animal con cabeza larga, de cuello corto. Su voz es como alegra, escandalosa. Lo que le gusta es hacerle travesuras a todos sus compañeros.

- **La Periquita Julieta**

  Personaje que describe a un animal con voz muy fina, con tono de consejera. Esta se encargada de enseñarle a todos sus alumnos lo que estar en una escuela y convivir el día a día con los demás animales de la selva.

- **Profesor Mochuelo**

  Hombre de voz muy gruesa. Este se encarga de velar por todos los documentos y demás papeles del ilustre Tío Tigre.

- **Chigüire**

  Hombre de cuerpo corto, voz muy fina. Es un personaje muy tímido al hablar, lo que dice, lo dice al momento y se va del sitio en donde se encuentra.

- **Curruñatá**

  Personaje que describe a un animal muy alegre, vivaz.

3.2.5. Guión Literario

LOCUTORA

Tío Tigre y Tío Conejo de la mano de Antonio Arráiz

La Periquita Julieta

NARRADOR

En un enorme samán aislado y majestuoso tenía su escuela el araguato. Había otros samanes en la misma sabana. Ninguno se hallaba en una posición tan excelente. El araguato daba las clases de filosofía.

NARRADOR

En realidad, al Araguato estaba demasiado viejo; quedábase dormido en las clases, y la Ardita, la Paraulata y la Mariposa Semíramis aprovechaban para enredarle florecillas y hojas secas en las barbas aleonadas.

IGUANA

¿Qué le ha pasado, profesor? ¿Cómo que se convirtió en carnestolendas?

NARRADOR

Durante las horas de clase, el enorme samán se convertía en sonoro receptáculo de un mundo populoso y agitado. Allí se hablaba, se reía, se gritaba, se recitaba en alta voz, se

murmuraba por lo bajo conspirando contra los maestros, y circulaban a través del aire, órdenes, reprimendas y amonestaciones.

Las horas preferidas eran las de geometría, cátedra que daba el Arrendajo, o las de instrucción primaria, a cargo de la Periquita Julieta. Los alumnos querían entrañablemente a la Periquita Julieta; pero, ¿quién sería capaz de negarle su cariño a la Periquita Julieta? Con su modesto trajecito de color de yerba verde con los extremos plateados.

La Periquita Julieta sonreía, paseaba la mirada complacida sobre su pequeño auditorio, y continuaba con su voz de pétalo, que parecía encenderse con las palabras.

LA PERIQUITA JULIETA

De los flancos escarpados de la Mesa Guanipa salen cuarenta ríos que se dirigen por diferentes rumbos al mar. Otra llama corre por las llanuras de Barinas. Cuando se entra al Lado de Maracaibo se divisa, al fondo, un relámpago continuo que guía a los navegantes. A veces nubes blancas y negras, que corren en direcciones opuestas con velocidad extraordinaria, envuelven de repente las cumbres de los páramos, en la Sierra de los Andes. En invierno, cuando el Orinoco crece de un modo gigantesco, y sirve como de represa al Apure, éste se hincha, se sale de madre, retiene a la vez a sus tributarios. En los grandes bosques de Guayana los conquistadores buscaban el imperio fabuloso del Gran Patití, la magnífica residencia de Manoa, con sus palacios cubiertos de placas macizas de oro del lago imaginario de la Parima.

NARRADOR

Fue aquella circunstancia de dominar el camino al bebedero lo que atrajo el interés de Tío Tigre.

TÍO TIGRE

¿De quién es ese samán? ¿Quién vive ahí?

NARRADOR

Con gran sigilo fue acercándose al samán. Primero dio vueltas a su alrededor, con el rabo pegado a los ijares, a fin de que no delatase su presencia. Así, poco a poco al pie del árbol: ningún ruido descendía de éste. Evidentemente, el samán estaba desocupado. Tío Tigre se dio cuenta de que, a poca elevación, el tronco presentaba un muñón. ¡Espléndido! Podría encaramarse allí, y ver de alcanzar la primera bifurcación. Así lo realizó con relativa facilidad. Hincó las uñas en la madera, agarró la horqueta y se levantó a pulso hasta ella. El resto era muy sencillo: en adelante, Tío Tigre pudo continuar deslizándose en medio de las ramas numerosas, como por entre las calles de una ciudad desierta. Tío Tigre se echó a examinarlo, y se relamía de gusto al considerar las ventajas de su descubrimiento.

TÍO TIGRE

¡Soberbio! ¡Pero que ni a pedir de boca! Por aquí desfilarán todos los animales que yo pueda desear, y los estaré esperando, oculto por el follaje.

LA PERIQUITA JULIETA

¿Qué desea, señor?

NARRADOR

Tío Tigre dio un salto, alarmado. Sin embargo, no era cosa de asustarse: en la rama superior aparecía la Periquita Julieta, con un libro en la mano y un dedo metido entre las páginas del libro, y en sus ojos flotaba la interrogación que acabada de hacer.

TÍO TIGRE

¡Hola, buena moza! ¿Y qué haces tú aquí?

LA PERIQUITA JULIETA

Esta es mi casa.

TÍO TIGRE

¿Tú casa? ¿Y tú vives sola aquí?

LA PERIQUITA JULIETA

No señor: aquí vivimos muchos. No es mi casa: es la escuela.

TÍO TIGRE

¿La escuela? ¿Y por qué estás sola?

LA PERIQUITA JULIETA

Hoy es domingo. El profesor Araguato está en la casa de su compadre, el Cachicamo, en su partida de dominó. La Iguana se ha ido para una conferencia en la Liga Femenina. La Pipa se fue también hace poco, cuando vio que usted subía. Al parecer, le tuvo miedo.

TÍO TIGRE

¿Miedo? ¿Y tú no me tienes miedo, buena moza?

LA PERIQUITA JULIETA

Yo no. ¿Por qué se lo había de tener?

TÍO TIGRE

¿No sabes quién soy yo?

LA PERIQUITA JULIETA

No, señor.

TÍO TIGRE

Yo soy Tío Tigre.

NARRADOR

La Periquita Julieta palideció. Durante unos instantes no supo qué hacer, inmutada. Luego retrocedió un poco, y, brindándole asiento, le invitó:

LA PERIQUITA JULIETA

Pase adelante. Siéntese.

TÍO TIGRE

¿La escuela? Pues no está mal alojada la escuela… ¿Tú sabes una cosa? Me gustaría mucho tener este samán. Ocupa una posición magnífica: dominio sobre el camino, amplio campo de visión y todas esas cosas. Mandado a hacer para garita, o para atalaya, o para cuartel, o para alcabala: en todo casa, que lo controle la autoridad. Supongo que una escuela puede estar alojada en cualquier parte: en un bucare, en un bambú, en una laja en el suelo, y todavía es bastante.

LA PERIQUITA JULIETA

No, señor. Una escuela necesita un local adecuado, que lleno los requisitos indispensables: que sea amplio, aireado, que tenga salones grandes, corredores, patios para que los chicos puedan jugar y estén a sus anchas.

TÍO TIGRE

¡Hola! ¡Miren la bachillercita tan respondona! ¿Usted, no se ha enterado bien de la personalidad con quién está hablando, niña?

LA PERIQUITA JULIETA

Sí. Usted me aseguró que era Tío Tigre, ¿no es así?

TÍO TIGRE

Exacto. Tío Tigre. Yo soy Tío Tigre. ¿Y sabe usted lo que eso significa? Yo soy la autoridad.

LA PERIQUITA JULIETA

¿Y yo? Yo soy maestra de escuela. ¿Usted, como que tampoco lo ha entendido bien? Yo soy maestra de escuela.

TÍO TIGRE

¿Noble…? ¿Noble…? Miren la bachillercita parangonándose conmigo. ¡No faltaba más! Una maestra de escuela, parangonándose con la autoridad… Enseñarles a deletrear a los mocosos y darles palmeta cuando se portan mal, y ponerse a cantar himnos todos juntos, como si uno solo no lo pudiese hacer mejor. ¿Cree usted que es fácil ser político? Métase a política para que vea; para que tenga que estar hablando con los ministros, y con los secretarios, y con los consultores jurídicos, echando discursos en los parlamentos, y conferencias vienen y conferencias van.

LA PERIQUITA JULIETA

¿Y usted cree que es fácil enseñar a los niños? Métase a maestro de escuela, si es que se puede, para que vea. ¡Tome, tome! Encárguese del alma de uno de estos niños, tan pequeñita, tan tierna, tan frágil que es como si se le fuera a quebrar a una entre los dedos. No cambio yo una sola de mis tareas de maestra de escuela por todo el poder y toda la grandeza de las pomposas funciones de la autoridad.

NARRADOR

Tío Tigre vaciló; ya, francamente, se daba por derrotado. Una circunstancia fortuita vino a cambiar de un modo radical la situación. En aquel momento el Conejito abría la puerta, y entró. Venía el Conejito a traerle un ramo de flores a la maestra. Al mirar a Tío Tigre quedóse cohibido; empero, lo saludó con urbanidad, y ofreció su presente a la Periquita. Tío Tigre agradecía en su fuero interno al pequeño intruso la interrupción tan oportuna en aquel embarazosa punto del debate.

TÍO TIGRE

¿Uno de sus discípulos?

LA PERIQUITA JULIETA

Sí. Este es el Conejito, el hijo de Tío Conejo.

TÍO TIGRE

Pues bien, señorita Julieta. Para resumir lo que hemos conversado: lo que usted me ha contado es muy bonito, sí, señor. Pero resulta que este samán lo necesito yo, ¿me entiende usted? Este samán lo necesita la autoridad, y autoridad es autoridad, por más que pataleen. De manera que ya lo sabe: para que lo vayan desocupando.

NARRADOR

La Periquita Julieta permaneció largo tiempo inmóvil, con el conejito abrazado contra sus piernas. Su mano derecha le acariciaba distraídamente la oreja.

NARRADOR

Media hora más tarde el Profesor Mochuelo le explicaba a Tío Tigre.

PROFESOR MOCHUELO

Oh, sí: es sumamente sencillo. El problema se resuelve por un simple procedimiento de expropiación por utilidad pública.

TÍO TIGRE

¿Expropiación? ¿Y qué significa eso?

PROFESOR MOCHUELO

La expropiación es un procedimiento legal por medio del cual se puede privar a una persona natural o jurídica de algo, cuando la posesión que esa persona ejerce sobre ese algo se armoniza con las exigencias de la utilidad pública. Se les quita el samán, sencillamente, y ni siquiera hay que darles una satisfacción.

NARRADOR

Quedó, pues, resuelto que se procediese a levantar el expediente para la expropiación. Todos los animales se molestaron con la noticia de expropiación de la escuela en el samán y se pusieron de acuerdo para derribar dicha decisión.

CHIGÜIRE

¿Y qué podemos hacer? ¿Quién puede nada contra Tío Tigre?

TÍO CONEJO

Sí, lo impediremos.

NARRADOR

Todos se volvieron a mirarle, pero, aunque mucho se lo preguntaron, él no quiso adelantar más sobre el plan que ya estaba forjando.

NARRADOR

Tío Conejo buscó a todos los animales que tuviesen hijos dentro de la escuela. Y decía

TÍO CONEJO

Siempre se puede algo cuando se intenta. Tenemos la fuerza del débil contra la fuerza del fuerte: la fuerza del débil está en su propia debilidad, porque, en tanto que el fuerte se basta por sí solo, el débil se ayuda. Siempre se puede algo cuando anda de por medio la unión.

NARRADOR

Toda la noche estuvieron trabajando incesantemente los aliados. A la mañana siguiente, cuando Tío Tigre fue hasta el samán a pasarle una recorrida codiciosa, el muñón que surgía antes en el tronco, y que le permitía escalar hasta las ramas, había desaparecido.

TÍO TIGRE

¿Qué es esto? ¿Quién ha hecho esto?

CURRUÑATÁ

¿Decía algo, caballero?

TÍO TIGRE

¿Quién ha hecho esto?

CURRUÑATÁ

¡Ah! ¿Se refiere usted al nuevo frontispicio de nuestro edificio escolar?

TÍO TIGRE

Sí, al tispicio ese, o como lo quieras llamar. Ayer el tronco tenía una saliente, que uno podía subir por él. Ahora aparece liso.

CURRUÑATÁ

Sí, señor: notable trabajo, ¿verdad? Un verdadero acierto arquitectónico. Obedece a las últimas modalidades en el arte de la construcción. Produce un admirable efecto, ¿no le parece? Pero, discúlpeme usted, caballero: veo que llega un grupo de nuestros más aprovechados discípulos: las Acuritas, el Tuqueque, el Cotejo, el menor de los Macacos y el inteligente Congolocho. Con el permiso de usted, voy a bajarles el ascensor, y en seguida vuelvo a atender a usted.

TÍO TIGRE

¿Y eso qué es?

CURRUÑATÁ

El ascensor. ¿Cómo? Caballero: ¿no conoce usted un ascensor? Es la última palabra de la ciencia de la edificación. Todos los rascacielos europeos y americanos lo tienen: debe colocar usted uno en su residencia, señor mío.

TÍO TIGRE

¿Y tú crees que yo también puedo subir en eso?

CURRUÑATÁ

Desde luego, señor. Este ascensor es muy seguro. Con el mayor gusto lo voy a bajar inmediatamente, a fin de que usted compruebe por sí mismo con qué suavidad se sube.

NARRADOR

Tío Tigre no estaba convencido del todo. Principió por dar dos o tres vueltas alrededor del aparato, olisqueándolo; por último se avino a entrar en él, mas, lleno de perplejidad y de suspicacias.

CURRUÑATÁ

¿Usted ve? Ahora le doy a un botón, y paso el conmutador. Ahora conecto la palanca. Todo el mecanismo se controla electrónicamente. Los tubos son a base de aire comprimido, los frenos son hidráulicos, la caja es enteramente aerodinámica. Tenemos varias velocidades: expresa, máxima, media, mínima y retroceso. La expresa es para cuando se requiere urgencia. Vea qué delicia es la mínima. Ahora le doy al diferencial.

NARRADOR

¡PAF!

El Curruñatá no pudo darle a nada más, porque Tío Tigre acababa de caer, con ascensor y todo, desde considerable altura, y dio con su pesado cuerpo en el polvo vil.

CURRUÑATÁ

¡Ah, caramba caballero! ¿Cómo que se ha caído usted? ¡Qué calamidad! Debe haber sido una alguna pequeña obstrucción en el funcionamiento.

NARRADOR

Tío Tigre se levantó camino hacia su casa. El Curruñatá le grito.

CURRUÑATÁ

Por si acaso necesita mandarse hacer un ascensor sepa que Tío Conejo los fabrica.

NARRADOR

Cuando llegó a su casa, Tío Tigre le ordenó de un modo muy seco a su secretario, el Profesor Mochuelo

TÍO TIGRE

No vamos hacer ninguna expropiación.

3.2.6. Guión Técnico

Escrito y producido por

Mariel Rendón

1.	**CONTROL**	**ABRE CON CORTINA DE INICIO DE CUENTO HASTA 10".**
2.	**LOCUTORA**	Tío Tigre y Tío Conejo de la mano de Antonio Arráiz La Periquita Julieta
3.	**NARRADOR**	En un enorme samán aislado y majestuoso tenía su escuela el araguato. Había otros samanes en la misma sabana. Ninguno se hallaba en una posición tan excelente. El araguato daba las clases de filosofía.
4.	**CONTROL**	**ENTRA EFECTO DE SONIDO DE DESORDEN EN "APROVECHABAN" HASTA "CARNESTOLENDAS"**
5.	**NARRADOR**	En realidad, al Araguato estaba demasiado viejo; quedábase dormido en las clases, y la Ardita, la Paraulata y la Mariposa Semíramis **APROVECHABAN** para enredarle florecillas y hojas secas en las barbas aleonadas.
6.	**IGUANA**	¿Qué le ha pasado, profesor? ¿Cómo que se convirtió en **CARNESTOLENDAS**?
7.	**CONTROL**	**ENTRA EFECTO DE SONIDO DE GRITOS, RISAS, VOCES MURMURANDO EN "POPULOSO" HASTA "AMONESTACIONES"**
8.	**NARRADOR**	Durante las horas de clase, el enorme samán se convertía en sonoro receptáculo de un mundo **POPULOSO** y agitado. Allí

		se hablaba, se reía, se gritaba, se recitaba en alta voz, se murmuraba por lo bajo conspirando contra los maestros, y circulaban a través del aire, órdenes, reprimendas y **AMONESTACIONES.**
9.	**CONTROL**	**ENTRA EFECTO DE SONIDO DE ALEGRÍA**
10.	**NARRADOR**	Las horas preferidas eran las de geometría, cátedra que daba el Arrendajo, o las de instrucción primaria, a cargo de la Periquita Julieta. Los alumnos querían entrañablemente a la Periquita Julieta; pero, ¿quién sería capaz de negarle su cariño a la Periquita Julieta? Con su modesto trajecito de color de yerba verde con los extremos plateados. La Periquita Julieta sonreía, paseaba la mirada complacida sobre su pequeño auditorio, y continuaba con su voz de pétalo, que parecía encenderse con las palabras.
11.	**LA PERIQUITA JULIETA**	De los flancos escarpados de la Mesa Guanipa salen cuarenta ríos que se dirigen por diferentes rumbos al mar. Otra llama corre por las llanuras de Barinas. Cuando se entra al Lado de Maracaibo se divisa, al fondo, un relámpago continuo que guía a los navegantes. A veces nubes blancas y negras, que corren en direcciones opuestas con velocidad extraordinaria, envuelven de repente las cumbres de los páramos, en la Sierra de los Andes. En invierno, cuando el Orinoco crece de un modo gigantesco, y sirve como de represa al Apure, éste se hincha, se sale de madre, retiene a la vez a sus tributarios. En los grandes bosques de Guayana los conquistadores buscaban el imperio fabuloso del Gran Patití, la magnífica residencia de Manoa, con sus palacios cubiertos de placas macizas de oro del lago imaginario de la Parima.
12.	**NARRADOR**	Fue aquella circunstancia de dominar el camino al bebedero lo que atrajo el interés de Tío Tigre.

13.	**TÍO TIGRE**	¿De quién es ese samán? ¿Quién vive ahí?
14.	**CONTROL**	**ENTRA EFECTO DE SONIDO DE PASOS EN "PRIMERO" HASTA "DESIERTA"**
15.	**NARRADOR**	Con gran sigilo fue acercándose al samán. **PRIMERO** dio vueltas a su alrededor, con el rabo pegado a los ijares, a fin de que no delatase su presencia. Así, poco a poco al pie del árbol: ningún ruido descendía de éste. Evidentemente, el samán estaba desocupado. Tío Tigre se dio cuenta de que, a poca elevación, el tronco presentaba un muñón. ¡Espléndido! Podría encaramarse allí, y ver de alcanzar la primera bifurcación. Así lo realizó con relativa facilidad. Hincó las uñas en la madera, agarró la horqueta y se levantó a pulso hasta ella. El resto era muy sencillo: en adelante, Tío Tigre pudo continuar deslizándose en medio de las ramas numerosas, como por entre las calles de una ciudad **DESIERTA.** Tío Tigre se echó a examinarlo, y se relamía de gusto al considerar las ventajas de su descubrimiento.
16.	**TÍO TIGRE**	¡Soberbio! ¡Pero que ni a pedir de boca! Por aquí desfilarán todos los animales que yo pueda desear, y los estaré esperando, oculto por el follaje.
17.	**LA PERIQUITA JULIETA**	¿Qué desea, señor?
18.	**NARRADOR**	Tío Tigre dio un salto, alarmado. Sin embargo, no era cosa de asustarse: en la rama superior aparecía la Periquita Julieta, con un libro en la mano y un dedo metido entre las páginas del libro, y en sus ojos flotaba la interrogación que acabada de hacer.
19.	**TÍO TIGRE**	(CON TODO DE ASOMBRO) ¡Hola, buena moza! ¿Y qué

		haces tú aquí?
20.	**LA PERIQUITA JULIETA**	Esta es mi casa.
21.	**TÍO TIGRE**	¿Tú casa? ¿Y tú vives sola aquí?
22.	**LA PERIQUITA JULIETA**	No señor: aquí vivimos muchos. No es mi casa: es la escuela.
23.	**TÍO TIGRE**	¿La escuela? ¿Y por qué estás sola?
24.	**LA PERIQUITA JULIETA**	Hoy es domingo. El profesor Araguato está en la casa de su compadre, el Cachicamo, en su partida de dominó. La Iguana se ha ido para una conferencia en la Liga Femenina. La Pipa se fue también hace poco, cuando vio que usted subía. Al parecer, le tuvo miedo.
25.	**TÍO TIGRE**	¿Miedo? ¿Y tú no me tienes miedo, buena moza?
26.	**LA PERIQUITA JULIETA**	Yo no. ¿Por qué se lo había de tener?
27.	**TÍO TIGRE**	¿No sabes quién soy yo?
28.	**LA PERIQUITA JULIETA**	No, señor.
29.	**TÍO TIGRE**	Yo soy Tío Tigre.
30.	**NARRADOR**	La Periquita Julieta palideció. Durante unos instantes no supo qué hacer, inmutada. Luego retrocedió un poco, y, brindándole asiento, le invitó:
31.	**LA PERIQUITA**	(CON TONO NERVIOSO) Pase adelante. Siéntese.

	JULIETA	
32.	**TÍO TIGRE**	¿La escuela? Pues no está mal alojada la escuela… ¿Tú sabes una cosa? Me gustaría mucho tener este samán. Ocupa una posición magnífica: dominio sobre el camino, amplio campo de visión y todas esas cosas. Mandado a hacer para garita, o para atalaya, o para cuartel, o para alcabala: en todo casa, que lo controle la autoridad. Supongo que una escuela puede estar alojada en cualquier parte: en un bucare, en un bambú, en una laja en el suelo, y todavía es bastante.
33.	**LA PERIQUITA JULIETA**	No, señor. Una escuela necesita un local adecuado, que lleno los requisitos indispensables: que sea amplio, aireado, que tenga salones grandes, corredores, patios para que los chicos puedan jugar y estén a sus anchas.
34.	**TÍO TIGRE**	¡Hola! ¡Miren la bachillercita tan respondona! ¿Usted, no se ha enterado bien de la personalidad con quién está hablando, niña?
35.	**LA PERIQUITA JULIETA**	Sí. Usted me aseguró que era Tío Tigre, ¿no es así?
36.	**TÍO TIGRE**	Exacto. Tío Tigre. Yo soy Tío Tigre. ¿Y sabe usted lo que eso significa? Yo soy la autoridad.
37.	**LA PERIQUITA JULIETA**	¿Y yo? Yo soy maestra de escuela. ¿Usted, como que tampoco lo ha entendido bien? Yo soy maestra de escuela.
38.	**TÍO TIGRE**	(CON TONO EUFÓRICO) ¿Noble…? ¿Noble…? Miren la

		bachillercita parangonándose conmigo. ¡No faltaba más! Una maestra de escuela, parangonándose con la autoridad… Enseñarles a deletrear a los mocosos y darles palmeta cuando se portan mal, y ponerse a cantar himnos todos juntos, como si uno solo no lo pudiese hacer mejor. ¿Cree usted que es fácil ser político? Métase a política para que vea; para que tenga que estar hablando con los ministros, y con los secretarios, y con los consultores jurídicos, echando discursos en los parlamentos, y conferencias vienen y conferencias van.
39.	**LA PERIQUITA JULIETA**	(ALTERADA) ¿Y usted cree que es fácil enseñar a los niños? Métase a maestro de escuela, si es que se puede, para que vea. ¡Tome, tome! Encárguese del alma de uno de estos niños, tan pequeñita, tan tierna, tan frágil que es como si se le fuera a quebrar a una entre los dedos. No cambio yo una sola de mis tareas de maestra de escuela por todo el poder y toda la grandeza de las pomposas funciones de la autoridad.
40.	**NARRADOR**	Tío Tigre vaciló; ya, francamente, se daba por derrotado. Una circunstancia fortuita vino a cambiar de un modo radical la situación. En aquel momento el Conejito abría la puerta, y entró. Venía el Conejito a traerle un ramo de flores a la maestra. Al mirar a Tío Tigre quedóse cohibido; empero, lo saludó con urbanidad, y ofreció su presente a la Periquita. Tío Tigre agradecía en su fuero interno al pequeño intruso la

		interrupción tan oportuna en aquel embarazosa punto del debate.
41.	**TÍO TIGRE**	¿Uno de sus discípulos?
42.	**LA PERIQUITA JULIETA**	Sí. Este es el Conejito, el hijo de Tío Conejo.
43.	**TÍO TIGRE**	(CON TONO DE GRANDEZA) Pues bien, señorita Julieta. Para resumir lo que hemos conversado: lo que usted me ha contado es muy bonito, sí, señor. Pero resulta que este samán lo necesito yo, ¿me entiende usted? Este samán lo necesita la autoridad, y autoridad es autoridad, por más que pataleen. De manera que ya lo sabe: para que lo vayan desocupando.
44.	**NARRADOR**	La Periquita Julieta permaneció largo tiempo inmóvil, con el conejito abrazado contra sus piernas. Su mano derecha le acariciaba distraídamente la oreja.
45.	**CONTROL**	**ENTRA MÚSICA DE SUSPENSO EN "LE EXPLICABA" HASTA "SATISFACCIÓN"**
46.	**NARRADOR**	Media hora más tarde el Profesor Mochuelo **LE EXPLICABA** a Tío Tigre.
47.	**PROFESOR MOCHUELO**	Oh, sí: es sumamente sencillo. El problema se resuelve por un simple procedimiento de expropiación por utilidad pública.
48.	**TÍO TIGRE**	¿Expropiación? ¿Y qué significa eso?
49.	**PROFESOR MOCHUELO**	La expropiación es un procedimiento legal por medio del cual se puede privar a una persona natural o jurídica de algo, cuando la posesión que esa persona ejerce sobre ese algo se armoniza con las exigencias de la utilidad pública. Se les quita

		el samán, sencillamente, y ni siquiera hay que darles una **SATISFACCIÓN.**
50.	**NARRADOR**	Quedó, pues, resuelto que se procediese a levantar el expediente para la expropiación. Todos los animales se molestaron con la noticia de expropiación de la escuela en el samán y se pusieron de acuerdo para derribar dicha decisión.
51.	**CHIGÜIRE**	¿Y qué podemos hacer? ¿Quién puede nada contra Tío Tigre?
52.	**TÍO CONEJO**	Sí, lo impediremos.
53.	**NARRADOR**	Todos se volvieron a mirarle, pero, aunque mucho se lo preguntaron, él no quiso adelantar más sobre el plan que ya estaba forjando.
54.	**NARRADOR**	Tío Conejo buscó a todos los animales que tuviesen hijos dentro de la escuela. Y decía
55.	**TÍO CONEJO**	Siempre se puede algo cuando se intenta. Tenemos la fuerza del débil contra la fuerza del fuerte: la fuerza del débil está en su propia debilidad, porque, en tanto que el fuerte se basta por sí solo, el débil se ayuda. Siempre se puede algo cuando anda de por medio la unión.
56.	**NARRADOR**	Toda la noche estuvieron trabajando incesantemente los aliados. A la mañana siguiente, cuando Tío Tigre fue hasta el samán a pasarle una recorrida codiciosa, el muñón que surgía antes en el tronco, y que le permitía escalar hasta las ramas, había desaparecido.

57.	**TÍO TIGRE**	¿Qué es esto? ¿Quién ha hecho esto?
58.	**CURRUÑATÁ**	¿Decía algo, caballero?
59.	**TÍO TIGRE**	¿Quién ha hecho esto?
60.	**CURRUÑATÁ**	¡Ah! ¿Se refiere usted al nuevo frontispicio de nuestro edificio escolar?
61.	**TÍO TIGRE**	Sí, al tispicio ese, o como lo quieras llamar. Ayer el tronco tenía una saliente, que uno podía subir por él. Ahora aparece liso.
62.	**CURRUÑATÁ**	Sí, señor: notable trabajo, ¿verdad? Un verdadero acierto arquitectónico. Obedece a las últimas modalidades en el arte de la construcción. Produce un admirable efecto, ¿no le parece? Pero, discúlpeme usted, caballero: veo que llega un grupo de nuestros más aprovechados discípulos: las Acuritas, el Tuqueque, el Cotejo, el menor de los Macacos y el inteligente Congolocho. Con el permiso de usted, voy a bajarles el ascensor, y en seguida vuelvo a atender a usted.
63.	**TÍO TIGRE**	¿Y eso qué es?
64.	**CURRUÑATÁ**	El ascensor. ¿Cómo? Caballero: ¿no conoce usted un ascensor? Es la última palabra de la ciencia de la edificación. Todos los rascacielos europeos y americanos lo tienen: debe colocar usted uno en su residencia, señor mío.
65.	**TÍO TIGRE**	¿Y tú crees que yo también puedo subir en eso?
66.	**CURRUÑATÁ**	Desde luego, señor. Este ascensor es muy seguro. Con el mayor gusto lo voy a bajar inmediatamente, a fin de que usted compruebe por sí mismo con qué suavidad se sube.

67.	**NARRADOR**	Tío Tigre no estaba convencido del todo. Principió por dar dos o tres vueltas alrededor del aparato, olisqueándolo; por último se avino a entrar en él, mas, lleno de perplejidad y de suspicacias.
68.	**CURRUÑATÁ**	¿Usted ve? Ahora le doy a un botón, y paso el conmutador. Ahora conecto la palanca. Todo el mecanismo se controla electrónicamente. Los tubos son a base de aire comprimido, los frenos son hidráulicos, la caja es enteramente aerodinámica. Tenemos varias velocidades: expresa, máxima, media, mínima y retroceso. La expresa es para cuando se requiere urgencia. Vea qué delicia es la mínima. Ahora le doy al diferencial.
69.	**CONTROL**	**ENTRA EFECTO DE SONIDO DE CAÍDA**
70.	**NARRADOR**	El Curruñatá no pudo darle a nada más, porque Tío Tigre acababa de caer, con ascensor y todo, desde considerable altura, y dio con su pesado cuerpo en el polvo vil.
71.	**CURRUÑATÁ**	¡Ah, caramba caballero! ¿Cómo que se ha caído usted? ¡Qué calamidad! Debe haber sido una alguna pequeña obstrucción en el funcionamiento.
72.	**CONTROL**	**ENTRA MÚSICA DE VICTORIA HASTA EL FINAL**
73.	**NARRADOR**	Tío Tigre se levantó camino hacia su casa. El Curruñatá le grito.
74.	**CURRUÑATÁ**	Por si acaso necesita mandarse hacer un ascensor sepa que Tío Conejo los fabrica.
75.	**NARRADOR**	Cuando llegó a su casa, Tío Tigre le ordenó de un modo muy seco a su secretario, el Profesor Mochuelo
76.	**TÍO TIGRE**	No vamos hacer ninguna expropiación.

3.3. Tío Tigre Enfermo

"Con lo que Tío Tigre comprobaba celoso,
que la Onza se inclinaba al León"
Tío Tigre y Tío Conejo, Tío Tigre Enfermo.

3.3.1. Idea

Tío Tigre se hizo pasar por enfermo para que Tío Conejo fuese a su casa para así poder embaucarlo y hacerle pagar todas las que éste le hizo.

3.3.2. Sinopsis

Tío Tigre conjuntamente con sus compañeros de gestión traman un plan para que Tío Conejo se la crea. Éste se hace pasar por enfermo, todos los animales de la selva se enteran de la noticia y se llenan de mayor preocupación. La última palabra antes de la muerte del ilustre personaje era que no quedase ningún animal enemigo de éste, es por ello, que le pide a su doctor que se diríjase hasta la casa de Tío Conejo y lo invitará a la casa para pedirle disculpas, pero Tío Conejo fue más perspicaz y llegó a la casa con los doctores más reconocidos de la selva.

3.3.3. Tratamiento

El Profesor Mochuelo, en vista de ser la mano derecha de Tío Tigre, lo aconseja para que éste se vengue de Tío Conejo. Le dice que se haga el enfermo, el moribundo, con lo que Tío Tigre, después de pensarlo en detenido momento, decide tomarle la palabra al profesor. Esta noticia llega a los oídos de todos los animales del pueblo. El Doctor Rabipelado va hacia la casa de Tío Conejo a comentarle la última palabra de Tío Tigre, que es eliminar la enemistad que entre ellos existía, éste le pidió a Tío Conejo que fuese a casa del ilustre jefe para hacer cumplir dicha palabra. Pero como Tío Conejo es

más astuto, fue hasta la casa de Tío Tigre con los mejores doctores de la zona y Tío Tigre no pudo cumplir con el plan que tenía planteado.

3.3.4. Personajes

- **Locutora**
- **Narrador**
- **Tío Tigre**
- **Tío Conejo**
- **Profesor Mochuelo**
- **Culebra Sobadora**
- **Ña Guacharaca**
- **Zamurita Joven**
- **Subteniente Basilisco**

  Hombre de alta edad, subteniente del ejército de los animales, de voz gruesa y carácter fuerte.

- **Doctor Rabipelado**

  Hombre de alto estilo, con una voz media, caracterizado por tenerla un poco ronca. Se encarga de ayudar al prójimo, en especial, a Tío Tigre.

- **Cachicamo**

  Hombre de voz gruesa. Muy alegre y perspicaz.

- **Tigana**

  Mujer de servicio de la casa de Tío Tigre.

3.3.5. Guión Literario

LOCUTORA

Tío Tigre y Tío Conejo de la mano de Antonio Arráiz

Tío Tigre Enfermo

NARRADOR

El influyente personaje se empeño de ponerse algún día en Tío Conejo para vengarse de sus jugarretas pero el astuto eludía con sus mañas sus encuentros, y escapaba, dando demostración de su sutil inteligencia, de las celadas que le armaba. Cierta vez el Profesor Mochuelo tuvo una ocurrencia muy ingeniosa.

PROFESOR MOCHUELO

Hágase el enfermo, mi generoso jefe. Hágase el enfermo, y simule que está moribundo. Entonces mándelo a llamar. Nada hay tan sagrado como la última voluntad de un agonizante: ningún animal se atrevería a desobedecerla; y nada hay tan grato como presenciar el fin de un enemigo. Tío Conejo no dejará de acudir si usted lo llama en esas circunstancias, y entonces usted lo tendrá en sus manos.

CULEBRA SOBADORA

¡Ay, no! Seria de mal agüero.

ÑA GUACHARACA

Ni de embuste podremos admitir que nuestro querido Tío Tigre esté moribundo.

NARRADOR

Pero el Profesor Mochuelo les replicó

PROFESOR MOCHUELO

No hay agüeros que valgan cuando existe la oportunidad de apresar al que nos ha ofendido.

NARRADOR

Después de pensarlo con detenimiento, Tío Tigre vino en aceptar la farsa y en poner en planta el proyecto del Mochuelo. A partir de entonces, los animales comenzaron a leer, con diversos comentarios, los boletines, cada día más alarmantes, en que se daba información del estado de salud del jefe.

Consuetudinariamente, el Camaleón llevaba noticias acerca de los progresos de su enfermedad al círculo de los adversarios de Tío Tigre.

CACHICAMO

¡No, que va! Yo creo que ni los poderosos ni los malos se mueren nunca. Son inmortales, porque en este triste mundo, el mal es inmortal, y esta facultad la delega en sus agentes y en sus partidarios.

NARRADOR

Cuando las gacetas oficiales confesaban tal gravedad que se sucedían las unas a las otras a cada media hora, y eran arrebatadas por las manos ansiosas del populacho; cuando, alrededor de la residencia de Tío Tigre, los inspectores del tráfico habían colocar letreros que decían:

¡ENFERMO!

NO TOQUE CORNETA

Cuando la inminencia de un acontecimiento de semejante entidad pesaba como un malestar físico sobre la población de los animales, el subteniente Basilisco fue, muy tieso, a la casa de la Zamurita.

SUBTENIENTE BASILISCO

Me vengo a despedir de ti. Porque esta tarde, a la una, va a quedar acuartelado el ejército. No se lo cuentes a nadie porque es un secreto de Estado; pero parece que Tío Tigre está muy mal, y se teme que de un momento a otro, en caso de un desenlace fatal, haya que sofocar motines y algaradas públicas.

ZAMURITA JOVEN

¡Cielos Santos, Basilisco mío! ¿Me vas a dejar sola? Llévame contigo: yo te acompañaré a donde sea.

SUBTENIENTE BASILISCO

¡Imposible! Estos trances se han hecho solamente para los varones.

NARRADOR

Entonces la Zamurita se arrancó una pluma, la besó repetida veces, se la alargó, con los ojos arrasados en lágrimas, en tanto que declamaba.

ZAMURITA JOVEN

Entonces toma: llévate una pluma de mi cabellera. Tenla siempre sobre tu corazón. Esta pluma simbolizará mi amor: te escudará en los momentos de peligro y apartará de ti las balas que vayan dirigidas a tu corazón.

NARRADOR

Y, apenas se alejó el militar con su preciosa prenda, fue a comunicarles a todos sus amigos que Tío Tigre se hallaba tan grave que las tropas iban a ser acuarteladas.

El Doctor Rabipelado se presentó en la casa de Tío Conejo. Reposadamente tomó asiento en un sofá. No quiso dejar el bastón ni la chistera, sino que los conservó consigo, sosteniéndolos con aire protocolar encima de las rodillas. Su color blanco sucio y la negra levita en que estaba embutido le hacían imagen viva de la hipocondría. Tosió varias veces antes de comenzar.

DOCTOR RABIPELADO

Mi señor Tío Conejo. Vengo a un asunto de la más extraordinaria gravedad. Quiero cumplir los últimos deseos de un amigo a quien quiero entrañablemente, y cuya desaparición será una pérdida irreparable para la sociedad. Y al mismo tiempo realizar una obra de bien que se abonará a mi favor, en medio de mis numerosas faltas y múltiples pecados, el día en que comparezca mi alma ante el supremo tribunal. Reconciliar a los enemigos debería estar entre las obras de misericordia. Traer de nuevo a la buena armonía y a la paz espiritual a dos hombres de bien que son respetados y estimados unánimemente, y a quienes un incidente sin importancia ha podido apartar, pero que, como yo sé que sucede con ustedes, en el fondo de su aparente antagonismo se respetan y estiman también recíprocamente: eso es una noble acción que me será tenida en cuenta entre mis escasos merecimientos. Por ello he aceptado tan delicada comisión; comisión delicadísima, para cumplir la cual me siento con escasas fuerzas, como no fueran las de mi voluntad y de mi entusiasmo, y para haberme hecho cargo de la cual todavía me creo indigno, si he de hacer revisión de mis humildes dotes y condiciones personales.

NARRADOR

Tío Conejo lo escuchaba con atención

DOCTOR RABIPELADO

Tío Conejo… usted sabe, nuestro eximio jefe, nuestro muy amado jefe, el gran Tío Tigre, el más notable y más ilustre entro los animales todos, está sumamente enfermo, postrado en el lecho del dolor, ¿qué digo?, está a las puertas del sepulcro… ¡Sí! Como usted lo oye, mi querido Tío Conejo: ¡a las puertas del sepulcro! Mas allí, en medio de si agonía, aún ha tenido el juicioso pensamiento de reconciliarse con usted. ¡Sublime gesto! ¡Celestial inspiración, que revela el calibre de su alma y es como el magnífico coronamiento de una existencia ejemplar en todo sentido! Medite el significado de tal propósito: usted es el único ser en el mundo con quien nuestro magnánimo jefe tiene una pequeña querella: usted es el único animal que quedaría con algún motivo, aunque sin razón, de resentimiento para con él. ‹‹Se murió siendo mi enemigo››, diría usted. Y así, nuestro piadoso jefe, al hacer examen de conciencia y balance de su brillante tránsito por este valle de lágrimas, se ha recomendado a sí mismo: ‹‹Que no deje yo detrás de mí ni la más fútil queja. Que ningún animal alegue que no le tendí siempre mi mano generosa y franca. ¡Tráiganme a Tío Conejo! Quiero reconciliarme con él. Vayan a la casa de Tío Conejo, y díganle que lo mando a llamar yo, que estoy agonizando, y que deseo darle la mano y reconciliarme con él en el umbral de la tumba…›› -El Doctor Rabipelado sollozó. Sí, en el… en el… en el umbral… de la tumba –repitió, entrecortadamente-. Esta… ésta… ésta… ésta es… la sagrada misión… en que he venido. No… no… no… no creo… no creo que usted… se muestre insensible… a la voz de una animal que se encuentra… en el um… en el umbral de la tumba…

NARRADOR

Tío Conejo reflexionó un buen rato.

TÍO CONEJO

Dice usted que se está muriendo?

DOCTOR RABIPELADO

Sí, señor: ago… ago… agonizando.

TÍO CONEJO

¿Y qué médico lo ve?

DOCTOR RABIPELADO

El Doctor Capu… El Doctor Capu… El Doctor Capuchino.

TÍO CONEJO

Está bien: dígale que dentro de media hora estoy allá.

NARRADOR

El Doctor Rabipelado corrió a llevar la noticia. Gran esfuerzo le costó a Tío Tigre reprimir un salto de contento en la cama donde lo obligaban a permanecer, con una camisola azul bordada en fresa que le había regalado Doña Pava del Monte.

TÍO TIGRE

Ahora sí que es mío. Ahora sí que me va a pagar las verdes y las maduras.

NARRADOR

A la medio hora tocaron la puerta.

TÍO TIGRE

¿Está todo preparado?

PROFESOR MOCHUELO

Todo preparado

TIGANA

Allí está Tío Conejo. Viene con el Doctor Caimán, y con el Doctor Gavilucho, y con el Doctor Caribe, y con el Doctor Temblador, y el bachiller Murciélago, y el Bachiller Carrao, y con la señora Comadreja, y con la Araña Peluda, y la Sanguijuela, y la Mosca Brava, y la Garrapata, la Culebrita Coral y la Tarántula. Dice que para demostrarle su buena disposición para con usted, en vista de que usted está tan enfermo, le ha traído a todos los médicos y enfermeras de fama que ha logrado reunir, a ver si lo curan.

TÍO TIGRE

No. Respóndale que no estoy nada enfermo. Que se vaya con toda esa gente. Que se vaya, y no vuelva más.

NARRADOR

Y para demostrar su vitalidad y su salud, se tiró en seguida al suelo, se quitó la camisola azul y principió a ponerse un uniforme.

La Tigana, asombrada, fue a cumplir sus órdenes.

3.3.6. Guión Técnico

Escrito y producido por

Mariel Rendón

1.	**CONTROL**	**ABRE CON CORTINA DE INICIO DE CUENTO HASTA 10".**
2.	**LOCUTORA**	Tío Tigre y Tío Conejo de la mano de Antonio Arráiz Tío Tigre Enfermo
3.	**NARRADOR**	El influyente personaje se empeño de ponerse algún día en Tío Conejo para vengarse de sus jugarretas pero el astuto eludía con sus mañas sus encuentros, y escapaba, dando demostración de su sutil inteligencia, de las celadas que le armaba. Cierta vez el Profesor Mochuelo tuvo una ocurrencia muy ingeniosa.
4.	**PROFESOR MOCHUELO**	Hágase el enfermo, mi generoso jefe. Hágase el enfermo, y simule que está moribundo. Entonces mándelo a llamar. Nada hay tan sagrado como la última voluntad de un agonizante: ningún animal se atrevería a desobedecerla; y nada hay tan grato como presenciar el fin de un enemigo. Tío Conejo no dejará de acudir si usted lo llama en esas circunstancias, y entonces usted lo tendrá en sus manos.
5.	**CULEBRA SOBADORA**	(CON TONO LLOROSO) ¡Ay, no! Seria de mal agüero.

6.	**ÑA GUACHARACA**	Ni de embuste podremos admitir que nuestro querido Tío Tigre esté moribundo.
7.	**NARRADOR**	Pero el Profesor Mochuelo les replicó
8.	**PROFESOR MOCHUELO**	No hay agüeros que valgan cuando existe la oportunidad de apresar al que nos ha ofendido.
9.	**NARRADOR**	Después de pensarlo con detenimiento, Tío Tigre vino en aceptar la farsa y en poner en planta el proyecto del Mochuelo. A partir de entonces, los animales comenzaron a leer, con diversos comentarios, los boletines, cada día más alarmantes, en que se daba información del estado de salud del jefe.
10.	**CONTROL**	**ENTRA EFECTO DE SONIDO DE TRANSICIÓN**
11.	**NARRADOR**	Consuetudinariamente, el Camaleón llevaba noticias acerca de los progresos de su enfermedad al círculo de los adversarios de Tío Tigre.
12.	**CACHICAMO**	¡No, que va! Yo creo que ni los poderosos ni los malos se mueren nunca. Son inmortales, porque en este triste mundo, el mal es inmortal, y esta facultad la delega en sus agentes y en sus partidarios.
13.	**CONTROL**	**ENTRA EFECTO DE SONIDO DE PERIÓDICOS**
14.	**NARRADOR**	Cuando las gacetas oficiales confesaban tal gravedad que se sucedían las unas a las otras a cada media hora, y eran arrebatadas por las manos ansiosas del populacho; cuando, alrededor de la residencia de Tío Tigre, los inspectores del

		tráfico habían colocar letreros que decían: ¡ENFERMO! NO TOQUE CORNETA Cuando la inminencia de un acontecimiento de semejante entidad pesaba como un malestar físico sobre la población de los animales, el subteniente Basilisco fue, muy tieso, a la casa de la Zamurita.
15.	**SUBTENIENTE BASILISCO**	Me vengo a despedir de ti. Porque esta tarde, a la una, va a quedar acuartelado el ejército. No se lo cuentes a nadie porque es un secreto de Estado; pero parece que Tío Tigre está muy mal, y se teme que de un momento a otro, en caso de un desenlace fatal, haya que sofocar motines y algaradas públicas.
16.	**ZAMURITA JOVEN**	(CON TONO LLOROSO) ¡Cielos Santos, Basilisco mío! ¿Me vas a dejar sola? Llévame contigo: yo te acompañaré a donde sea.
17.	**SUBTENIENTE BASILISCO**	¡Imposible! Estos trances se han hecho solamente para los varones.
18.	**CONTROL**	**ENTRA EFECTO DE SONIDO DE BESO EN "LA BESÓ"**
19.	**NARRADOR**	Entonces la Zamurita se arrancó una pluma, **LA BESÓ** repetida veces, se la alargó, con los ojos arrasados en lágrimas, en tanto que declamaba.

20.	**ZAMURITA JOVEN**	Entonces toma: llévate una pluma de mi cabellera. Tenla siempre sobre tu corazón. Esta pluma simbolizará mi amor: te escudará en los momentos de peligro y apartará de ti las balas que vayan dirigidas a tu corazón.
21.	**NARRADOR**	Y, apenas se alejó el militar con su preciosa prenda, fue a comunicarles a todos sus amigos que Tío Tigre se hallaba tan grave que las tropas iban a ser acuarteladas.
22.	**CONTROL**	**ENTRA EFECTO DE SONIDO DE PUERTA ABRIÉNDOSE**
23.	**NARRADOR**	El Doctor Rabipelado se presentó en la casa de Tío Conejo. Reposadamente tomó asiento en un sofá. No quiso dejar el bastón ni la chistera, sino que los conservó consigo, sosteniéndolos con aire protocolar encima de las rodillas. Su color blanco sucio y la negra levita en que estaba embutido le hacían imagen viva de la hipocondría. Tosió varias veces antes de comenzar.
24.	**CONTROL**	**ENTRA MÚSICA DE SUSPENSO EN "VENGO" HASTA "DE LA TUMBA"**
25.	**DOCTOR RABIPELADO**	Mi señor Tío Conejo. **VENGO** a un asunto de la más extraordinaria gravedad. Quiero cumplir los últimos deseos de un amigo a quien quiero entrañablemente, y cuya desaparición será una pérdida irreparable para la sociedad. Y al mismo tiempo realizar una obra de bien que se abonará a mi favor, en medio de mis numerosas faltas y múltiples pecados, el día en que comparezca mi alma ante el supremo tribunal. Reconciliar

		a los enemigos debería estar entre las obras de misericordia. Traer de nuevo a la buena armonía y a la paz espiritual a dos hombres de bien que son respetados y estimados unánimemente, y a quienes un incidente sin importancia ha podido apartar, pero que, como yo sé que sucede con ustedes, en el fondo de su aparente antagonismo se respetan y estiman también recíprocamente: eso es una noble acción que me será tenida en cuenta entre mis escasos merecimientos. Por ello he aceptado tan delicada comisión; comisión delicadísima, para cumplir la cual me siento con escasas fuerzas, como no fueran las de mi voluntad y de mi entusiasmo, y para haberme hecho cargo de la cual todavía me creo indigno, si he de hacer revisión de mis humildes dotes y condiciones personales.
26.	**NARRADOR**	Tío Conejo lo escuchaba con atención
27.	**DOCTOR RABIPELADO**	Tío Conejo… usted sabe, nuestro eximio jefe, nuestro muy amado jefe, el gran Tío Tigre, el más notable y más ilustre entro los animales todos, está sumamente enfermo, postrado en el lecho del dolor, ¿qué digo?, está a las puertas del sepulcro… ¡Sí! Como usted lo oye, mi querido Tío Conejo: ¡a las puertas del sepulcro! Mas allí, en medio de si agonía, aún ha tenido el juicioso pensamiento de reconciliarse con usted. ¡Sublime gesto! ¡Celestial inspiración, que revela el calibre de su alma y es como el magnífico coronamiento de una existencia ejemplar en todo sentido! Medite el significado de tal propósito: usted es el único ser en el mundo con quien nuestro magnánimo jefe tiene una pequeña querella: usted es el único animal que quedaría con algún motivo, aunque sin razón, de resentimiento para con él. ‹‹Se murió siendo mi enemigo››, diría usted. Y así, nuestro piadoso jefe, al hacer examen de conciencia y balance de su brillante tránsito por

		este valle de lágrimas, se ha recomendado a sí mismo: ‹‹Que no deje yo detrás de mí ni la más fútil queja. Que ningún animal alegue que no le tendí siempre mi mano generosa y franca. ¡Tráiganme a Tío Conejo! Quiero reconciliarme con él. Vayan a la casa de Tío Conejo, y díganle que lo mando a llamar yo, que estoy agonizando, y que deseo darle la mano y reconciliarme con él en el umbral de la tumba…›› -El Doctor Rabipelado sollozó. Sí, en el… en el… en el umbral… de la tumba –repitió, entrecortadamente-. Esta… ésta… ésta… ésta es… la sagrada misión… en que he venido. No… no… no… no creo… no creo que usted… se muestre insensible… a la voz de una animal que se encuentra… en el um… en el umbral **DE LA TUMBA**…
28.	**NARRADOR**	Tío Conejo reflexionó un buen rato.
29.	**TÍO CONEJO**	Dice usted que se está muriendo?
30.	**DOCTOR RABIPELADO**	Sí, señor: ago… ago… agonizando.
31.	**TÍO CONEJO**	¿Y qué médico lo ve?
32.	**DOCTOR RABIPELADO**	El Doctor Capu… El Doctor Capu… El Doctor Capuchino.
33.	**TÍO CONEJO**	Está bien: dígale que dentro de media hora estoy allá.
34.	**CONTROL**	**ENTRA EFECTO DE SONIDO DE PASOS APRISAS**
35.	**NARRADOR**	El Doctor Rabipelado corrió a llevar la noticia. Gran esfuerzo le costó a Tío Tigre reprimir un salto de contento en la cama donde lo obligaban a permanecer, con una camisola azul bordada en fresa que le había regalado Doña Pava del Monte.

36.	**TÍO TIGRE**	Ahora sí que es mío. Ahora sí que me va a pagar las verdes y las maduras.
37.	**NARRADOR**	A la medio hora tocaron la puerta.
38.	**TÍO TIGRE**	¿Está todo preparado?
39.	**PROFESOR MOCHUELO**	Todo preparado
40.	**TIGANA**	Allí está Tío Conejo. Viene con el Doctor Caimán, y con el Doctor Gavilucho, y con el Doctor Caribe, y con el Doctor Temblador, y el bachiller Murciélago, y el Bachiller Carrao, y con la señora Comadreja, y con la Araña Peluda, y la Sanguijuela, y la Mosca Brava, y la Garrapata, la Culebrita Coral y la Tarántula. Dice que para demostrarle su buena disposición para con usted, en vista de que usted está tan enfermo, le ha traído a todos los médicos y enfermeras de fama que ha logrado reunir, a ver si lo curan.
41.	**TÍO TIGRE**	(CON TONO EUFÓRICO) No. Respóndale que no estoy nada enfermo. Que se vaya con toda esa gente. Que se vaya, y no vuelva más.
42.	**NARRADOR**	Y para demostrar su vitalidad y su salud, se tiró en seguida al suelo, se quitó la camisola azul y principió a ponerse un uniforme. La Tigana, asombrada, fue a cumplir sus órdenes.

3.4. La Cucarachita Martínez y el Ratón Pérez

"Estaba la Cucarachita Martínez barriendo el sótano de la cueva
bajo la mirada vigilante y ceñuda de Misia Rata,
cuando se encontró un mediecito".
Tío Tigre y Tío Conejo, La Cucarachita Martínez y el Ratón Pérez

3.4.1. Idea

La Cucarachita Martínez se encontró un mediecito el cual, la hizo muy millonaria y todos los animales de la selva querían cotejarla y los vendedores querían que le comprasen sus mercancías.

3.4.2. Sinopsis

La Cucarachita Martínez era una de las personas menos populares de la selva. Al momento de conseguirse un mediecito se volvió la más popular. Pero está no sabía qué hacer con ese dinero. Todos los animales del bosque le ofrecían sus productos, pero eso para ella no era suficiente, hasta que las sabias palabras de la Misia Rata le hicieron ven a la Cucarachita que lo mejor era casarse.

3.4.3. Tratamiento

La Cucarachita Martínez junto con Misia Rata se encuentra haciendo un asado, cuando la primera se consigue en mediecito tirado en el suelo. Éste dinero hace la Cucarachita Martínez la mujer más millonaria de la selva, pero ella no sabe qué hacer con ese dinero. Todos los animales la aconsejan de una u otra manera, pero ella no se decide. Hasta que Misia Rata la aconseja que se compre unos lacitos azules y se case. Al momento de los animales enterarse que la Cucarachita se va a casar todos empezaron a cortejarla. Pero ninguno estaba a la altura de este animalejo. Hasta que llegó el Ratón Pérez y le ofreció matrimonio a la Cucarachita, está aceptó, y todos sus amigos

empiezan a organizar la fiesta. Ese día tan memorable para la Cucarachita Martínez se hizo pedazo, ya que el Ratón Pérez muero ahogado en el chocolate caliente que preparaban para servir la comida.

3.4.4. Personajes

- **Locutora**

- **Narrador**

- **Misia Rata**

  Mujer de alta alcurnia, con finos modales, capaz de ayudar a todos los animales a ponerse al día con la moda de la época.

- **Cucarachita Martínez**

  Mujer de voz muy delgada, con tono de desesperación. En busca siempre de su compañero de vida.

- **Cocuyo**

  Hombre animalejo, con voz gruesa.

- **Nigua**

  Mujer sifrina, con voz muy suave. De lo único que está pendiente es de hacerle el mal al otro.

- **La Gallina**

  Mujer de voz gruesa, consejera, amiga, capaz de ayudar a todo ser vivo.

- **Doctor Burro**

Hombre de voz muy grueso, en ayuda de todo ser enfermo.

3.4.5. Guión Literario

LOCUTORA

Tío Tigre y Tío Conejo de la mano de Antonio Arráiz

La Cucarachita Martínez y el Ratón Pérez

NARRADOR

Estaba la Cucarachita Martínez barriendo el sótano de la cueva bajo la mirada vigilante y ceñuda de Misia Rata, cuando se encontró un mediecito. En el primer instante palideció: quedó inmóvil, fría de emoción las dos manos temblorosas apoyadas en el palo de la escoba y el corazoncito disparado en loco vértigo. ¡Ay de ella si hubiese perdido la serenidad!

MISIA RATA

¿Qué te pasa?

CUCARACHITA MARTÍNEZ

Nada. Me quedé pensando sí le habíamos puesto orégano al asado. Yo creo que se nos olvidó el orégano. Todavía habrá tiempo de ponérselo.

MISIA RATA

Ya lo creo que le puse orégano. ¿Qué te estás creyendo? El asado quién lo está haciendo soy yo. ¿Te imaginas que soy como tú, una zangarilleja sin fundamento, a la que todo se le olvida? Se me figura que debes estar enamorada.

NARRADOR

Misia Rata fue hasta la cocina asesorarse que le haya puesto orégano al asado. Mientras, esta estaba en la cocina, la Cucarachita Martínez, rápida como una lanzadera de telar, había recogido el mediecito del suelo y lo guardó en el bolsillo del delantal.

COCUYO

¿Es verdad que la Cucarachita Martínez se encontró un mediecito?

DOCTOR BURRO

Sí, es muy cierto

NARRADOR

El Cocuyo encendió alegremente su farolito japonés; se complacía, de todo corazón, de los buenos sucesos de sus semejantes; y fue a divulgar la noticia por todas las vegas del cañaveral.

NIGUA

¿Cómo? ¿Esa pordiosera? No en vano dicen que la fortuna es ciega. ¡Ir a escoger a esa zarrapastrosa, a una gentuza tan sin ninguna significación, en lugar de favorecer a una persona digna de ello!

CUCARACHITA MARTÍNEZ

¿Y qué haré yo ahora con mi mediecito?

NARRADOR

Todos los animales del bosque se acercaron a donde estaba la Cucarachita Martínez para ofrecerle servicios, carros, joyas, casas, ropa y demás cosas que se pudiera comprar con un mediecito. Pero ella no estaba necesitada de nada de eso.

La Cucarachita Martínez estuvo en boca de todos los personajes que se encontraban en la selva, estos con la finalidad de verle creer a la Cucarachita lo importante que son las inversiones. Animales hablan mal y bien de ella, y esta sin saber qué hacer.

LA GALLINA

Toma estado, cásate. No hay placer más grande que el de sentir una familia en torno suyo, y arropar los hijos bajo el ala, alborozarse cuando pronuncian las primeras palabras y ver cómo lentamente se desarrollan a nuestro amparo.

CUCARACHITA MARTÍNEZ

¿Qué haré yo con mi mediecito?

MISIA RATA

¡Buena que la hemos puesto! ¡Ahora la muchacha sonsa se va a poner a lloriquear! ¡Eso nada más nos faltaba! ¿No digo yo? Entienda que estas niñas de ahora sí son desabridas. Se encuentra la mocita convertida de la noche a la mañana en millonaria, ¿y qué cree usted que inventa? ¿Sale a pasear en automóvil? ¿Se compra un vestido bien bonito, y unos lacitos azules para la cabeza, y se sienta en la ventana a flechar corazones? ¡No, señor! ¡Nada de eso! Se pone hacer pucheros, porque diz que no encuentra nada que hacer con su mediecito…

CUCARACHITA MARTÍNEZ

¿U… u… u… unos… la… la… lacitos azules?

MISIA RATA

Si, muchacha. No seas tonta. No te preocupes por lo que haya dicho esa gente. ¿Qué te dijeron esos sinvergüenzas? Toditos ellos son unos malvados, que lo que quieren es mortificarte. Cómprate unos bonitos lazos azules, te los pones en la cabeza, te sientas a la ventana, y verás tu lo que es gozar…

NARRADOR

El rostro de la Cucarachita Martínez se había iluminado, en tanto que las lágrimas temblaban todavía en sus largas pestañas.

CUCARACHITA MARTÍNEZ

Unos lacitos azules. Si compro dulces, me los cómo, y se me acaban. Si compro perfumes, me los hecho y se me acaban. Si compro joyas, se me pierden y se me acaban: y, además me traería mala suerte. Sí: voy a comprarme unos lacitos azules.

NARRADOR

Y así fue como la Cucarachita Martínez se compró sus lacitos azules. Se peinó, se empolvó, se pintó las mejillas y los labios, se puso su vestido nuevo, se arregló con graciosa coquetería los lazos azules en los rizos negros y se sentó a la ventana. Estaba muy linda. Los galanes comenzaron a rondar. Todos los animales le pedían matrimonio, y está sólo preguntaba que les ofrecían cada uno de ellos, pero ninguno dio con los intereses de la Cucarachita, hasta que llego el Ratón Pérez y le ofreció matrimonio y está aceptó, ya que el Ratón Pérez no le ofrecía nada, sólo amor.

El corazoncito de la Cucarachita Martínez latía con premura.

CUCARACHITA MARTÍNEZ

Ratón Pérez: me voy a casar contigo

NARRADOR

De este modo se hicieron prometidos la Cucarachita Martínez y el Ratón Pérez. Inmediatamente comenzaron los preparativos para la boda. Era necesario hacer una fiesta suntuosa a la altura de los acontecimientos. Misia Rata estaba de lo más atareada. Con febril actividad púsose a limpiar la casa, a lavar los pisos y a pulir los muebles, y a

colocar alfombras y adornos por todas partes. Hizo, además, una enorme torta, con diecisiete velas rosadas que la Cucarachita tendría que apagar de un solo soplo.

La Gallina trajo de regalo dulce de lechosa. La Cotorra mandó unos pastelitos bastantes insípidos, pero ella aseguraba que eran gateaux. La Hormiga contribuyó con una jarra de chicha, que le costó poco, pero estaba muy sabrosa. La Cigarra, en cambió, echó la casa por la ventana: envió una cesta de botellas de champaña, que compró fiado en la licorería, y después quedó hipotecada por seis meses para poder pagarla. Y hasta la Gallineta y las cuatro Arañas contribuyeron con sus obsequios: unos exquisitos bienmesabes, la primera, y un azafate de merengues y suspiros las Arañas.

La Cucarachita Martínez y Ratón Pérez estaban acodados sobre el alféizar de la ventana.

CUCARACHITA MARTÍNEZ

¿Me quieres?

RATÓN PÉREZ

Sí, te quiero mucho.

CUCARACHITA MARTÍNEZ

¿Me vas a querer por siempre?

RATÓN PÉREZ

Eternamente.

CUCARACHITA MARTÍNEZ

¿No vas a querer nunca a ninguna otra?

RATÓN PÉREZ

No tengo ojos más que para mirarte a ti.

CUCARACHITA MARTÍNEZ

¿Cómo cuánto me quieres?

RATÓN PÉREZ

Muchísimo.

NARRADOR

A sus espaldas, las parejas enlazadas se dejaban arrebatar por la música que tocaba el Arrendajo con su arpa, el Cucarachero con su guitarra, el Sapo Compadrón con las maracas.

NIGUA

¡Mala señal! Matrimonio bailado es matrimonio desgraciado

NARRADOR

Llegó la hora de la cena, y el chocolate fue puesto a hervir en una enorme olla. Misia Rata lo batía vigorosamente con el molinillo.

RATÓN PÉREZ

¡Qué rico está!

NARRADOR

Misia Rata fue la primera en advertir el peligro que corría.

RATÓN PÉREZ

¡Ah, qué rico está!

CUCARACHITA MARTÍNEZ

¡Cuidado!

NARRADOR

Era demasiado tarde. Ratón Pérez se había inclinado con exceso sobre el recipiente. Quizás los pesados vapores lo marearon al envolverlo. Púsose pálido de repente; vaciló; quiso agarrarse del borde de la olla, que estaba tan caliente que le quemó; tambaleóse, y se desplomó dentro. Su esbelto cuerpo, vestido con levita gris que se había mandado

hacer para sus bodas, flotó por un segundo sobre la hirviente masa, y luego desapareció en sus profundidades.

CUCARACHITA MARTÍNEZ

¡Ay!

NARRADOR

Mientras el Comején y la Gallineta se ocupaban de ella, haciéndole aspirar de un frasco de sales, Misia Rata intentó en vano diversos expedientes para salvar al pobre infeliz. Quiso sacar su cuerpo con la espumadera, retiró sin tardanza la olla del fuego, se le ocurrió rociarla con agua a fin de que se enfriase con mayor rapidez. Era inútil: antes de que el denso líquido hubiese regresado a una temperatura razonable, ya el pobre Ratón habría tenido tiempo de morir mil veces de mil espantosas agonías.

La pobre Cucarachita se recobraba poco a poco de su vahído; miró en torno suyo con los ojos vagos; de súbito se incorporó, púsose de nuevo intensamente pálida, y clavó las interrogantes pupilas en Misia Rata.

CUCARACHITA MARTÍNEZ

¿Dónde está…? ¿Su pudo salvar…?

NARRADOR

Los circunstantes pudieron observar cómo subía y bajaba su pecho de angustia; cómo palidecía más aún, y creyeron que se iba a desvanecer por segunda vez, cuando la Rata, sin ánimo para hacerlo de viva voz, le contestó que no con la cabeza.

A pesar de todo, no se desmayó. En medio de la general expectación se levantó lentamente. Requirió para ello el auxilio de Misia Rata y del Ciempiés, quienes se lo dieron de buen grado. Se acercó a la olla, y estuvo mirándola largo rato.

MISIARATA

¡Se murió! ¿No lo ves? ¡Se murió! Desapareció en el fondo. Desapareció para siempre. ¡Pobrecito! ¡Tan bueno como era, y tan simpático! ¡Y tanto que te quería! ¿Ahora de que te sirve que te haya querido? Se acabó… Se murió…

NARRADOR

Con sus explosiones de furor y los alardes de condolencia, en otros, contrastaba el austero silencio de Cucarachita Martínez. Siempre muy pálida, casi sin pestañear, parecía no prestar atención a cuanto ocurría en su derredor. Por último, si pronunciar una sola palabra, se alejó lentamente.

La Cucarachita Martínez se retiró a hacer vida monástica. En lugar de sus galas y de sus lacitos azules, vistió oscuros hábitos y empleó su fortuna en obras de misericordia.

Y el sol, al acercarse al poniente se tiñe de violeta, y solloza; las aguas murmuran tristemente, despeñándose en la cascada sobre negros pedruscos; las nubes se encapotan con matices sombríos, preñados de lluvia; el cielo antes claro comienzan a llover gotas melancólicas y pausadas, como lágrimas; los bambúes se estremecen, exhalando sonidos plañideros; y las flores amarillas del campo tienen una escarapela d luto en el corazón, y se llaman claveles de muerte.

Porque Ratón Pérez se cayó en la olla, y la Cucarachita lo siente y lo llora.

3.4.6. Guión Técnico

Escrito y producido por

Mariel Rendón

1.	**CONTROL**	**ABRE CON CORTINA DE INICIO DE CUENTO HASTA 10".**
2.	**LOCUTORA**	Tío Tigre y Tío Conejo de la mano de Antonio Arráiz La Cucarachita Martínez y el Ratón Pérez
3.	**NARRADOR**	Estaba la Cucarachita Martínez barriendo el sótano de la cueva bajo la mirada vigilante y ceñuda de Misia Rata, cuando se encontró un mediecito. En el primer instante palideció: quedó inmóvil, fría de emoción las dos manos temblorosas apoyadas en el palo de la escoba y el corazoncito disparado en loco vértigo. ¡Ay de ella si hubiese perdido la serenidad!
4.	**MISIA RATA**	¿Qué te pasa?
5.	**CUCARACHITA MARTÍNEZ**	(CON TONO DE DESESPERACIÓN) Nada. Me quedé pensando sí le habíamos puesto orégano al asado. Yo creo que se nos olvidó el orégano. Todavía habrá tiempo de ponérselo.
6.	**MISIA RATA**	(CON TONO FUERTE) Ya lo creo que le puse orégano. ¿Qué te estás creyendo? El asado quién lo está haciendo soy yo. ¿Te imaginas que soy como tú, una zangarilleja sin fundamento, a la que todo se le olvida? Se me figura que

		debes estar enamorada.
7.	**NARRADOR**	Misia Rata fue hasta la cocina asesorarse que le haya puesto orégano al asado. Mientras, esta estaba en la cocina, la Cucarachita Martínez, rápida como una lanzadera de telar, había recogido el mediecito del suelo y lo guardó en el bolsillo del delantal.
8.	**CONTROL**	**ENTRA EFECTO DE TRANSICIÓN DE TIEMPO**
9.	**COCUYO**	¿Es verdad que la Cucarachita Martínez se encontró un mediecito?
10.	**DOCTOR BURRO**	Sí, es muy cierto
11.	**NARRADOR**	El Cocuyo encendió alegremente su farolito japonés; se complacía, de todo corazón, de los buenos sucesos de sus semejantes; y fue a divulgar la noticia por todas las vegas del cañaveral.
12.	**NIGUA**	¿Cómo? ¿Esa pordiosera? No en vano dicen que la fortuna es ciega. ¡Ir a escoger a esa zarrapastrosa, a una gentuza tan sin ninguna significación, en lugar de favorecer a una persona digna de ello!
13.	**CUCARACHITA MARTÍNEZ**	¿Y qué haré yo ahora con mi mediecito?
14.	**CONTROL**	**ENTRA EFECTO DE SONIDO DE BULLICIO**
15.	**NARRADOR**	Todos los animales del bosque se acercaron a donde estaba la

		Cucarachita Martínez para ofrecerle servicios, carros, joyas, casas, ropa y demás cosas que se pudiera comprar con un mediecito. Pero ella no estaba necesitada de nada de eso.
16.	**CONTROL**	**ENTRA EFECTO DE MURMULLO**
17.	**NARRADOR**	La Cucarachita Martínez estuvo en boca de todos los personajes que se encontraban en la selva, estos con la finalidad de verle creer a la Cucarachita lo importante que son las inversiones. Animales hablan mal y bien de ella, y esta sin saber qué hacer.
18.	**LA GALLINA**	Toma estado, cásate. No hay placer más grande que el de sentir una familia en torno suyo, y arropar los hijos bajo el ala, alborozarse cuando pronuncian las primeras palabras y ver cómo lentamente se desarrollan a nuestro amparo.
19.	**CUCARACHITA MARTÍNEZ**	¿Qué haré yo con mi mediecito?
20.	**MISIA RATA**	¡Buena que la hemos puesto! ¡Ahora la muchacha sonsa se va a poner a lloriquear! ¡Eso nada más nos faltaba! ¿No digo yo? Entienda que estas niñas de ahora sí son desabridas. Se encuentra la mocita convertida de la noche a la mañana en millonaria, ¿y qué cree usted que inventa? ¿Sale a pasear en automóvil? ¿Se compra un vestido bien bonito, y unos lacitos azules para la cabeza, y se sienta en la ventana a flechar corazones? ¡No, señor! ¡Nada de eso! Se pone hacer pucheros, porque diz que no encuentra nada que hacer con su mediecito…
21.	**CUCARACHITA MARTÍNEZ**	¿U… u… u… unos… la… la… lacitos azules?
22.	**MISIA RATA**	Si, muchacha. No seas tonta. No te preocupes por lo que haya dicho esa gente. ¿Qué te dijeron esos sinvergüenzas? Toditos

		ellos son unos malvados, que lo que quieren es mortificarte. Cómprate unos bonitos lazos azules, te los pones en la cabeza, te sientas a la ventana, y verás tu lo que es gozar…
23.	**NARRADOR**	El rostro de la Cucarachita Martínez se había iluminado, en tanto que las lágrimas temblaban todavía en sus largas pestañas.
24.	**CUCARACHITA MARTÍNEZ**	Unos lacitos azules. Si compro dulces, me los cómo, y se me acaban. Si compro perfumes, me los hecho y se me acaban. Si compro joyas, se me pierden y se me acaban: y, además me traería mala suerte. Sí: voy a comprarme unos lacitos azules.
25.	**NARRADOR**	Y así fue como la Cucarachita Martínez se compró sus lacitos azules. Se peinó, se empolvó, se pintó las mejillas y los labios, se puso su vestido nuevo, se arregló con graciosa coquetería los lazos azules en los rizos negros y se sentó a la ventana. Estaba muy linda. Los galanes comenzaron a rondar. Todos los animales le pedían matrimonio, y está sólo preguntaba que les ofrecían cada uno de ellos, pero ninguno dio con los intereses de la Cucarachita, hasta que llego el Ratón Pérez y le ofreció matrimonio y está aceptó, ya que el Ratón Pérez no le ofrecía nada, sólo amor.
26.	**CONTROL**	**ENTRA EFECTO DE LATIDOS DE CORAZÓN ACELERADO**
27.	**NARRADOR**	El corazoncito de la Cucarachita Martínez latía con premura.
28.	**CUCARACHITA MARTÍNEZ**	Ratón Pérez: me voy a casar contigo
29.	**NARRADOR**	De este modo se hicieron prometidos la Cucarachita Martínez y el Ratón Pérez.

30.	**CONTROL**	**ENTRA EFECTO DE ARREGLO DE FIESTA**
31.	**NARRADOR**	Inmediatamente comenzaron los preparativos para la boda. Era necesario hacer una fiesta suntuosa a la altura de los acontecimientos. Misia Rata estaba de lo más atareada. Con febril actividad púsose a limpiar la casa, a lavar los pisos y a pulir los muebles, y a colocar alfombras y adornos por todas partes. Hizo, además, una enorme torta, con diecisiete velas rosadas que la Cucarachita tendría que apagar de un solo soplo.
32.	**CONTROL**	**ENTRA EFECTO DE MURMULLO**
33.	**NARRADOR**	La Gallina trajo de regalo dulce de lechosa. La Cotorra mandó unos pastelitos bastantes insípidos, pero ella aseguraba que eran gateaux. La Hormiga contribuyó con una jarra de chicha, que le costó poco, pero estaba muy sabrosa. La Cigarra, en cambió, echó la casa por la ventana: envió una cesta de botellas de champaña, que compró fiado en la licorería, y después quedó hipotecada por seis meses para poder pagarla. Y hasta la Gallineta y las cuatro Arañas contribuyeron con sus obsequios: unos exquisitos bienmesabes, la primera, y un azafate de merengues y suspiros las Arañas.
34.	**CONTROL**	**ENTRA EFECTO DE SUSPIRO EN "VENTANA" HASTA "MUCHO" Y CORAZONES LATIENDO EN "ME VAS" HASTA "MUCHÍSMO"**
35.	**NARRADOR**	La Cucarachita Martínez y Ratón Pérez estaban acodados sobre el alféizar de la **VENTANA.**
36.	**CUCARACHITA MARTÍNEZ**	¿Me quieres?

37.	**RATÓN PÉREZ**	Sí, te quiero **MUCHO.**
38.	**CUCARACHITA MARTÍNEZ**	¿**ME VAS** a querer por siempre?
39.	**RATÓN PÉREZ**	Eternamente.
40.	**CUCARACHITA MARTÍNEZ**	¿No vas a querer nunca a ninguna otra?
41.	**RATÓN PÉREZ**	No tengo ojos más que para mirarte a ti.
42.	**CUCARACHITA MARTÍNEZ**	¿Cómo cuánto me quieres?
43.	**RATÓN PÉREZ**	**MUCHÍSIMO.**
44.	**NARRADOR**	A sus espaldas, las parejas enlazadas se dejaban arrebatar por la música que tocaba el Arrendajo con su arpa, el Cucarachero con su guitarra, el Sapo Compadrón con las maracas.
45.	**CONTROL**	**ENTRA MÚSICA DE CELEBRACIÓN**
46.	**NIGUA**	¡Mala señal! Matrimonio bailado es matrimonio desgraciado
47.	**NARRADOR**	Llegó la hora de la cena, y el chocolate fue puesto a hervir en una enorme olla. Misia Rata lo batía vigorosamente con el molinillo.
48.	**RATÓN PÉREZ**	Um… ¡Qué rico está!
49.	**NARRADOR**	Misia Rata fue la primera en advertir el peligro que corría.
50.	**RATÓN PÉREZ**	¡Ah, qué rico está!
51.	**CUCARACHITA MARTÍNEZ**	(CON TONO DE SUSTO) ¡Cuidado!
52.	**CONTROL**	**ENTRA EFECTO DE AGITACIÓN**

53.	**NARRADOR**	Era demasiado tarde. Ratón Pérez se había inclinado con exceso sobre el recipiente. Quizás los pesados vapores lo marearon al envolverlo. Púsose pálido de repente; vaciló; quiso agarrarse del borde de la olla, que estaba tan caliente que le quemó; tambaleóse, y se desplomó dentro. Su esbelto cuerpo, vestido con levita gris que se había mandado hacer para sus bodas, flotó por un segundo sobre la hirviente masa, y luego desapareció en sus profundidades.
54.	**CUCARACHITA MARTÍNEZ**	(GRITANDO) ¡Ay!
55.	**NARRADOR**	Mientras el Comején y la Gallineta se ocupaban de ella, haciéndole aspirar de un frasco de sales, Misia Rata intentó en vano diversos expedientes para salvar al pobre infeliz. Quiso sacar su cuerpo con la espumadera, retiró sin tardanza la olla del fuego, se le ocurrió rociarla con agua a fin de que se enfriase con mayor rapidez. Era inútil: antes de que el denso líquido hubiese regresado a una temperatura razonable, ya el pobre Ratón habría tenido tiempo de morir mil veces de mil espantosas agonías.
56.	**CONTROL**	**ENTRA EFECTO DE LLANTO**
57.	**NARRADOR**	La pobre Cucarachita se recobraba poco a poco de su vahído; miró en torno suyo con los ojos vagos; de súbito se incorporó, púsose de nuevo intensamente pálida, y clavó las interrogantes pupilas en Misia Rata.
58.	**CUCARACHITA MARTÍNEZ**	¿Dónde está…? ¿Su pudo salvar…?
59.	**NARRADOR**	Los circunstantes pudieron observar cómo subía y bajaba su pecho de angustia; cómo palidecía más aún, y creyeron que se iba a desvanecer por segunda vez, cuando la Rata, sin ánimo

		para hacerlo de viva voz, le contestó que no con la cabeza.
60.	**CONTROL**	**ENTRA EFECTO DE LLANTO**
61.	**NARRADOR**	A pesar de todo, no se desmayó. En medio de la general expectación se levantó lentamente. Requirió para ello el auxilio de Misia Rata y del Ciempiés, quienes se lo dieron de buen grado. Se acercó a la olla, y estuvo mirándola largo rato.
62.	**MISIA RATA**	¡Se murió! ¿No lo ves? ¡Se murió! Desapareció en el fondo. Desapareció para siempre. ¡Pobrecito! ¡Tan bueno como era, y tan simpático! ¡Y tanto que te quería! ¿Ahora de que te sirve que te haya querido? Se acabó… Se murió…
63.	**NARRADOR**	Con sus explosiones de furor y los alardes de condolencia, en otros, contrastaba el austero silencio de Cucarachita Martínez. Siempre muy pálida, casi sin pestañear, parecía no prestar atención a cuanto ocurría en su derredor. Por último, si pronunciar una sola palabra, se alejó lentamente. La Cucarachita Martínez se retiró a hacer vida monástica. En lugar de sus galas y de sus lacitos azules, vistió oscuros hábitos y empleó su fortuna en obras de misericordia. Y el sol, al acercarse al poniente se tiñe de violeta, y solloza; las aguas murmuran tristemente, despeñándose en la cascada sobre negros pedruscos; las nubes se encapotan con matices sombríos, preñados de lluvia; el cielo antes claro comienzan a llover gotas melancólicas y pausadas, como lágrimas; los bambúes se estremecen, exhalando sonidos plañideros; y las flores amarillas del campo tienen una escarapela d luto en el corazón, y se llaman claveles de muerte. Porque Ratón Pérez se cayó en la olla, y la Cucarachita lo siente y lo llora.

3.5. La Fundación

"La paz, la dulce paz reinaba soberana
sobre el vasto pueblo de los animales".
Tío Tigre y Tío Conejo, La Fundación.

3.5.1. Idea

Tío Conejo se había desaparecido y todos los animales del bosque estaban muy preocupados. Un día Tío Tigre se lo consigue y lo hace su presa.

3.5.2. Sinopsis

La fundación era un sitio donde muchos hombres trabajaban en épocas pasadas. Allí se encontraba Tío Conejo tratando de descansar de un fuerte día de trabajo. Pero los animales de la selva pensaban que Tío Conejo estaba desaparecido. Al transcurrir los días, Tío Tigre se encontró con este animalejo y lo hizo preso de él. Pero Tío Conejo fue más astuto y salió victorioso de tal aprehensión.

3.5.3. Tratamiento

Tío Conejo estaba perdido en la selva, decían todos los animales, pero ellos no sabían que éste se encontraba descansando en un hermoso árbol cerca de la fundación. Lugar donde trabajaban muchos hombres en épocas pasadas. Un día Tío Tigre se consigue con Tío Conejo, éste acostado en un árbol dormido, al despertar Tío Tigre le dice que es preso de él, pero Tío Conejo arma su plan y le dice a Tío Tigre que está en espera de una vacas gordas que están al otro lado de la montaña, éste se llena de emoción y le pide a Tío Conejo que le cuenta, pero Tío Conejo, picó adelante y se fue al lado de la montaña, mientras que Tío Tigre esperaba desesperado a las vacas y lo que recibió fue una inmensa piedra.

3.5.4. Personajes

- **Locutora**

- **Narrador**

- **Zamurita Joven**

- **Profesor Mochuelo**

- **Doctor Rabipelado**

- **Tío Conejo**

- **Tío Tigre**

- **Cigarrón**

  Animalejo con voz picará, siempre está a la disposición de todos los demás animales del bosque.

3.5.5. Guión Literario

LOCUTORA

Tío Tigre y Tío Conejo de la mano de Antonio Arráiz

La Fundación.

NARRADOR

Largo tiempo había transcurrido desde aquella ocasión en que Tío Conejo con su malicia característica, descubrió la falsedad de Tío Tigre enfermo, sin que éste hubiese tenido nuevas noticias suyas. Los primeros días pasaron en medio de una tranquilizadora placidez.

ZAMURITA JOVEN

¿Y qué habrá sido de Tío Conejo?

NARRADOR

Era como si la tierra se la hubiera tragado. Ahora la Cantárida y la Culebra Sobadora podían salir impunemente a sus cabalgatas, sin el temor de que los ojos curiosos espiasen los batacazos que se daban, de que labios malévolos propalasen sus deficiencias en el arte de la equitación, de que el agudo Mosquito le sacara una caricatura en el periódico Pica-y-huye. La Garza Morena podía dar un gran baile, segura de que, al frente de la ventana abierta, una turba molesta y plebeya, de la que trascendía insufrible hedor a trapos sucios y a guisos baratos, no había de ofender el delicado olfato de sus convidados; ni embarazaría tampoco con su presencia a Don Paují de Copete cuando, impecable en su levita negra y su pechera blanca, demostrase a las damas las última novedades coreográficas, los últimos pasos de baile importados de París o Nueva York.

PROFESOR MOCHUELO

Y fíjese qué tranquilos y qué pacíficos están ahora los animales.

CIGARRÓN

Cuán cierto es que dentro de la animal condición está el no encontrar su plenitud ni en la calma ni en el peligro. Cuando la rodea éste, ansia aquélla, y en medio de la calma

suspira por las circunstancias que puedan hacerla peligrar, porque en la propia vida va implícita la búsqueda del peligro.

DOCTOR RABIPELADO

No hay duda: el silencio de ese individuo significa algo.

CIGARRÓN

El silencio siempre significa algo, al contrario de las palabras, las que con frecuencia no significan nada.

PROFESOR MOCHUELO

Mi estimado señor Cigarrón: no es ésta oportunidad para chistes. Estamos hablando de cosas muy graves. La aparente inmovilidad de Tío Conejo, y su efectiva desaparición, indica a las claras que está tramando alguna tenebrosa conspiración en contra del orden institucional del Estado, y en virtud de ello creo que el Gobierno debería proceder con draconiana energía.

NARRADOR

En resumen, que ya Tío Tigre no se encontraba en aquella disposición de ánimo, tan de su gusto, como para gozar a sus anchas de su siesta habitual en la beatífica penumbra de su despacha tapizado de cortinajes bordados.

NARRADOR

Si abrían inesperadamente la puerta, Tío Tigre se erguía, pálido, y sólo volvía a caer sobre el sillón, extenuado.

Púsose Tío Tigre a seguir el régimen que se prescribió. Y en ello andaba una buena mañana cuando, por haber prolongado su paseo hasta la altiplanicie a la que los animales denominaban La Fundación, hete aquí que dio de manos a boca con aquel cuya desaparición era la causa de todos sus males: se topó con Tío Conejo.

La temperatura era tibia, el aire diáfano; la brisa venía embalsamada con olores de albahaca, de mastranto, de tomillo, de mejorana. Bajo su efecto sedante, en medio de los restos parduzcos de paredes, de las lajas sueltas y de los trozos de cemento desparramado que marcaban el sitio de La Fundación, a la sombra de un gigantesco tamarindo, Tío Conejo dormía pacíficamente.

TÍO TIGRE

¡Hum! ¿Dormido ése? Tío Conejo no se duerme. Lo que está haciendo, seguramente, es echándoselas de dormido a fin de inspirarme confianza.

¿Qué trampa será la que tiene preparada?

NARRADOR

Entonces se decidió a acercársele paso a paso. Avanzaba un poco, se detenía, enderezaba las orejas y abría los fulgurantes ojos, mientras los mostachos se le erizaban y un temblor nervioso recorría sus músculos, prestos a dar el asalto de retroceso a la mínima señal que le alarmase: de tal manera la fuerza y la fiereza se miden siempre, a pesar de su aparente superioridad, de la inteligencia y de la astucia. En tanto que se le aproximaba, iba sin embargo, tranquilizándose. Los husmeaba a la distancia, y se azotaba el hermoso cuerpo con la cola.

TÍO TIGRE

¡Sí, sí! ¡Está dormido! ¡Cayó en mis manos el mentecato!

NARRADOR

Una gran sonrisa abrió su bocaza roja, donde brillaban los colmillos afilados. Levantó la poderosa zarpa, listo para dejarla caer sobre el endeble cuerpo de su aborrecido adversario.

TÍO TIGRE

¡De ésta sí que no te escapas…

NARRADOR

Efectivamente. Tío Conejo estaba tan dormido de un modo tan profundo como suele hacerlo su comadre la Pereza, cuyo sueño no perturban ni los terremotos. Había trabajado mucho, el pobre, durante todo el día. Vio el tamarindo y su apacible sombra, y no resistió la deleitosa tentación. Ahora soñaba beatíficamente: soñaba con que se había convertido en un enorme animal carnívoro. Sus manos engrosaron, armáronse de uñas, su pecho se hizo cuadrado y formidable. Había vestido las polainas, el uniforme de gala y el arrogante kepis de Tío Tigre. Cuando hablaba, su voz adquiría volumen de rugido impotente, ante el cual desfallecían amedrentados sus antiguos compañeros. Un respetuoso terror envolvía su personalidad, colocándola en posición eminete: hallábase sentado en un trono, los pies sobre un escabel de oro macizo; y bajo la amenaza de su foete, Tío Tigre, pálido de miedo, trabajaba afanoso en una cunita que fabricaba para el Conejillo y en una mesa de tocador para la Tío Coneja. Las orejas de Tío Tigre habían crecido desmesuradamente.

TÍO TIGRE

¡Epa, amigo! ¿Qué hace usted ahí?

NARRADOR

Tío Conejo abrió los redondos ojos, sobresaltado. Por largo rato permaneció inmóvil, paralizado por el susto, sin atreverse a menear un dedo ni a abrir la boca para contestar.

TÍO CONEJO

Todavía estoy soñando. Ahora tengo una pesadilla.

TÍO TIGRE

¿Cómo que te habías dormido, no? ¿No sabes que a camarón que se duerme se lo lleva la corriente?

NARRADOR

Más en el brevísimo intervalo ya Tío Conejo había tenido tiempo para hacer su plan

TÍO CONEJO

No. No estaba dormido. Habría cerrado los ojos y me mantenía inmóvil para ver si lograba apresar las novillas.

TÍO TIGRE

¿Las novillas? ¿Qué novillas?

TÍO CONEJO

¡Ah, sí! ¡Cómo no! Ya se lo voy a decir. Me viene hacer preso, me cubre con sus amenazas, me importuna en el momento más interesante, me frustra mi hermoso e infalible proyecto, y encima pretende que yo le revele mi secreto… Un secreto que me ha costado tanto desvelos descubrir… ¿Usted me cree tan candoroso así?

TÍO TIGRE

Pero, bueno, ¿de qué se trata, por fin? Acábemelo de decir, que estoy reventado de ganas de saberlo.

NARRADOR

Como si no le escuchase, Tío Conejo continúo hablando como si reflexionase en voz alta.

TÍO CONEJO

Usted sabe, Tío Tigre, como lo sabemos todos los animales, que en este sitio estuvo en otros tiempos un hato de los hombres. Los hombres murieron, víctimas de paludismo;

las edificaciones se derrumbaron, y todo el ganado existente, según creencia general, se dispersó, habiendo desaparecido en su totalidad con las pestes, las inclemencias de la naturaleza salvaje o devorados por los carniceros. Pero lo que no saben ni usted ni los restantes animales es que, en realidad, no es así. Tal es mi secreto, y esto es lo que le comunico en virtud del pacto de caballeros que acabamos de sellar. Allá arriba, del otro lado de esa fila de cerros, se extiende un hermoso banco de sabana rodeado de monte, adonde han ido a refugiarse numerosas vacas cimarronas. Están gordísimas y rozagantes. Mi sistema era, como usted acaba de verlo, el esperar que alguno de ellas, buenamente y por su propia voluntad, bajase hacia este lado. Pero ahora, entre los dos, el procedimiento se simplifica mucho. Mucho fácilmente puedo subir hasta la altiplanicie, rodear, por el lado de atrás, la mancha de ganado, y arrear cuatro o cinco de las más gordas para acá. Usted las espera aquí con le objeto de atajarlas. Pero eso sí: tiene que adoptar el mismo método que me vio a mí, es decir, debe usted aparentar que se ha quedado dormido e inmovilizarse por completo. De otra suerte las vacas se espantan y se pierde todo el trabajo.

NARRADOR

El plan pareció admirable a Tío Tigre; pero dudaba de que las informaciones de Tío Conejo fuesen verdaderas.

TÍO TIGRE

¿Y quién me dice que no te vas a fugar por el otro lado, dejándome con un palmo de narices?

TÍO CONEJO

No, la meseta no tiene otra salida que hacia acá.

TÍO TIGRE

¿Y quién me dice que sean verdad que existen tales vacas?

TÍO CONEJO

¡Hombre! ¿Todavía lo duda? Entonces es mejor que no hagamos ningún negocio. ¿Donde tiene usted el olfato? Métale la nariz al viento para que se convenza. ¿No percibe ningún olor?

NARRADOR

Tío Tigre husmeó en el aire.

TÍO TIGRE

Sí. Como que huele a vaca.

TÍO CONEJO

Y a vaca gorda.

NARRADOR

En consecuencia, comenzaron a poner en planta su proyecto. Tío Conejo condujo a Tío Tigre a la salida del zanjón donde debía apostarse en espera de su presa. Allí le dio las últimas instrucciones.

TÍO CONEJO

Colóquese aquí en este boquete, acostado en el suelo, con los brazos y piernas abiertas. ¡Cuidado como las va a dejar pasar! Mire que esta noche se da usted un buen hartazgo de vaca gorda.

¡Ah, se me olvidaba! Tenga presente el cerrar los ojos cuando las oiga bajar. Mire que esos ojos suyos son como dos tizones encendidos: relumbran mucho, y si una vaca los vislumbra a los lejos, se vuelve enseguida, aterrorizada, y mucho trabajo nos costaría conseguirla otra vez.

NARRADOR

Entonces emprendió la ascensión de la cuesta. Durante varios minutos se escuchó el ruido de alguna pedrezuela o de un poco de arena que rodaban bajo sus pies. Después se restituyó el silencio. Ya caía la noche, y sobre el cielo, de un azul profundo que se teñía de violeta hacia el horizonte, empezaban a apuntar los luceros, como disparados desde el infinito por una mano invisible. El instante de calma que precede a la noche había reemplazado a los numerosos ruidos del atardecer. Todavía cruzó por el espacio, aprisa, una bandada de loritos, a los cuales se les había hecho tarde; y la primera lechuza salió de su escondrijo y lanzó a los lejos su grito agudo.

TÍO TIGRE

¡Caramba! ¡Tanto como se tarda!

NARRADOR

Más por último comenzase a oír un ruido que se acentuaba por momentos.

TÍO TIGRE

¡Caracoles! Ya como que levantó una vaca. ¡Y debe ser bien grande! **NARRADOR**

En efecto, a juzgar por la forma como crecía el rumor, se trataba de una presa de considerable entidad. Esto vino a confirmar la voz de Tío Conejo, quien gritaba a los lejos

TÍO CONEJO

¡Aijóoooo, aijóoooo! Tío Tigre. Ahí va una. Agárrese duro. No la deje pasar. Cierre bien los ojos. Tío Tigre; cierre bien los ojos.

NARRADOR

El taimado animalito había encontrado un enorme peñasco, de cerca de un metro de diámetro y cuarenta arrobas de peso, colocado en inestable equilibrio en la ladera inclinada. Después de trabajar afanosamente, escarbándolo por el lado inferior, Tío Conejo logró sacarlo de su hueco y desprenderlo vertiente abajo, en dirección al sitio donde aguardaba su sempiterno enemigo. Entonces fue cuando voceó sus instrucciones.

NARRADOR

Dócil a ellas, el tremendo carnívoro esperaba, afianzado con firmeza en el suelo, los brazos abiertos, las manos extendidas, todos los tendones tensos, en la expectativa del encontronazo, y los ojos bien cerrados…

Botado por una ligera ondulación del terreno que había a pocos pasos de Tío Tigre, el inmenso proyectil se elevó en el aire, describiendo una parábola, de forma que el brutal golpe lo recibió en pleno pecho y en la casa, y de no haber estado tan afincado en la tierra, los disparara a varios metros de distancia. En ella quedó casi incrustado.

TÍO TIGRE

¡Que se me va la vaca!

NARRADOR

Y perdió el conocimiento.

Cuando lo recobró, púsose de pie trabajosamente y, a pesar de la inquina con que veía sitios semejantes desde cierto episodio anterior de su existencia que no le gustaba recordar, fu arrastrándose hasta el puesto de socorro más cercano, a que le pusieran compresas de árnica y le sobaran los huesos magullados.

3.5.6. Guión Técnico

Escrito y producido por

Mariel Rendón

1.	**CONTROL**	**ABRE CON CORTINA DE INICIO DE CUENTO HASTA 10".**
2.	**LOCUTORA**	Tío Tigre y Tío Conejo de la mano de Antonio Arráiz La Fundación.
3.	**NARRADOR**	Largo tiempo había transcurrido desde aquella ocasión en que Tío Conejo con su malicia característica, descubrió la falsedad de Tío Tigre enfermo, sin que éste hubiese tenido nuevas noticias suyas. Los primeros días pasaron en medio de una tranquilizadora placidez.
4.	**ZAMURITA JOVEN**	¿Y qué habrá sido de Tío Conejo?
5.	**NARRADOR**	Era como si la tierra se la hubiera tragado. Ahora la Cantárida y la Culebra Sobadora podían salir impunemente a sus cabalgatas, sin el temor de que los ojos curiosos espiasen los batacazos que se daban, de que labios malévolos propalasen sus deficiencias en el arte de la equitación, de que el agudo Mosquito le sacara una caricatura en el periódico Pica-y-huye. La Garza Morena podía dar un gran baile, segura de que, al frente de la

		ventana abierta, una turba molesta y plebeya, de la que trascendía insufrible hedor a trapos sucios y a guisos baratos, no había de ofender el delicado olfato de sus convidados; ni embarazaría tampoco con su presencia a Don Paují de Copete cuando, impecable en su levita negra y su pechera blanca, demostrase a las damas las última novedades coreográficas, los últimos pasos de baile importados de París o Nueva York.
6.	**PROFESOR MOCHUELO**	Y fíjese qué tranquilos y qué pacíficos están ahora los animales.
7.	**CIGARRÓN**	Cuán cierto es que dentro de la animal condición está el no encontrar su plenitud ni en la calma ni en el peligro. Cuando la rodea éste, ansia aquélla, y en medio de la calma suspira por las circunstancias que puedan hacerla peligrar, porque en la propia vida va implícita la búsqueda del peligro.
8.	**DOCTOR RABIPELADO**	No hay duda: el silencio de ese individuo significa algo.
9.	**CIGARRÓN**	El silencio siempre significa algo, al contrario de las palabras, las que con frecuencia no significan nada.
10.	**PROFESO MOCHUELO**	Mí estimado señor Cigarrón: no es ésta oportunidad para chistes. Estamos hablando de cosas muy graves. La aparente inmovilidad de Tío Conejo, y su efectiva desaparición, indica a las claras que está tramando alguna tenebrosa

		conspiración en contra del orden institucional del Estado, y en virtud de ello creo que el Gobierno debería proceder con draconiana energía.
11.	**NARRADOR**	En resumen, que ya Tío Tigre no se encontraba en aquella disposición de ánimo, tan de su gusto, como para gozar a sus anchas de su siesta habitual en la beatífica penumbra de su despacha tapizado de cortinajes bordados.
12.	**CONTROL**	**ENTRA EFECTO DE SONIDO DE PUERTA ABRIÉNDOSE**
13.	**NARRADOR**	Si abrían inesperadamente la puerta, Tío Tigre se erguía, pálido, y sólo volvía a caer sobre el sillón, extenuado.
14.	**CONTROL**	**ENTRA EFECTO DE SONIDO DE SUSTO**
15.	**NARRADOR**	Púsose Tío Tigre a seguir el régimen que se prescribió. Y en ello andaba una buena mañana cuando, por haber prolongado su paseo hasta la altiplanicie a la que los animales denominaban La Fundación, hete aquí que dio de manos a boca con aquel cuya desaparición era la causa de todos sus males: se topó con Tío Conejo.
16.	**CONTROL**	**ENTRA EFECTO DE SONIDO DE BRISAS**
17.	**NARRADOR**	La temperatura era tibia, el aire diáfano; la brisa venía embalsamada con olores de albahaca, de mastranto, de tomillo, de mejorana. Bajo su efecto sedante, en medio de los restos parduzcos de paredes, de las lajas sueltas y de los

		trozos de cemento desparramado que marcaban el sitio de La Fundación, a la sombra de un gigantesco tamarindo, Tío Conejo dormía pacíficamente.
18.	**TÍO TIGRE**	¡Hum! ¿Dormido ése? Tío Conejo no se duerme. Lo que está haciendo, seguramente, es echándoselas de dormido a fin de inspirarme confianza. ¿Qué trampa será la que tiene preparada?
19.	**NARRADOR**	Entonces se decidió a acercársele paso a paso. Avanzaba un poco, se detenía, enderezaba las orejas y abría los fulgurantes ojos, mientras los mostachos se le erizaban y un temblor nervioso recorría sus músculos, prestos a dar el asalto de retroceso a la mínima señal que le alarmase: de tal manera la fuerza y la fiereza se miden siempre, a pesar de su aparente superioridad, de la inteligencia y de la astucia. En tanto que se le aproximaba, iba sin embargo, tranquilizándose. Los husmeaba a la distancia, y se azotaba el hermoso cuerpo con la cola.
20.	**TÍO TIGRE**	¡Sí, sí! ¡Está dormido! ¡Cayó en mis manos el mentecato!
21.	**NARRADOR**	Una gran sonrisa abrió su bocaza roja, donde brillaban los colmillos afilados. Levantó la poderosa zarpa, listo para dejarla caer sobre el endeble cuerpo de su aborrecido adversario.
22.	**TÍO TIGRE**	¡De ésta sí que no te escapas…
23.	**NARRADOR**	Efectivamente. Tío Conejo estaba tan dormido de un modo tan profundo como suele hacerlo su comadre la Pereza, cuyo sueño no perturban ni los terremotos. Había trabajado mucho, el pobre, durante todo el día. Vio el tamarindo y su apacible sombra, y no resistió la deleitosa tentación. Ahora

		soñaba beatíficamente: soñaba con que se había convertido en un enorme animal carnívoro. Sus manos engrosaron, armáronse de uñas, su pecho se hizo cuadrado y formidable. Había vestido las polainas, el uniforme de gala y el arrogante kepis de Tío Tigre. Cuando hablaba, su voz adquiría volumen de rugido impotente, ante el cual desfallecían amedrentados sus antiguos compañeros. Un respetuoso terror envolvía su personalidad, colocándola en posición eminete: hallábase sentado en un trono, los pies sobre un escabel de oro macizo; y bajo la amenaza de su foete, Tío Tigre, pálido de miedo, trabajaba afanoso en una cunita que fabricaba para el Conejillo y en una mesa de tocador para la Tío Coneja. Las orejas de Tío Tigre habían crecido desmesuradamente.
24.	**TÍO TIGRE**	¡Epa, amigo! ¿Qué hace usted ahí?
25.	**CONTROL**	**ENTRA EFECTO DE SONIDO DE SUSTO**
26.	**NARRADOR**	Tío Conejo abrió los redondos ojos, sobresaltado. Por largo rato permaneció inmóvil, paralizado por el susto, sin atreverse a menear un dedo ni a abrir la boca para contestar.
27.	**TÍO CONEJO**	Todavía estoy soñando. Ahora tengo una pesadilla.
28.	**TÍO TIGRE**	¿Cómo que te habías dormido, no? ¿No sabes que a camarón que se duerme se lo lleva la corriente?
29.	**NARRADOR**	Más en el brevísimo intervalo ya Tío Conejo había tenido tiempo para hacer su plan
30.	**TÍO CONEJO**	No. No estaba dormido. Habría cerrado los ojos y me mantenía inmóvil para ver si lograba apresar las novillas.

31.	**TÍO TIGRE**	¿Las novillas? ¿Qué novillas?
32.	**TÍO CONEJO**	Ah, sí! ¡Cómo no! Ya se lo voy a decir. Me viene hacer preso, me cubre con sus amenazas, me importuna en el momento más interesante, me frustra mi hermoso e infalible proyecto, y encima pretende que yo le revele mi secreto… Un secreto que me ha costado tanto desvelos descubrir… ¿Usted me cree tan candoroso así?
33.	**TÍO TIGRE**	Pero, bueno, ¿de qué se trata, por fin? Acábemelo de decir, que estoy reventado de ganas de saberlo.
34.	**NARRADOR**	Como si no le escuchase, Tío Conejo continúo hablando como si reflexionase en voz alta.
35.	**TÍO CONEJO**	Usted sabe, Tío Tigre, como lo sabemos todos los animales, que en este sitio estuvo en otros tiempos un hato de los hombres. Los hombres murieron, víctimas de paludismo; las edificaciones se derrumbaron, y todo el ganado existente, según creencia general, se dispersó, habiendo desaparecido en su totalidad con las pestes, las inclemencias de la naturaleza salvaje o devorados por los carniceros. Pero lo que no saben ni usted ni los restantes animales es que, en realidad, no es así. Tal es mi secreto, y esto es lo que le comunico en virtud del pacto de caballeros que acabamos de sellar. Allá arriba, del otro lado de esa fila de cerros, se extiende un hermoso banco de sabana rodeado de monte, adonde han ido a refugiarse numerosas vacas cimarronas. Están gordísimas y rozagantes. Mi sistema era, como usted acaba de verlo, el esperar que alguno de ellas, buenamente y por su propia voluntad, bajase hacia este lado. Pero ahora, entre los dos, el procedimiento se simplifica mucho. Mucho fácilmente puedo subir hasta la altiplanicie, rodear, por el

		lado de atrás, la mancha de ganado, y arrear cuatro o cinco de las más gordas para acá. Usted las espera aquí con le objeto de atajarlas. Pero eso sí: tiene que adoptar el mismo método que me vio a mí, es decir, debe usted aparentar que se ha quedado dormido e inmovilizarse por completo. De otra suerte las vacas se espantan y se pierde todo el trabajo.
36.	**NARRADOR**	El plan pareció admirable a Tío Tigre; pero dudaba de que las informaciones de Tío Conejo fuesen verdaderas.
37.	**TÍO TIGRE**	¿Y quién me dice que no te vas a fugar por el otro lado, dejándome con un palmo de narices?
38.	**TÍO CONEJO**	No, la meseta no tiene otra salida que hacia acá.
39.	**TÍO TIGRE**	¿Y quién me dice que sean verdad que existen tales vacas?
40.	**TÍO CONEJO**	¡Hombre! ¿Todavía lo duda? Entonces es mejor que no hagamos ningún negocio. ¿Donde tiene usted el olfato? Métale la nariz al viento para que se convenza. ¿No percibe ningún olor?
41.	**NARRADOR**	Tío Tigre husmeó en el aire.
42.	**TÍO TIGRE**	Sí. Como que huele a vaca.
43.	**TÍO CONEJO**	Y a vaca gorda.
44.	**NARRADOR**	En consecuencia, comenzaron a poner en planta su proyecto. Tío Conejo condujo a Tío Tigre a la salida del zanjón donde debía apostarse en espera de su presa. Allí le dio las últimas instrucciones.
45.	**TÍO CONEJO**	Colóquese aquí en este boquete, acostado en el suelo, con los brazos y piernas abiertas. ¡Cuidado como las va a dejar pasar! Mire que esta noche se da usted un buen hartazgo de vaca gorda. ¡Ah, se me olvidaba! Tenga presente el cerrar los ojos

		cuando las oiga bajar. Mire que esos ojos suyos son como dos tizones encendidos: relumbran mucho, y si una vaca los vislumbra a los lejos, se vuelve enseguida, aterrorizada, y mucho trabajo nos costaría conseguirla otra vez.
46.	**CONTROL**	**ENTRA EFECTO DE SONIDO DE PASOS**
47.	**NARRADOR**	Entonces emprendió la ascensión de la cuesta. Durante varios minutos se escuchó el ruido de alguna pedrezuela o de un poco de arena que rodaban bajo sus pies. Después se restituyó el silencio. Ya caía la noche, y sobre el cielo, de un azul profundo que se teñía de violeta hacia el horizonte, empezaban a apuntar los luceros, como disparados desde el infinito por una mano invisible. El instante de calma que precede a la noche había reemplazado a los numerosos ruidos del atardecer. Todavía cruzó por el espacio, aprisa, una bandada de loritos, a los cuales se les había hecho tarde; y la primera lechuza salió de su escondrijo y lanzó a los lejos su grito agudo.
48.	**TÍO TIGRE**	¡Caramba! ¡Tanto como se tarda!
49.	**NARRADOR**	Más por último comenzase a oír un ruido que se acentuaba por momentos.
50.	**CONTROL**	**ENTRA EFECTO DE SONIDO DE ROCAS CAYENDO**
51.	**TÍO TIGRE**	¡Caracoles! Ya como que levantó una vaca. ¡Y debe ser bien grande!
52.	**NARRADOR**	En efecto, a juzgar por la forma como crecía el rumor, se trataba de una presa de considerable entidad. Esto vino a confirmar la voz de Tío Conejo, quien gritaba a los lejos

53.	**TÍO CONEJO**	¡Aijóoooo, aijóoooo! Tío Tigre. Ahí va una. Agárrese duro. No la deje pasar. Cierre bien los ojos. Tío Tigre; cierre bien los ojos.
54.	**NARRADOR**	El taimado animalito había encontrado un enorme peñasco, de cerca de un metro de diámetro y cuarenta arrobas de peso, colocado en inestable equilibrio en la ladera inclinada. Después de trabajar afanosamente, escarbándolo por el lado inferior, Tío Conejo logró sacarlo de su hueco y desprenderlo vertiente abajo, en dirección al sitio donde aguardaba su sempiterno enemigo. Entonces fue cuando voceó sus instrucciones.
55.	**CONTROL**	**ENTRA EFECTO DE SONIDO DE SUSTO**
56.	**NARRADOR**	Dócil a ellas, el tremendo carnívoro esperaba, afianzado con firmeza en el suelo, los brazos abiertos, las manos extendidas, todos los tendones tensos, en la expectativa del encontronazo, y los ojos bien cerrados… Botado por una ligera ondulación del terreno que había a pocos pasos de Tío Tigre, el inmenso proyectil se elevó en el aire, describiendo una parábola, de forma que el brutal golpe lo recibió en pleno pecho y en la casa, y de no haber estado tan afincado en la tierra, los disparara a varios metros de distancia. En ella quedó casi incrustado.
57.	**TÍO TIGRE**	¡Que se me va la vaca!
58.	**NARRADOR**	Y perdió el conocimiento. Cuando lo recobró, púsose de pie trabajosamente y, a pesar de la inquina con que veía sitios semejantes desde cierto episodio anterior de su existencia que no le gustaba recordar, fu arrastrándose hasta el puesto de socorro más cercano, a que le pusieran compresas de árnica y le sobaran los huesos magullados.

CONCLUSIONES Y RECOMENDACIONES

Esta obra nos permite meternos de lleno en la vida salvaje y poder recrearnos la mente con cada una de estas vivencias para así poder conocer lo que hacen estos queridos animales que desde niños nos han alegrado las noches cotidianas antes de dormir.

Hoy en día hay muchas emisoras que van dirigidas al público infantil y esto es muy enriquecedor para el infante, ya que los mensajes que por este medio se transmiten pueden ser tomados de la mejor manera posible.

Al escoger un cuento para ser adaptado en formato de radio implica un trabajo bastante fuerte, ya que el medio radial se ha caracterizado por ser uno de los medios más competitivos, porque llegan muy fácilmente al alcance de toda la población. Se buscó hacer la adaptación lo más fiel posible al cuento original, para que así no pierda fuerza ni vivencia del relato.

El público infantil, es un target al cual hay que tratar con mayor delicadeza, ya que ellos al escuchar o ver lo que hacen los adultos es de ahí donde toman sus enseñanzas, porque es la manera de cómo ellos absorben todo lo que está a su alrededor, ya sea por los padres o por el instituto en el cual ellos estudian.

Es por ello, que al saber qué tipo de formato se iba a trabajar y a que público se iba a dirigir el trabajo se hizo más sencillo, ya que existen factores que incentivan la imaginación de todo niño, dejando claro que las voces y los efectos sonidos demuestran lo que exactamente se quiso dar a conocer. Sin dejar a un lado el lenguaje utilizado, porque esa fue la herramienta más potente en el trabajo ya que los niños no manejan todo tipo de lenguaje.

A la hora de adaptar no hay que perder la imaginación del radioescucha. Que sea éste quien cierre el ciclo de lo escuchado a través de las ondas hertzianas.

Los niños hoy en día están más entusiasmados en los medios electrónicos tales como La Internet, la computadora, los juegos como el Wii, el Psp, entre otros, y dejan a un lado la lectura. Es aquí donde los comunicadores sociales deben poner atención y dedicarles más tiempo a los niños a través de los programas de radio, la televisión o la prensa para que asiera estos no pierdan lo que es aprender a través de la literatura.

No obstante, los textos traen imágenes para que así los niños se puedan recrear, mientras que la radio ofrece las imágenes a través de las palabras y los sonidos que esta genera.

Al momento de grabar los micros es recomendable hacerlo con todo el guión armado, para así no tener pérdida al momento de edición o montaje.

Ya por último, y no menos importante, los comunicadores sociales tenemos un rol de informar, entretener y divertir a nuestros usuarios, es por ello que en el medio que trabajemos que debemos hacerlo de la mejor manera posible, para que aquel que vaya a ser nuestro usuario quede complacido por completo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Arráiz, A. (1945) *Tío Tigre y Tío Conejo,* Caracas – Venezuela. Editores Monte Ávila.

Balsebre, A. (1994) *El Lenguaje Radiofónico,* Madrid – España. Ediciones Cátedra.

Cabello, J. (1986) *La Radio: su lenguaje, géneros y formatos.* México: Editorial Torre de Babel.

Castro, E. (2001) *Así se diseñan programas de radiofónicos.* Maracaibo, Venezuela: Editorial de la Universidad del Zulia EDILUZ.

Dominick, J. (2001) *La Dinámica de la Comunicación Masiva,* México. Editorial Mc Graw Hill.

Dragnic, O. (1994) *Diccionario de Comunicación Social,* Caracas – Venezuela. Editorial Panapo.

Martínez, J. (1998) *Introducción a la tecnología audiovisual televisión, video y radio,* Barcelona – Buenos Aires. Ediciones Paidós.

Muñoz, J., y Gil, C. (1997) *La Radio: teoría y práctica.* Madrid: Instituto Oficial de Radiotelevisión Española, IORTV. 2da Edición.

O´Sullivan, J. (1988) *Apuntes esquemáticos de la teoría de la comunicación humana. I programa de formación y organización de cuadros especialiados en comunicación de la CLAT.* San Antonio de los Altos – Venezuela.

O´Sullivan, J. (1996) *La comunicación humana. Grandes temas contemporáneos de la comunicación,* Caracas – Venezuela. Editorial Texto.

Valle, M. (2000) *Enciclopedia actualidad escolar 2do grado.* Caracas – Venezuela. Editorial Actualidad.

Villamizar, G. (2005) *Teoría y práctica de la radio,* Caracas – Venezuela. Editorial CEC, SA.

Zavarce, C. (1996) *Secretos de la producción radiofónica.* Caracas – Venezuela. Editorial Panapo. 1ra. Edición.

FUENTES ELECTRÓNICAS

Ley de Responsabilidad Social en Radio y Televisión. Consultado el 20 de junio de 2008 de la World Wide Web: http://www.rnv.gov.ve/noticias/index.php?pg=leyresorte

TESIS CONSULTADAS

Chacón, L., y Reyes, A. (2005) *El Quijote: una aventura de la Mancha a la radio.* Trabajo de Grado de Licenciatura no publicado, Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, Venezuela.

ANEXOS

EL POBRE CUCARACHERO

Llovía a torrentes. Gruesos goterones oblicuos, aplastantes y duros bajaban como escupitajos. Caía la lluvia sobre las laderas verdes, sobre los rojos cerros, sobre las vertientes húmedas, oscuras y apacibles, sobre las vegas juveniles y sobre las voluptuosas hondonadas. Las quebradas se hinchaban y empezaban a lanzar las piedras a los transeúntes, víctimas de una súbita fatuidad. Al pie de los barrancos de color ocre se arremolinaba el barro espumoso, salpicado de envidia y movido de un incomprensible furor. Los peñones se lavaban la negra cabeza y aparecían brillantes, triunfales, deslumbradoramente limpios: sólo para ellos la lluvia era fiesta. En cambio, las débiles hojas se doblegaban con aspecto lamentable: ya no soportaba más; y se miraban unas a otras con aire de desolación.

Al abrirse el día ya estaba aquí la lluvia, madrugadora, infatigable, tenaz, desesperante. Cuando al sol le tocaba calentar los huesos, ella se lo impedía, situándosele por delante; y le era imposible al astro catarroso echar ni una ojeada furtiva a la tierra entumecida. Cuando caía la tarde la lluvia se acentuaba, creciendo con la sombra. Por la noche ella era la única que andaba a sus anchas, de un lado para el otro, enseñoreada de las vastas extensiones. Llovía de día, llovía de noche; y parecía que, en cualquier momento, bajo el peso implacable de la lluvia, iba a ser derrumbada la inmensa, la hermosa y dulce Venezuela.

Cuando llovía de esta manera, los zamuros se agrupaban en el rincón de la sabana, al abrigo de una miserable palmera, y deploraban su triste situación:

--Es estúpido que no tengamos ni siquiera un chiribitil donde meternos –decían-. Todos los animales, hasta los más menesterosos, poseen alguna vivienda para guarecerse; sólo nosotros, a pesar de nuestra importancia, carecemos de un pedazo de techo bajo el cual vivir. Esto no pude continuar así.

--Yo siempre lo he dicho –interrumpía un zamuro viejo- pero ustedes no me hacen caso. El que no tiene casa es como el que no tiene nombre: ni la gente lo respeta, ni el frío le tiene la menor consideración, ni la lluvia se detiene a meditar si puede mojarlo o no. Uno no puede ni dar su dirección cuando quiere que le escriban.

--Toda la vida he soñado con tener una casita bien preciosa –suspiraba una linda zamura de esbelto talle y ojos adormecidos-, una casita donde pudiera invitar a mi amiga la Catalineja y a mi amigo el Doctor Oripopo y hasta a mi amigo el Coronel Caricare a comerse unos buenos pastelitos de burro de tres días de muerto. Una casa es necesaria para sostener buenas relaciones.

--No se trata ahora de convites ni de tonterías –le replicó un enorme y desgreñado zamuro que sufría del hígado-, sino que no se nos estropee el paletó-levita viviendo a la intemperie. Miren como tengo el mío: los faldones se me ha salpicado hasta las solapas de horribles lamparones.

--Tan pronto como brille el sol nos vamos a reunir todos los zamuros y construiremos un soberbio edificio para vivir - proponía un joven zamuro a quien se le respetaba mucho, teniéndosele, no obstante su juventud, por una autoridad en materia de economía y de finanzas-. Un edificio que nada tenga que envidiar a la mejor cueva de cachicamo, al más elegante nido de arrendajo, ni a la quinta aérea de la ardita, hecha con musgo, ni aun al tornasolado alcázar del caracol.

Todos estaban de acuerdo, y designaban una comisión de urbanismo que estudiaría el proyecto de una vivienda para los zamuros. Pero luego pasaba la lluvia, levantaba el tiempo, el alegre sol resplandecía sobre las llanuras perfumadas, y los zamuros exclamaban:

--No. ¡Qué va! ¿Quién se ocupa en fabricar casas con este sol que cosquillea en los ojos y que ensancha el corazón? Vámonos a jugar un buen partido de polos a la orilla del río. Siempre hay tiempo para hacer las casas antes de que vuelvan las lluvias.

--¡Qué absoluta falta de responsabilidad! –murmuraba, molesta Doña Danta, calándose los impertinentes para contemplar, desde lejos, sus despreocupadas travesuras.

--Esos zamuros serán siempre lo mismo: calaveras, vagabundos, seres sin fundamento, condenados a no tener jamás una posición decorosa en sociedad –apoyaba Ña Guacharaca-. Yo no me explico cómo es que todavía hay gentes que los saludan. se necesita no tener ni pizca de dignidad.

--Ay, niña: lo que dices es muy cierto –terciaba la Marimonda, abanicándose con un aire de petulancia-. El mundo está perdido. Los jóvenes de hoy en día no se cuidan al elegir sus amistades. ¡Qué diferencia con nuestros tiempos! ¿Te acuerdas, querida zorra, cómo éramos nosotras? Nunca nos hemos codeado sino con familias muy principales.

--Es verdad, Marimonda –contestaba la Zorra-. Sin embargo, te diré: yo estaba muy pequeña en esos días que mencionas. Soy bastante joven, todavía, y puedo perfectamente alternar con la gente moderna.

Pues yo sí –declaraba la Garza Morena-. No tengo a menos conversar alguna otra vez con los zamuros. Les aseguro que entre ellos hay algunos muy elegantes y de finos modales. Me encanta su existencia aventurera, su frivolidad y su concepto deportivo de la vida. Me agradaría que un apuesto zamuro me raptase.

--¡Jesús, niña! ¡Qué cosas dices! ¿Te has vuelto loca? –la reprendía la Culebra Sobadora.

--Los zamuros toman de la vida lo que ella tiene de efímero y gozoso –afirmaba el Cigarrón-. Y, a decir verdad, ¿qué otra cosa puede ofrecernos la vida sino goces efímeros?

--Don Cigarrón, Don Cigarrón, usted siempre con sus alardes de inmoralidad… -replicaba Doña Macaurel, envolviéndole en una suave, prolongada mirada-. Usted es un empecatado corruptor, y, lo que es más peligroso, un seductor irresistible. De creerle, nada habría santo en el mundo, ni puro en el corazón de nosotras, las damas. Por fortuna, yo sé que todo eso lo dice de labios afuera: en el fondo, tiene usted un corazón de oro.

--El Cigarrón no es más que un viejo verde –sentenciaba, malhumorada, Doña Danta.

Los zamuros no se cuidaban poco ni mucho de tan sensatas reflexiones. Describían animadamente vuelos circulares bajo el cielo freso y claro, embellecido por pequeñas nubes, y se alzaban luego en el aire liviano para otear desde la altura nuevos parajes placenteros con el fin de celebrar un picnic.

De esta manera descubrieron cierta vez un miserable animalejo que se encontraba tendido, exánime, al lado del tablón de tierra removida por donde el campesino pasaba todos los días con sus bueyes y su arado.

--¡Ay, mira: esta pobre criatura echada aquí! –gritó, sorprendida, la Zamurita adolescente-. ¡Tan minúscula y tan feúcha! Tiene una pata rota, en el pecho se le ve un golpe terrible, y una gota de sangre ya seca le aparece cerca de la oreja. Sin duda que está muerta.

--¡Bah! No me serviría ni siquiera de abre boca –comentó, despectivamente, el Zamuro padre-. Déjala ahí. No vale la pena abrir el pico por tan poca cosa.

Y hubiera permanecido, en efecto, abandonada en el sitio donde yacía, de no ser porque la Zamurita exclamó de repente:

--¡Ay, ay! ¡No! Mira, papá: no está muerta. Se mueve. Ha abierto un ojo, y parece que respira. Sí, evidentemente: ¡respira!

El zamuro padre se aproximó con más interés.

--¿Quién eres tú? ¿Cómo te llamas? ¿Cuál es tu oficio? ¿Y qué te ha sucedido? –le preguntó.

--Yo soy el cucarachero –dijo débilmente-. Canto al sol, a la luna, a las estrellas; a la tarde que se evapora sobre las colinas; a la mañana que abre a los malabares y echa a volar las mariposas; a la noche que se desviste entre los bambúes, se contempla desnuda del fulgor de los luceros y se echa a nadar de bruces en el agua fría de las lagunas.

Se detuvo un instante para tomar aliento.

--Por acercarme demasiado –concluyó-, llevado de mi loca temeridad, a los bueyes del campesino, la cola de una de esas tristes y sucias bestias me ha alcanzado de lleno y me dejó en este estado.

--¡Ay! Sabe cantar… Sabe componer lindas poesías. y decirles madrigales a la luna, a la noche y a los luceros… Tenemos que llevarlo con nosotros –suspiró la Zamurita.

Y el Zamuro padre, después de observarlo un buen rato, hundido en sabias cavilaciones, asintió:

--No se dirá que alguna vez los Zamuros hemos faltado a las leyes de la hospitalidad.

--Sí; lo llevaremos con nosotros –dijeron todos-. Haremos que amenice con sus delicadas músicas nuestras fiestas, y por la noche, cuando estemos fatigados de las correrías del día, nos sentaremos en su torno y le pediremos que le haga poesías a la luna, a las nubes y a los luceros.

Sin meditarlo más, los Zamuros se llevaron consigo al Cucarachero. Le vendaron la pata, le restañaron la herida, le dieron abrigo y alimento. Poco tiempo después el animalillo estaba sano y fuerte. Saltaba y corría junto con ellos, riendo jubilosamente; y por la noche, cuando caían las sombras, se sentaba en medio de ellos, alzaba al aire la cabecita jacarandosa, esponjaba su trajecito aleonado lleno de menudas pintas blancas y negras, y cantaba:

¡Qué linda luce la luna
enredada entre las cañas!
¡Qué loca fue mi fortuna
que se enredó en tus pestañas!

La noche tiene una luna.
La luna tiene un lunar.
Tiene un cantar la laguna.
Tiene tu nombre el cantar.

¿Quién te mojo con la luna?
¿Quién te envolvió con la brisa?
¿Quién me diera, una a una,
las cuentas de tu sonrisa?

¡Qué enamorada la luna
que se muere en el juncal!
¡Quién me diera la fortuna
de morir del mismo mal!

Ña Guacharaca fue al punto a comunicarle la noticia a la Culebra Sobadora.

--¿No sabes? Esos perdidos de los Zamuros se han encontrado a un pobre ser desamparado, y lo tienen de su cuenta. Dicen que se llama el Cucarachero, y que sabe

componer preciosas canciones. ¡Qué triste porvenir el que le aguarda en manos de esos libertinos!

--Es verdad –contestó la Sobadora-. No podemos tolerarlo de ningún modo. Sería un crimen. Te propongo ir sin pérdida de tiempo a la casa de nuestra amiga, la Marimonda, que es tan razonable. A ella se le ocurrirá algún recurso.

Sus esperanzas, sin embargo, quedaron defraudadas.

--¿En poder de los Zamuros? – dijo la Marimonda-. Sí, ustedes tienen razón: no harán más que enseñarle malas costumbres.

Bostezó con disimulo, porque se disponía a dormir una siestecita cuando llegaron sus amigas.

--¿Qué podemos hacer? –preguntó después.

Ña Guacharaca tuvo una idea luminosa.

--¿Por qué no vamos todas en comisión a consultar a Doña Pava del Monte? –insinuó.

Cuando llegaron a la mansión de Doña Pava halláronse con que una nutrida representación de las damas más religiosas de la culta sociedad de los animales se había congregado en ella: de tal modo, y tan velozmente, circulaba la novedad.

--¡Ave María Purísima! ¿Con los zamuros? –inquirió Doña Pava del Monte, escandalizada, y se persignó-. El problema es tan grave que debemos ir a pedirles su opinión a Misia Boa y Misia Baba.

Misia Boa no acertó con ninguna solución, por más que ondulaba y ondulaba se enorme cuerpo, prisionera en una faja demasiada estrecha, enarcaba el busto y apretaba el abdomen para parecer aún flexible y juvenil; pero misia baba respondió sin pensarlo dos veces:

--Hagan una junta de beneficencia.

Pronunció la frase anterior con un estilo contundente y conciso de sibila, abriendo apenas un instante el ojo para sumirse de nuevo inmediatamente en las profundidades de su beata digestión; pero la semilla había caído en surco propicio.

--¿Una junta de beneficencia? ¡Ya lo creo! ¿Cómo es que no habíamos pensado en ellos antes? –gritó Ña Guacharaca-. Una junta de beneficencia da mucho tono. No me explico que hayamos podido existir nosotras las damas hasta el presente sin una junta de beneficencia donde ir a tomar un coctel por las tardes, mientras discutimos cuestiones de filantropía. Una junta de beneficencia hace tanta falta como una bonita salida de teatro o un sombrero de última moda.

--Yo siempre he anhelado tener un desvalido a quien socorrer –dijo la Sobadora-. Es tan elegante.

Pronto la tuvieron organizada. Nombraron presidenta a Doña Pava y presidente honorario a Tío Tigre; y solicitaron el concurso moral y material de todos los habitantes de los bosques, las sabanas, las montañas, los ríos, el aire y el mar. Sólo que cuando ocurrieron a Tío Conejo, éste les respondió:

--No: yo no me entrometo en vidas ajenas. Si el cucarachero es feliz cantando y bailando para los zamuros, que se quede con ellos. Cada cual es libre de vivir como le da la gana.

Y cogiendo su serrucho y sus tablas dio las espaldas a sus aristocráticas visitantes, y prosiguió su trabajo.

--¡Qué vulgar! ¡Qué falto de la más elemental cortesía es! –rezongó en voz alta Ña Guacharaca, mirándolo por encima del hombro.

--Y tan mezquino en sus alcances, tan estrecho en su concepto de la vida… -le apoyó la Culebra Sobadora.

--Tío conejo nunca pasará de ser un mediocre carpintero –pronosticó Doña Danta.

Y Tío Tigre, cuando supo su contestación, emitió también su parecer:

--A mí no acaba de gustarme ese mocito –manifestó.

Por fortuna para la noble causa que los movía, no hubo menester de él. El Coronel Querrequerre, quién ejercía el cargo del jefe civil, les dio una orden firmada y en papel sellado; y con tan poderosa arma en su poder, la junta de beneficencia se apersonó en la tertulia de los Zamuros a reclamar al infeliz.

--Pero, ¿por qué? –interrogaba, sollozando la Zamurita-. ¡Si él no ha hecho daño alguno! Se pasa todo el día mirando el correr de los arroyo y embebido en el sonido de sus aguas que chocan contra las peñas, y los versos que escribe son tan bellos que ahora no podré vivir sin oírlos…

Desgraciadamente, la tierna Zamurita se vio precisada a encontrar la forma de seguir viviendo sin oírlos. Sus generosos protectores confiaron el Cucarachero a la custodia del Profesor Mochuelo, a quien habían elegido por administrador; y esa noche, cuando se despedían, la Culebra Sobadora confió a su amiga, Ña Guacharaca, con un suspiro de satisfacción:

--¡Qué feliz se siente uno al acostarse el día que ha hecho una buena acción!

Clavando en él los ojos torpes a través de los gruesos anteojos, el Profesor Mochuelo preguntó a su pupilo:

--Vamos a ver, ¿qué sabes hacer tú?

--Yo sé cantar lindas canciones. Yo sé alabar las hermosas flores, los besos refrescantes de la brisa que alivian las fatigadas frentes y el rico espectáculo de los atardeceres, de donde nacen las ensoñaciones. Mío es el secreto de las palabras que iluminan los ojos de las muchachas bonitas y adormecen a los niños en sus cunas.

--Bueno, pero me refiero a algo práctico, a algo útil. Eso que dices no es ningún oficio. ¿Qué otra cosa sabes hacer?

El cucarachero le miró asombrado; abrió la boca, estuvo pensando un rato, sin dejar de ver al Profesor, en cuyas gafas jugueteaba un reflejo de luz. Aquel destello no se estaba quieto en un solo punto, sino que deslizaba de un extremo al otro. Sin embargo, el rostro de su severo tutor no acusaba ni el más imperceptible movimiento, lo que hubiera explicado, a la vez, la movilidad de la luz. A menos que fuera que… El Cucarachero lanzó una rápida ojeada al sesgo. Sí, efectivamente: del lado afuera de la ventana abierta se mecía una esbelta palmera, y el agitarse de sus grandes hojas era lo que proyectaba el vaivén sobre los vidrios. ¡Qué curioso! ¡Cómo una lejana causa exterior, el retozo del viento con la verde planta, era lo único capaz de producir una ilusión de vida en semejante cara de palo! El alegre Cucarachero se echó a reir:

El Profesor Mochuelo salió de la pieza dando un portazo, furibundo.

--Ahora sí que la pusimos de oro –fue a comunicarles a sus superiores-. El zángano ese nos ha resultado un poeta, que no sirve para nada. Habrá que alimentarlo toda la vida. Y además, cuando se le pregunta algo, se le queda mirando a uno, y por último le suelta la risa encima. O es un cretino, o es un atrevido.

--Un atrevido, sin duda –corroboró el Azulejo-. ¿Poeta? ¿Dice que es poeta? –y la vistosa levita de terciopelo azul se le encrespaba ante tamaña pretensión-. Vamos a ver: ¿qué academia lo ha aceptado nunca en su seno? ¿Qué docta corporación ha

tributado jamás un lauro a su talento, ni en qué juegos florales, es una velada de gala, ha sido puesto sobre su ojal la flor natural?

--Que se aplicara siquiera al barrido y a la limpieza de casa –ofreció la Culebra Sobadora-. Entonces yo me lo llevaría conmigo y me haría cargo de él.

--Sí, pero ni siquiera eso. No sabe más que escribir. Es un perfecto inútil. –insistió el Profesor Mochuelo. Se quitó los anteojos y se puso a limpiarlos, gesto con el que revelaba la contrariedad-. En menudo lio nos hemos metido con la tal junta de beneficencia.

--La caridad es la más distraída de las distracciones –susurró el Cigarrón –pero no hay que olvidar que toda distracción cuesta algo, y la caridad en comandita es la más cara de las caridades.

Tío tigre fue quien salvó la situación.

--¿Dicen ustedes que sabes escribir poesías, y todas esas ridiculeces? –preguntó con afectada indiferencia, en tanto que jugaba con la gruesa leontina de oro que le cruzaba de un bolsillo al otro-. Pues yo consentiría en llevármelo, y darle habitación, comida y ropa limpia. Tal vez me sirva de secretario. Ustedes saben que a menudo me veo obligado a pronunciar discursos, dictar conferencias, contestar memoriales, y, francamente, entre las reuniones de gabinete, los consejos, las sesiones del parlamento y las continuas interpelaciones de estos endemoniados congresantes de ahora, que no tiene otra cosa mejor que hacer, no le queda a uno tiempo para detalles de redacción.

--¡Oh, qué personalidad tan importante es la de nuestro querido jefe Tío Tigre! –prorrumpió con un silbido admirativo Ña Guacharaca; y todos los demás se apresuraron a aplaudir con entusiasmo su generoso ofrecimiento, ansiosos de endosarle aquella pesada filantropía.

De este modo el Pobre Cucarachero pasó al despacho del ilustre personaje. Dábale éste sus escritos para que los sacase en limpio y corrigiese; hacíalo con tanta perfección, que poco a poco tío tigre se fue abandonando en su secretario. El Cucarachero le escribía sus cartas, le redactaba las notas oficiales, le componías las esquelas y las tarjetas de cumplimiento o de pésame, le aderezaba las piezas oratorias con las cuales debía inaugurar un momento público o agradecer una condecoración. El estilo de Tío Tigre mejoró de una manera visible; los críticos hallaban giros brillantes y nuevos, de imprevista originalidad y su lenguaje se mostraba matizado con toques de lirismo que constituían su mayor seducción.

--Nuestro querido Tío Tigre está en el apogeo de sus facultades intelectuales –declaraba respetuosamente el doctor Rabipelado.

Y sus numerosos partidarios le comenzaron a proponer para ministro.

En cuanto al Pobre Cucarachero, cada día su trabajo era más fatigoso. Desde muy temprano en la mañana se sentaba ante una montaña de papeles; y por la noche, ya estaban encendidas hacía tiempo las luces en el cabaret del Guácharo, y los Sapos andaban dando serenatas a todas las niñas bonitas de la vecindad, cuando él no había terminado aún su tarea. Pocas ganas le quedaban después de salir a cantarles a la noche, la luna y los luceros.

--Pero, ¿no lo han visto ustedes en estos últimos tiempos? –inquiría, atribulada, la Zamurita-. Ese pobre muchacho se está matando. No es ni la sombra de lo que era. Está desencuadernado de flacura; ha perdido el brillo de los ojos y la alegría del alma, y ya no entona aquellas dulces músicas que nos dedicaba.

--Pues, mi hijita: eso es cosa de él –respondió el Oso Melero-. ¿Por qué no se va de la casa de Tío Tigre? La esclavitud está abolida. Si permanece allí, es porque le gusta.

--Pero, hermano Oso: ¿y cómo se podría ir? ¿Quién se atreve a desafiar la cólera y el poder de Tío Tigre? es imposible… -objetaba el Chigüire.

--¿Imposible por qué? Nada hay imposible para el animal libre –protestaba, arrogante, el Caballito del Diablo, y sus enormes ojos le relumbraban de inspiración.

--¿Qué haría el Pobre Cucarachero si se va de casa de Tío Tigre? –insistía el Chigüire.

--¡Hombre! Trabajar… ¿No trabajamos todos nosotros? Trabajar para ganarse su vida –replicaba el Comején.

--La situación está tan mala… -observó la Señora Lapa, quien tenía una casa de pensión bastante próspera.

--Sí, pero siempre se encuentra algo que hacer –apoyó el Cachicamo, dueño de la pulpería donde esta conversación tenía lugar.

--No sabe hacer nada. Es un poeta –recordó la Zamurita.

--También los poetas deben trabajar –sostuvo el Comején.

--Lo cierto es que deberíamos hacer algo por el Pobre Cucarachero –sugirió benévolamente el Puerco-espín.

--Sí, algo deberíamos hacer –convenía la Pereza entre bostezos.

Tío Conejo nada decía. Escuchaba a sus compañeros, fumando su cachimba; dejaba vagar por el espacio su mirada pensativa, y, cuando la conversación había terminado, cogía su gorra y regresaba a su taller a terminar un juego de dormitorio que le tenía encargado Doña Pava del Monte.

Pero luego, cuando el Cucarachero salía de casa de Tío Tigre a comprarle unos tabacos o a ponerle una carta en el correo, Tío Conejo le aborda por la calle:

--Oye, tú: ¿por qué no te vas de casa de Tío Tigre? ¿No te da vergüenza esa especie de esclavitud en que vives? Tú eres libre: libre naciste, y libre debes vivir. Es impropio de la dignidad animal el estar sometido a otros animales, como sucede entre los hombres.

--¿Qué puedo yo hacer? –le preguntaba lastimosamente el Cucarachero-. No sé hacer nada: sólo tengo habilidad para desentrañar la belleza secreta que se encuentra oculta en las misteriosas combinaciones de las palabras; poseo la magia de las frases y la clave de las estrofas cadenciosas; y estoy dotado de la facultad de cantar al sol, a la alegría, a la vida fecunda y anchurosa, a los animales libres que pueblan las comarcas del mundo y al rumoroso trabajo que realizan los demás.

--Tu canto es alimento, tónico y elixir que necesitamos en igual grado que las frutas, las raíces, la carne palpitante o fiambre o los granos que los torpes hombres siembran para que nosotros lo comamos – le contestó Tío Conejo-. Tu canto es una dádiva que has recibido para consagrárnosla: nos pertenece a nosotros, y no a ese espantapájaros de Tío Tigre que te acapara el día entero, obligándote a verter en un lenguaje fluido y bello, hediondos expedientes. Vente con nosotros. La Lapa tiene una casa de pensión, el Araguato es maestro de escuela, el Comején trabaja en las obras públicas, el Mato vende verduras y legumbres, mi compadre el Cachicamo tiene una bodega, yo hago sillas, camas y mesas: tú montarás un puesto en el mercado, te procurarás escritorio, pluma y papel (¡yo te hago el escritorio!), y les escribirás las facturas al Cachicamo, las relaciones de entradas y salidas de la Lapa, las cartas amorosas que el Caballito del Diablo, estudiante de derecho, le hace a la graciosa Coralito, estudiante de química; y por la noche, cuando te hayas ganado tu jornal, te sentarás en medio de nosotros, y le cantarás a tu escritorio, a mi torno, al serrucho, al

pico, a la pala, al taller activo y lleno de vida, a la fábrica, al laboratorio, al trabajo rumoroso, y al placer de cumplir cada día, fervorosamente, el trabajo del día…

El Pobre Cucarachero no contestaba: estaba extasiado, oyéndole; y allá adentro, en su alma, algo había que temblaba como si le hubiesen tocado una fibra virginal.

Apenas de regreso en el despacho, tartamudeó:

--Señor Tío Tigre: yo desearía comunicarle algo, pero… El caso es que… A mí me ocasiona muchos escrúpulos el que usted me esté dando casa y comida, como si yo… No crea, yo puedo muy bien… No quiero ser una carga para usted… En suma: vengo a rogarle me dé licencia para irme de su casa… Yo montaré un puestecito en el mercado, y perfectamente puedo ganarme mi vida…

Tío Tigre enrojeció de ira:

--¿Cómo te atreves, desgraciado? ¿Quién te ha metido en la cabeza semejante desatino? Después que te he recogido, que te he vestido, que te he alimentado, que te he salvado la vida… ¿En qué forma piensas corresponder a mi generosidad? Malagradecido, malcriado: eso fue lo que aprendiste con esos vagabundos de los Zamuros. ¡Pero de aquí no te irás! Ahora te castigaré por tu maldad. Te he amparado solamente por compasión, pero ahora te retendré a la fuerza para corregirte y enseñarte lo que quiere decir la palabra gratitud.

Y salió, excitadísimo, a relatárselo a doña danta y sus otras amigas, pidiéndoles que le sirviesen una merengada para refrescar su sofoco.

--Esos son los frutos de la fulana democracia que tenemos de moda –le contestó, tan indignada como él, Doña Danta.

Entonces el Cucarachero adoptó un procedimiento más astuto para el logro de sus deseos. Siempre de acuerdo con Tío Conejo, quien le aconsejaba diariamente, comenzó a mostrar, de propósito, deficiencias en su trabajo.

Así, resultaba que, de repente, en lo más emocionado de su discurso, Tío Tigre tropezaba con la siguiente frase:

‹‹La comisión de trigo tres tristes tigres intégranla, testigos de tétreos trueques, trucos, trastornos y triquiñuelas››.

Tío Tigre se detenía; recomenzaba cuatro o cinco veces la oración; se le trababa la lengua; secábase el sudor; resoplaba, observada de reojo al auditorio; volvía a intentar la pronunciación; y por último terminaba por saltar el obstáculo, con lo que se perdía el hilo de su exposición.

--¿Qué le pasará a nuestro ilustre jefe? –interrogaba, en el fondo de la mayor consternación, el Doctor Rabipelado; y a pesar de lo quedo de su comentario, el Licenciado Titirijí quien se sentaba muy cerca, se volvía en su silla giratoria y respondía con sarcasmo:

--Que está perdiendo los estribos…

A manera de excusa, Tío Tigre informaba por todas partes:

--No sé: se me ha echado a perder el Cucarachero. Se la pasa flojeando: no saca su trabajo, y, cuando lo hace, comete tal cúmulo de errores, que lo embarulla todo, y no hay quien lo entienda. Se me ocurre que está enamorado.

--¿Enamorado? –preguntaba, estupefacta, Doña Pava del Monte-. ¿Y de cuando acá estos pordioseros tienen derecho a enamorarse?

--Lo peor de todo –arguyó el Profesor Mochuelo – es que se quiere ir de la casa de su magnánimo protector, nuestro gran Tío Tigre, diz que para establecerse por su cuenta.

--¿No ve? ¡Ese es el todo de la charada! Ahora cualquier quídam pretende vivir independientemente. No hay jerarquías, no hay respeto, no hay consideración social… Los animales más andrajosos quieren alternar con la gente decente, y todo desarrapado bicharraco presume de libre. ¡Libre! ¡Como si pudiera ser libre quien no tiene qué echarse encima, ni dónde evitar la lluvia, ni sitio para pasar la noche, ni con qué desayunarse al día siguiente!

Y el Cigarrón observó:

--Es curioso que existan seres tan locos que se afanen por echarse sobre los hombros tan pesada y fastidiosa carga como es la independencia. La única libertad apetecible es la del espíritu, y el espíritu está tanto más libre cuanto menos necesita preocuparse de la materia en un confortable cautiverio.

Pero lo que vino a colmar la medida de las desesperaciones de Tío Tigre fue su célebre cuanto desgraciado incidente con la Dama Viudita. Un día la preciosa Guacamaya Rosada recorrió los salones elegantes anunciando:

--Queridas mías: vengo a darles una noticia sensacional. La viudita… ustedes saben: mi prima, la Dama Viudita, nos visitará en breve. Regresa de una gira de turismo, y pasará por nuestra ciudad. Así que prepárense.

--¿La Viudita? ¿La Dama Viudita? ¿La famosa Viudita? –pudo apenas proferir, atragantada por la emoción, la Culebra Sobadora.

--¿La riquísima Viudita, que tiene posesiones principescas en el Orinoco, y palacios de invierno cerca de San Fernando de Atabapo? –balbuceó la Guacharaca.

--Sí, señores: la misma la famosa, la riquísima Viudita –ratificó la Guacamaya. Dejó que transcurriese un minuto, a fin de que sus palabras surtieran efecto, y agregó:

--Mi prima, la Viudita. Viene a pasarse una semana conmigo en mi casa.

Se levantó con un movimiento lleno de gentileza, se envolvió en su capa de maravillosos tonos azules, amarillos y rojos, y, dejando detrás la estela de su elegancia, la embriaguez de sus costosos perfumes y el pasmo de la novedad de que era portadora, con aire de emperatriz subió la Guacamaya Rosada a su lujoso coche y se dirigió a su mansión.

--¡Qué dichosa es la Guacamaya Rosada! –suspiró la Marimonda, después que ella hubo salido-. ¡Tan linda, y con tan buenas relaciones de parentesco!

--¿Buenas? ¿Por quién lo dices? ¿Por la tal Dama Viudita? ¡Bah! a lo mejor es una advenediza –refunfuñó la Danta.

--¿Una advenediza? Pero, ¡comadre! ¿Acaso ignora usted quién es la Dama Viudita? –interrogó Doña Pava del Monte.

--¿La señora más rica del mundo? –agregó la Zorra.

--¿La más bella? –dijo la Garza Paleta.

--¿La que viste mejor? –apoyó la Macaurel.

--Dicen que encarga sus trajes a los más afamados modistas, quienes los confeccionan con los rasos del alba y con los terciopelos del amanecer –recordó la Guacharaca.

--Y que la peinan –añadió la Marimonda –los peluqueros de la noche, la adornan los floristas de la brisa y le pulen las uñas los manicuros que bruñen las cascadas del Orinoco, del Cunaviche y del misterioso Guainía.

--Dicen que se ha divorciado siete veces –apuntó la Garza Rosada.

--Entonces –concluyó el Cigarrón-: no hay más que hablar. Es una dama principal.

La visita inminente de la Dama Viudita puso en agitación a la ciudad; cada cual se aprestaba a admirarla y festejarla a su sabor; y hasta de las poblaciones vecinas acudían romerías de animales, sin otra esperanza que la de contemplarla, durante un fugaz momento, desde las barras de los bailes.

Tal expectación no quedó defraudada: la Viudita era, en efecto, delicada, graciosa y linda, aún más de lo que se podía soñar. Sin embargo, Doña Danta manifestó, al conocerla:

--Es una lechuguina.

La Culebra Sobadora dictaminó:

--Tiene los brazos demasiado largos.

La opinión de la Zorra fue la siguiente:

--Se excede en el uso de la brillantina en los cabellos.

--Le falta… Le falta… ¿Cómo diría yo? –rumoreó Doña Pava del Monte-. Le falta… opulencia…

E infló, con orgullo, su hermoso buche, tan redondo como una rica toronja.

En lo que respecta a Tío tigre, quedó enamorado de un momento fulminante. En el baile de trajes que, en honor de la conspicua visitante, dio la Guacamaya Rosada, baile que constituyó el más notable suceso de la temporada, apareció la Dama Viudita en forma tan milagrosa, casi tan fantástica, con su hermoso cabello, largo, suave, lustroso, su aire lánguido, aquel hechicero antifaz de seda azul detrás del cual se le dormía la mirada como un beleño, que Tío Tigre ya no pudo más.

--Esa mujer tiene que ser para mí, profesor –le refería a su regreso al Mochuelo, mientras se despojaba del dominó-. Esa es la mujer que yo necesito para casarme; para que me haga digna compañía, para que comparta conmigo mi nombre, mi prestigio, mi posición social, mi porvenir…

--Manifiésteselo, mi querido jefe. Hágaselo saber. Estoy seguro de que la Dama Viudita no le resistiría un momento.

--Sí, sí manifestárselo, pero… ¡hum! –reflexionó Tío Tigre, en tanto se rascaba la cabeza-. ¡Me es tan difícil hablar a solas con ella! La tienen acaparada entre fiestas, banquetes, bailes, reuniones.

Lo que le preocupaba era, en realidad, su timidez, la que le impedía abordar a la Viudita: pero esto jamás se lo hubiera confesado a su subordinado.

--Entonces escríbale –le recomendó éste.

A la mañana siguiente, Tío Tigre encargó la carta al Cucarachero. Los ojos del ingenioso secretario chispearon de malicia, y en seguida fue a conversar con Tío Conejo; de acuerdo ambos, escribieron la siguiente carta:

‹‹Dama Viudita:

Hundido en el mar de mi alma miserable entre tus manos sangrientas lágrimas te imploran lástima eres una sonrisa jamás tus labios entreabrirá más dulce palabra que la que sueño inútilmente de tu bondad anonadada espérala mi alma nunca te dará sinsabores mi pobre enamorada vida llena de males y destrozada te aguarda di que sí yo soy infeliz tú monarca te ejecutaré sinfonías eternamente vanas sombras torturas disípalas no podrás ser benévola mi alma ansía perdona tus manos besa mis pies van hacia ti mis pensamientos te encadenan.

TÍO TIGRE››

El Cucarachero se la leyó de esta manera

‹‹Dama Viudita:

Hundido en el mar de mi alma miserable, entre tus manos, sangrientas lágrimas te imploran lástima. ¡Eres una sonrisa! Jamás tus labios entreabrirán más dulce palabra que la que sueño (¿Inútilmente?) de tu bondad. Anonadada, espérala mi alma. Nunca te dará sinsabores mi pobre, enamorada vida; llena de males y destrozada, te aguarda. ¡Di que sí! yo soy feliz, tú monarca: te ejecutaré sinfonías eternamente… ¡Vanas sombras, torturas, disípalas!... ¿No podrás ser benévola? Mi alma ansía… ¡Perdona! Tus manos besa, mis pies van hacia ti, mis pensamientos te encadenan.

TÍO TIGRE››

--Magnífico –comentó éste-. Tiene un toque de romanticismo que no le cae mal. Eso de las sinfonías y eso de mi pobre vida enamorada le gustará mucho a la Dama Viudita, que digan que es medio poetisa. Va a creerse que me encuentro más enamorado de lo que estoy en realidad, ¡la muy crédula!, y me aceptará en el acto.

Y, en prueba de reconocimiento, le dio un día de asueto al Cucarachero.

La Dama Viudita recibió la misiva, rasgó el sobre con un lindo estilete de oro que le había regalado el Manatí, poderoso millonario de las comarcas legendarias del Meta y del Vinchada, y uno de sus antiguos pretendientes; la leyó; lanzó un grito:

--¡Ay!

Y se desmayó.

Apenas volvió en sí gritó, enfurecida:

--¿Quién es este insolente Tío Tigre, amigo tuyo, que se atreve a injuriarme y ofenderme de esta manera, llamándome miserable, infeliz, lástima, pobre enamorada

suya, diciéndome que mis manos están ensangrentadas y mi bondad anonadada, que me espera una vida llena de sinsabores, sombras y torturas, y que le bese los pies?

Y se desmayó de nuevo.

Estupefacta, la Guacamaya Rosada había tomado de sus manos la carta fatal, y pudo ver que decía lo siguiente:

‹‹Dama Viudita:

Hundido en el mar de mi alma, ¡miserable!, entre tus manos sangrientas, lágrimas te imploran. ¡Lástima eres! Una sonrisa jamás tus labios entreabrirán. Más dulce palabra que la que sueño inútilmente de tu bondad anonadada, ¡espérala!... Mi alma nunca te dará. Sinsabores, mi pobre enamorada, vida llena de males y destrozada te aguarda. Di que sí yo soy, ¡infeliz!, tú monarca, te ejecutaré. Sinfonías eternamente vanas, sombras, torturas, ¡disípalas!..., ¡No podrás!... Ser benévola mi alma ansía: perdona tus manos. Besa mis pies. Van hacia ti mis pensamientos: te encadenan.

TÍO TIGRE››

Al volver de su segundo desmayo, y sin querer entrar en ningún género de explicaciones, la Dama Viudita embauló sus lindos trajes, sombreros, capas y pieles, en tanto que sollozaba de sentimiento.

--No me imaginaba que tus amigos fuesen tan incultos y tan atrevidos –murmuraba. La estampó un beso en cada mejilla a su prima, la Guacamaya Rosada, y agregó -: Por lo que toca al patán de Tío Tigre, hazle saber que en los más remotos lugares del mundo, donde habiten animales civilizados, se hablará y abominará de su grosería sin ejemplo, porque yo me encargaré de propalarla.

Y sin despedirse de nadie más, dejó la ciudad.

--Que le bese los pies… ¡Dios mío! ¡Dios mío! –no cesaba de recordar.

Hecho una furia entró Tío Tigre en su morada.

--Pero, señor: si usted mismo leyó la carta, y le pareció magnífica –se defendió el Cucarachero.

La cólera del potentado se encontró en desconcierto.

--Es verdad… Es verdad… Yo no me explico –refunfuñaba, paseando de arriba abajo la habitación. Durante un rato permaneció silencioso, y miraba de reojo, con las pupilas enrojecidas por la desconfianza y la ira, al Cucarachero. De pronto se le plantó al frente, y vociferó: -Me abandonadas en este miso momento mi casa, ¿lo oyes? ¡En este mismo momento! No quiero verte más, ni escuchar más de ti, no saber de tu vagabunda vida. ¡Y que me caiga en la trampa de los hombres, y me aspen, y los inmundos perros me muerdan las narices, y los sucios muchachos de los hombres me escupan en la frente, si vuelvo a coger un secretario para que me haga las cartas!

Humilde y contrito en paciencia, el Cucarachero salió de la casa de su protector. Fuese al mercado; armó, con el auxilio de Tío Conejo, una mesa y cuatro tablas; puso un letrero anunciándose, y se estableció como memorialista. Le llovían los encargos, porque entre los animales hay muchos analfabetos. Les escribía sus peticiones a los solicitantes, sus documentos a los corredores, sus libelos a los pleitistas, sus defensas a los acusados y sus epístolas a los enamorados. Hacía madrigales para las niñas bonitas, aguinaldos para las pascuas y epitalamios para las bodas. Componía canciones para decirlas por radio, serenatas para ser entonadas a los pies de los balcones, y sátiras mordaces con que un pretendiente desdeñado quería vengarse de la ingrata o del rival.

Con ello, ganaba honradamente el pan de cada día. Y por la noche, cuando apuntaban los luceros y había concluido su tarea se sentaba en el corro de los animales libres, y les cantaba:

Cantaré con dulce canto,
al terminar la jornada,
este cansancio tan santo,
esta dicha tan callada,

esta vuelta, paso a paso,
este regreso sin voces,
este miraje de raso,
en las luces de las hoces,

este alumbrarse tan hondo
las casas con un suspiro,
este reír tan redondo,
este tan ancho respiro,

este sabor en la boca
del gusto de la faena,
y esta paz con que me toca
la mano de mi morena.

Empero es cosa sabida que, ni aun entre los animales, un secreto se mantendrá perennemente oculto. Tal vez sería la Culebra Sobadora, que todo lo averigua; o Misia Baba, que todo lo sabe; o quizás la Guacharaca, que todo lo habla; muy probablemente el Camaleón, que todo lo averigua, todo lo sabe y todo lo habla; lo cierto es que Tío Tigre vino a sospechar la verdad, y en oler quién andaba detrás de aquella desagradable jugarreta.

--Tío Conejo me la pagará algún día –amenazó.

Así, la aventura de la Dama Viudita fue el punto de partida de innumerables peripecias. Pero es cosa de contarlas en alguna ocasión.

LA PERIQUITA JULIETA

En un enorme samán aislado y majestuoso tenía su escuela el araguato. Había otros samanes en la misma sabana, pero se mantenían un poco alejados de aquél, como si le respetasen, reconociendo su altura excepcional. Además, ninguno se hallaba en una posición tan excelente; a corta distancia del caño, dominaba el camino que conducía al bebedero. Si alguien subía por allí se le encontraba de pronto, al coronar el barranco: su inmensa mole le sobrecogía, tenía que pasar por debajo de su sombra fresca y olorosa. Pero si, por el contrario, venía del lado opuesto, desde lejos ya le divisaba, lazado al cielo azul del mediodía en medio de su corte de samanes menores.

El araguato daba las clases de filosofía. ‹‹La Voz de la Antigüedad››, así lo llamaba el travieso Curruñatá.

--Aló, aló… Aquí, ‹‹La Voz de la Antigüedad››. Transmitiendo en su doble emisión de onda larga y onda corta, 3.100 y 55 kilociclos. La voz de la antigüedad, la emisora del sonido selecto…

De este modo gritaba la Curruñatá, escondido detrás del izaron, y dejaba oír una serie de silbidos y zumbidos con los que imitaba a perfección las estáticas de una radio.

--A ver: ¿Qué es? ¿Qué pasa? –preguntaba el Araguato irguiéndose en la silla, sobresaltado y con los ojos encandilados; y continuaba su elección-: Bueno, como íbamos diciendo, los elementos esenciales del conocimiento…

En realidad, al Araguato estaba demasiado viejo; quedábase dormido en las clases, y la Ardita, la Paraulata y la Mariposa Semíramis aprovechaban para enredarle florecillas y hojas secas en las barbas aleonadas.

--¿Qué le ha pasado, profesor? ¿Cómo que se convirtió en carnestolendas? –le reprochaba la Iguana, muy puesta en razón. La Iguana era maestra de gramática.

La Mariposa Semíramis era muy presuntuosa.

--Valgo mucho más que ustedes –decía a sus compañeras-. Ustedes no tienen una ilustre prosapia como yo. Mi nombre lo dice.

--Bah, Semíramis parece nombre de remedio –le contesta la Mariposa Pavón.

La Mariposa Pavón extendía la pomposa pedrería de su capa: oro, zafiro, esmeraldas, batiéndolas suavemente; la Mariposa de Colas se acicalaba con coquetería los dentellones negros sobre fondo amarillo de su chaquetita, y la Mariposa del Tabaco, la más pobre de todas, se arreglaba su linda cofia oscura de rayas blancas, y aun ella se veía encantadora.

--Nuestros trajes son mucho más lindos que el tuyo –le aseguraba a la Mariposa Semíramis; la veían por encima del hombro, y le sacaban la lengua.

--Mi traje es todavía más lindo –intervenía la Tara-. Ninguna de ustedes tiene un traje de voile transparente como yo. Esta tela es la última moda, y se llama sueño de Salomé.

--¡Niñas! ¿De qué están hablando ustedes? Esas no son conversaciones propias de su edad. Vayan a estudiar sus lecciones –les apostrofaba la Pipa, quien era la ecónomo de la escuela; y se iba a freír los nuevos para el almuerzo rezongando por lo bajo-: A estas niñas ricas no deberían admitirlas en una escuela proletaria.

La Pipa pasaba el tiempo rezongando y regañando, pero era una excelente persona. Cuando ponía sus huevos, su marido se los colocaba sobre el lomo. Entonces la espalda se le hinchaba, formando especie de celdillas donde los incubaba, y al poco

tiempo los muchachos de la escuela venían a curiosear el extraño espectáculo de una multitud de Pipitos, de color aceitunoso, saliendo, al parecer, del dorso de la madre.

--Es lo que se podría llamar un caso típico de proliferación –afirmaba, con aire magistral, el Caballito del Diablo.

El Caballito del Diablo era el alumno más admirado del plantel. Estudiaba derecho, y sus condiscípulos escuchaban embelesados los vocablos siempre científicos y los giros novedosos y atildados con que adornaba su expresión, y se tragaban sus patrañas. Era, además, el caudillo de todos los movimientos estudiantiles. El fue quien organizó la huelga contra Don Paují de Copete, profesor de francés, debido a que, según dijo, ‹‹su copete rizado y su desdeñosa frialdad para con los alumnos no se compaginan con el carácter democrático de nuestras instituciones educacionales››.

El Paují de Copete fue destituido de su cargo.

La Semíramis, las Mariposas Pavón y de Colas, la Tara, la Ardita, las siete hermanas Acuritas, y en general todas las niñas de la escuela, estaban insondablemente enamoradas de los grandes ojos elocuentes del Caballito del Diablo; pero, a su vez, él se bebía los vientos por la graciosa Culebrina Coral, estudiante de química.

--¡Qué seductoras son todas esas mocosas! –le decía la venenosa Coralito-. Se han puesto las medias largas sólo para tener derecho a enamorarse de ti. Te apuesto a que si les dedicas una sonrisa, desde esta misma tarde comienzan a pintarse como lo hacen la Cotorra y la Guacharaca, quienes desearían poder andar más descotadas por las calles pata tener más sitio donde colocarse los colorines.

Durante las horas de clase, el enorme samán se convertía en sonoro receptáculo de un mundo populoso y agitado. Allí se hablaba, se reía, se gritaba, se recitaba en alta voz, se murmuraba por o bajo conspirando contra los maestros, y circulaban a través del

aire, órdenes, reprimendas y amonestaciones. Allí se urdían, de una ventana a la otra, confusas iniciaciones amorosas: los varones guiñaban los ojos a las chicas, éstas sonreían evasivamente a los primeros que comenzaban por el sabor casi asustado del orgullo y terminaban por largos desgarramientos de pasión desesperada. Allí se enseñaba y se aprendía, se estudiaba y se olvidaba, engendrábanse afectos, surgían aspiraciones, estallaban efímeras querellas, rompíanse en pleitos y en irreconciliables rivalidades que no duraban un minuto, y se alimentaban, en el hondo de un reconcentrado secreto, ambiciones y vocaciones terribles que se dispararían en el mismo sentido a lo largo de toda la vida posterior. Todo parecía más grave, más intenso y trascendente, y en efecto lo era. Se abría los ojos a la existencia, y a todo lo que en ella se encontraba ya de establecido: y este descubrimiento causaba al propio tiempo, curiosidad, interés, desconcierto y malestar.

Lo más agradable, sin duda alguna, eran los asuetos. Entonces bajaban al pozo, donde el apuesto Lirón, con su precioso traje de baño a listas negras y blancas, les adiestraba en la natación. El Lirón estaba tan ufano de su gallardía que gastaba el tiempo en contemplarse reflejado en el agua lisonjera.

--Es un narcisista –afirmaba el Caballito del Diablo.

De no ser el asueto, las horas preferidas eran las de geometría, cátedra que daba el Arrendajo, o las de instrucción primaria, a cargo de la Periquita Julieta. El Arrendajo daba, además, las clases de trabajos manuales; su geometría venía a degenerar siempre, al final de la hora, en el trabajo manual, y sus trabajos manuales declinaban en una fácil y bullanguera tertulia que alborozaba el alma de los niños. El Arrendajo les contaba cuentos de las Toninas, que escoltaban los barcos de los hombres, en previsión de que un niño caiga al mar, para salvarlo; del poderoso Manatí, señor de los grandes ríos; de la

Manta, que simula la imagen de la luna en el mar, del Rey Zamuro, del General Moriche, y de otros animales tan interesantes como remotos. Producía, además, los sonidos más heterogéneos: silbaba, cantaba, graznaba, croaba, rugía, imitaba voces articuladas, y hasta los relinchos y rebuznos de las inmundas bestias de los hombres. Los niños reina con tal escándalo que a lo último aparecía en la puerta el Profesor Araguato, severo y alarmado, con su voz de tísico y sus barbas venerables:

--¿Qué es esto, Bachiller Arrendajo? ¿Qué pasa aquí?

Pero apenas había dado las espaldas, ya el incorregible Arrendajo caía de nuevo en su guasa, y cuando los dos Gallitos de Río Negro, que se enzarzaban en una discusión, querían pelear, en ligar de separarlos como hubiera hecho cualquiera otro de los maestros, les iba a buscar guantes de boxeo.

Por último, los alumnos querían entrañablemente a la Periquita Julieta; pero, ¿quién sería capaz de negarle su cariño a la Periquita Julieta? Con su modesto trajecito de color de yerba verde con los extremos plateados, la Periquita se sentaba al frente de sus discípulos, entre los cuales se contaban el Curruñatá, las Acuritas, el bellísimo Siete Colores, que parece una bandera, el Tuqueque, el Cotejo, la Mariposa del Tabaco, el menor de los Macacos y el tímido Congorocho, que se acurrucaba a la mínima señal de agitación. Entonces les hacía repetir:

--Te a ta. Te ete. Te i ti. Te o to. Te u tu.

--Tu Tía Teotiste te ató –saltaba el pequeño Conejito, hijo de Tío Conejo; más, tan pronto como la Periquita lo llamaba al orden benévolamente, se arrepentía de haberla importunado.

Así, el viejo samán se estremecía, tembloroso de trinos, carcajadas, gorjeos, y se reía silenciosamente para su fuero interno. Un fleco de viento burlón venía y le

ensortijaba una rama con la otra, unidas de un modo tan estrecho que después le costaba Dios y ayuda el desenredárselas. Otra bocanada de brisa se montaba a horcajadas sobre sus horquetas, hacía cabriolas, movía sin ningún género de consideración las hojas, obligándolas a que se diesen de topetazos; y luego seguía su camino feliz de cargar consigo, en su viaje, el júbilo rumoroso de la escuela. El samán soportaba aquello patriarcalmente. Cuando, algunas veces, un venado, una lapa, y en ocasiones hasta alguno de los pobres animales que han caído en poder de los hombres: un perro, una vaca, el célebre toro Parapara, pasaban por debajo de su fronda en solicitud del bebedero, todos los niños interrumpían las lecciones para atisbar su marcha. El toro, la vaca, el venado, la lapa, deteníanse, paraban las orejas; un temblor les estremecía las paletas; un buen rato se quedaban inmóviles, erizados, de vez en cuando, por nerviosos estremecimientos; hasta que, convencidos de lo falso de la alarma, proseguían adelante; bajaban hasta el caño; al cabo de unos minutos cruzaban de nuevo, en sentido contrario, los belfos chorreando agua fría; y en sus oscuros pechos anidaba, grado a grado, un religioso respeto hacia el vetusto árbol.

Tan pronto como desaparecían, tornaba la escuela a su habitual animación. La Periquita Julieta sonreía, paseaba la mirada complacida sobre su pequeño auditorio, y continuaba con su voz de pétalo, que parecía encenderse con las palabras.

--De los flancos escarpados de la Mesa Guanipa salen cuarenta ríos que se dirigen por diferentes rumbos al mar. Sobre la gruta del cerro Cuchuvano se cierne perpetuamente una luz. Otra llama corre por las llanuras de Barinas, sin quemar la paja, y la llaman la Luz del Tirano Aguirre. Cuando se entra al Lado de Maracaibo se divisa, al fondo, un relámpago continuo que guía a los navegantes. En la cueva del cerrito de Monay se encuentran tufos inflamables que espantan a los que no los conocen cuando

les acercan fuego. El Atabapo y el Inírida acarrean aguas negras y transparentes, el Guainía extremadamente negras, el Vichada tiene aguas oscuras, el Casiquiare amarillentas. A veces nubes blancas y negras, que corren en direcciones opuestas con velocidad extraordinaria, envuelven de repente las cumbres de los páramos, en la Sierra de los Andes; o bien, formando remolinos, se precipitan las hondonadas inmediatas, y se oye un rumor extraño y prolongado: dícese entonces que el páramo está bravo. En las montañas de San Camilo y Ticoporo crece espontáneamente la planta de cacao. En invierno, cuando el Orinoco crece de un modo gigantesco, y sirve como de represa al Apure, éste se hincha, se sale de madre, retiene a la vez a sus tributarios, y forman todos un inmenso delta interior, a 600 kilómetros del mar, que no tiene semejante en el mundo entero. Las sabanas de Apure se extienden hasta el confín, sin un peñasco, sin una piedra sin un cascajo; sabanas limpias, siempre verdes, de paja alta, y la masa vaporosa que se extiende por encima les da el aspecto de un mar lejano que, siempre a igual distancia, parece que huye delante del viajero. En los grandes bosques de Guayana los conquistadores buscaban el imperio fabuloso del Gran Patití, la magnífica residencia de Manoa, con sus palacios cubiertos de placas macizas de oro del lago imaginario de la Parima. Más de mil plantas útiles nacen en la vasta hoya del Ventuari: bálsamos, aromas desconocidos, y el mavacure, que da el curare. Sobre el cerro del Duida, a la entrada y a la salida de las lluvias, se ve una luz que cambia de lugar, ya en uno, ya en otro punto de la cima, y se llama el volcán de la Esmeralda. Las Sierra Cerbatana está constantemente coronada de nubes eléctricas…

--¡Qué bella es Venezuela! –exclamaba la Ardita, sin poderse contener-. ¡Qué bella, y que inmensa!

Y por largo rato todos quedaban silenciosos.

Fue aquella circunstancia de dominar el camino al bebedero lo que atrajo el interés de Tío Tigre.

--¿De quién es ese samán? ¿Quién vive ahí? –le preguntó al Pájaro Baco, que estaba inmóvil, estático, con los ojos cerrados y el pico hacia el cielo, entre los juncos de la orilla del río.

--¿Qué samán? –contestó estremeciéndose, como si tornase en sí.

--Ese grande que está ahí.

El Pájaro Baco lo contempló con aire tan maravillado como si el árbol hubiese aparecido en el sitio de improviso, por arte de magia.

--No sé –dijo al cabo de un buen espacio-. Ignoraba que ese samán estuviese ahí. Me hallo aquí cavilando acerca de la esencia, presencia e inmanencia del Supremo Ser, y no me interesan esas pequeñeces.

Y se volvió a elevas a sus abstracciones.

--Imbécil –dijo por lo bajo Tío Tigre.

Con gran sigilo fue acercándose al samán. Primero dio vueltas a su derredor, con el rabo pegado a los ijares, a fin de que no delatase su presencia. Se aplastaba contra el suelo, y se quitó el kepis para no descubrirse sobre la yerba. Así, poco a poco al pie del árbol: ningún ruido descendía de éste. Evidentemente, el samán estaba desocupado. Tío Tigre se dio cuenta de que, a poca elevación, el tronco presentaba un muñón, seguramente el resto de algún ramo desgajado y perdió de antiguo. ¡Espléndido! Podría encaramarse allí, y ver de alcanzar la primera bifurcación. Así lo realizó con relativa facilidad. Su satisfacción fue grande cuando comprendió que con un ligero esfuerzo podía seguir trepando. Hincó las uñas en la madera, agarró la horqueta y se levantó a pulso hasta ella. El resto era muy sencillo: en adelante, Tío Tigre pudo continuar

deslizándose en medio de las ramas numerosas, como por entre las calles de una ciudad desierta. Su objetivo era el lugar desde donde se dominaba a hilo el sendero que conducía al pozo, y en breves minutos lo alcanzó. Abajo, en la plomada de sus miradas codiciosas, pasaba el caminito estrecho y culebreante, en el que las huellas de los animales que lo solían transitar simulaban incrustaciones sembradas entre la yerba verde y el polvo amarillento. Tío Tigre se echó a examinarlo, y se relamía de gusto al considerar las ventajas de su descubrimiento.

--¡Soberdio! –se decía-. ¡Pero que ni a pedir de boca! Por aquí desfilarán todos los animales que yo pueda desear, y los estaré esperando, oculto por el follaje. Ni lejanamente se imaginarán mi proximidad. Hasta el propio toro Parapara, con toda su sabiduría, es capaz de caer en esta emboscada. El dice que le tengo miedo y que no lo podré vencer nunca, que me faltan fuerzas, destreza, agilidad y astucia… Es lo que veremos ahora. No se percatará de nada hasta que no sienta mi mordisco en cogote.

Y lanzó una estruendosa carcajada.

--¿Qué desea, señor?

Tío Tigre dio un salto, alarmado. Sin embargo, no era cosa de asustarse: en la rama superior aparecía la Periquita Julieta, con un libro en la mano y un dedo metido entre las páginas del libro, y en sus ojos flotaba la interrogación que acabada de hacer. Tío Tigre aguardó un par de minutos antes de contestar; sus músculos en tensión se fueron relajando poco a poco; una sonrisa repulsiva arrugó sus labios.

--¡Hola, buena moza! –contestó por fin-. ¿Y qué haces tú aquí?

--Esta es mi casa –respondió ella, muy digna.

--¿Tu casa? ¿Y tú vives sola aquí?

--No señor: aquí vivimos muchos. No es mi casa: es la escuela.

--¿La escuela? ¿Y por qué estás sola?

--Hoy es domingo. El profesor Araguato está en la casa de su compadre, el Cachicamo, en su partida de dominó. La Iguana se ha ido para una conferencia en la Liga Femenina. El Arrendajo está viendo un partido de base-ball, y la Pipa se fue también hace poco, cuando vio que usted subía. Al parecer, le tuvo miedo.

--¿Miedo? –repitió Tío Tigre, y volvió a sonreír-. ¿Y tú no me tienes miedo, buena moza?

--Yo no –afirmó ella-. ¿Por qué se lo había de tener?

--¿No sabes quién soy yo?

--No, señor.

--Yo soy Tío Tigre.

La Periquita Julieta palideció. Durante unos instantes no supo qué hacer, inmutada. Luego retrocedió un poco, y, brindándole asiento, le invitó:

--Pase adelante. Siéntese.

Ambos se sentaron. Transcurrió un par de minutos en silencio. Tío Tigre había sacado el pañuelo, y se secaba el sudor de la frente y del pescuezo, sin dejar de examinar a la Periquita.

--¿La escuela? –recordó por fin-. Pues no está mal alojada la escuela… ¿Tú sabes una cosa? Me gustaría mucho tener este samán. Ocupa una posición magnífica: dominio sobre el camino, amplio campo de visión y todas esas cosas. Es lo que nosotros decimos: una situación estratégica. Mandado a hacer para garita, o para atalaya, o para cuartel, o para alcabala: en todo casa, que lo controle la autoridad. Situaciones estratégicas como ésta no deben estar en manos de los particulares. ¿Quién les ha dado a ustedes este

samán? Supongo que una escuela puede estar alojada en cualquier parte: en un bucare, en un bambú, en una laja en el suelo, y todavía es bastante.

Y río de lo último, que consideraba un chiste.

--No, señor –contestó la Periquita-. Una escuela necesita un local adecuado, que lleno los requisitos indispensables: que sea amplio, aireado, que tenga salones grandes, corredores, patios para que los chicos puedan jugar y estén a sus anchas… Este samán está muy bien para escuela.

Necesitó Tío Tigre cierto tiempo para reponerse de la sorpresa que le causó el que un animal cualquiera, y menos que nadie aquella criatura insignificante, le replicase.

--¡Hola! ¡Miren la bachillercita tan respondona! ¿Usted, no se ha enterado bien de la personalidad con quién está hablando, niña? –dijo.

--Sí –insistió ella-. Usted me aseguró que era Tío Tigre, ¿no es así?

--Exacto. Tío Tigre. Yo soy Tío Tigre. ¿Y sabe usted lo que eso significa? Yo soy la autoridad.

--¿Y yo? Yo soy maestra de escuela. ¿Usted, como que tampoco lo ha entendido bien? Yo soy maestra de escuela.

Los ojos de la Periquita llamearon y sus mejillas se encendieron; púsose de pie, y prosiguió con mayor énfasis:

--Yo enseño a los niños, ¿me oye usted?, los instruyo, los educo, los voy formando…

De repente le pareció que lo que decía no era suficientemente grandioso para justificar su explosión de orgullo. ¡Hay tantos maestros de escuela! –pensó. Se volvió a sentar, y continuó con un tono más moderado:

--Creo yo que esto es, igualmente, una misión bastante noble.

Hallábase en una disposición de ánimo conciliadora: pero Tío Tigre dio al traste con su benevolencia. La cólera de Tío Tigre es como cuando se pone leche a hervir: al principio, sube lentamente; pero de súbito se va elevando, rebasa la paila, y es difícil contenerla. Tío Tigre resopló; quiso ponerse de pie, como había hecho su antagonista; consideró luego más majestuoso permanecer en su asiento; resopló de nuevo, y empezó a borbotar:

--¿Noble…? ¿Noble…? Miren la bachillercita parangonándose conmigo. ¡No faltaba más! Una maestra de escuela, parangonándose con la autoridad… Enseñarles a deletrear a los mocosos y darles palmeta cuando se portan mal, y ponerse a cantar himnos todos juntos, como si uno solo no lo pudiese hacer mejor, ¿Quién no es apto para semejantes bobadas? ¿Qué importancia tienen todas esas fruterías, si se compara con la autoridad? Estar metido uno con las leyes y con los decretos y con las constituciones, y con el cumplimiento de las leyes, y con el principio de la autoridad… ¿Cree usted que es fácil ser político? Métase a política para que vea; para que tenga que estar hablando con los ministros, y con los secretarios, y con los consultores jurídicos, echando discursos en los parlamentos, y conferencias vienen y conferencias van, y después resulta que nada de eso sirve, porque viene el primer mequetefre de los que están en el Congreso, que no tiene tres dedos de frente, y declara que eso es una medida antidemocrática, y van y se la rechazan a uno…

Resopló de nuevo, agotado por el esfuerzo pero satisfecho.

La soberbia de la Periquita se iba nutriendo de la ira de Tío Tigre.

--¿Y usted cree que es fácil enseñar a los niños? –se levantó de nuevo-. Métase a maestro de escuela, si es que se puede, para que vea. ¡Tome, tome! Encárguese del alma de uno de estos niños, tan pequeñita, tan tierna, tan frágil que es como si se le fuera a

quebrar a una entre los dedos –y le alargaba el libro-. Los dedos hacían hacerse maravillosamente suaves, tener tesuras de pétalo, delicadezas de música, intuiciones de mujer enamorada; y, sin embargo, ¡cuánta angustia de que se les deshaga, se les vuelva polvo, como cuando se agarran las vestiduras exquisitas de la Mariposa Pavón! ¡Qué ha de saberlo, hombre…! El alma de un niño es como un palacio encantado lleno de corredores, galerías, recintos cerrados, sitios recónditos y milagrosos. Se avanza anhelosamente. La sombra, la propia sombra, que se proyecta sobre las paredes lejanas, nos asusta y nos hace detener el aliento. Abrimos con un esmero palpitante puertas misteriosas, como vedadas por telas impalpables de arañas. Y de repente, detrás de la puerta donde menos esperábamos, he aquí que se descubre una perspectiva ilimitada, un paisaje grandioso, por el que es dable distender, con el júbilo desenfrenado de nuestro corazón, las líneas directrices de nuestra mano ductora, los hitos de nuestras palabras y nuestras prédicas y los blancos apuntados en nuestra diaria lección. Entonces, cuando poco a poco vamos tomando posesión de las cámaras deshabitadas, ¡qué gozo el de imprimir por todos lados tenues toques, extraordinariamente leves, y el de ver cómo, no obstante, quedan grabados para siempre; qué place el de atizar débiles freguecitos que se hubieran apagado sin nuestro aliento, el de nutrir raicillas, el de regar simientes, el de sentir cómo germinan, brotan, se desarrollan, toman fuerza, mientras los calentamos sobre el pecho…! ¡No! No cambio yo una sola de mis tareas de maestra de escuela por todo el poder y toda la grandeza de las pomposas funciones de la autoridad.

Se sentó, sofocada, y su corazón le latía con fuerza.

Cuando Tío Tigre tomó de nuevo la palabra, lo hizo batiéndose en retirada. La elegancia verbal de la Periquita se le imponía, y las frases con que le contestó estaban

dosificadas por el respeto que, sin que nadie lo pueda evitar, fluye siempre la desmañada torpeza hacia la inteligencia llena de claridad.

--Sí, bueno: todo eso es muy bonito y todo lo que usted quiera –repuso-. Pero nosotros, la autoridad, nosotros tenemos los destinos de los pueblos en las manos. Si un animal necesita que le hagan justicia, ¿a quién acude? a nosotros. Si otro animal tiene hambre, ¿a dónde va? a la autoridad, porque la autoridad da para todo. La autoridad es la que ejecuta los trabajos públicos, crea la riqueza, fomenta la agricultura y las industrias. Ustedes mismos, los maestros: ¿quién es el que les paga a ustedes? Nosotros, la autoridad, porque para eso estamos nosotros. ¿Y la guerra? ¿Qué me dice usted de la guerra? ¿Quién hace la guerra, cuando hay guerra, y cuando termina la guerra, quién hace la paz? Nosotros las hacemos, porque lo que nosotros ideamos es lo que rige a todo el mundo. Nosotros le trazamos rumbo a la colectividad. Somos nosotros quienes la forjamos, quienes la creamos. Nosotros hacemos un decreto, o una ley, dictamos una resolución, y eso se convierte en desgracia o bienestar para todo el mundo, porque todo el mundo lo sigue, porque de eso modo es como nosotros formamos la colectividad.

A lo último estaba algo embarullado. La Periquita Julieta sonrió:

--Nosotros –le contrarreplicó con su límpida, quieta voz-, nosotros los maestros tenemos los destinos de los pueblos en las manos. ¿Qué pueden ustedes sino perfilarles simples rasgos exteriores, accidentales, transitorios? Leyes, reglamentos, estatutos: papeles que el viento trae y que el viento lleva. Al lado de las nuestras, ¿qué son las pobres huellas superficiales que ustedes dejan con tanto trabajo sobre la epidermis de los pueblos? A los más, es sólo un ropaje que pronto mudarán. Nosotros no: nosotros nos vamos a la entraña de las naciones, que está en el alma de sus niños, y allí comenzamos a labrarlas, desde adentro, a la medida de nuestras esperanzas, a la imagen de nuestros

ideales. ¿Qué es la política enfrente de la cultura? Nosotros plasmamos lo único perdurable de un pueblo, su fisonomía espiritual; lo único que, en fin de fines, puede implicarle su desdicha o su felicidad. Al enseñar pacientemente a deletrear a los mocosos, como usted dice, nosotros fabricamos en silencio el porvenir…

--¿El porvenir? ¿El porvenir? Sí, es cierto, el porvenir… Yo creo que le presente, sin embargo… El presente también tiene su… Por lo menos…

Tío Tigre vaciló; ya, francamente, se daba por derrotado. Una circunstancia fortuita vino a cambiar de un modo radical la situación.

En aquel momento el Conejito abría la puerta, y entró. Venía el Conejito a traerle un ramo de flores a la maestra, para regresar después a jugar con los compañeros a los peñascos de la quebrada. Al mirar a Tío Tigre quedóse cohibido; empero, lo saludó con urbanidad, y ofreció su presente a la Periquita. Esta lo atrajo contra su regazo, le dio un beso en la frente y cambió con él algunas palabras cariñosas. Por su parte, Tío Tigre agradecía en su fuero interno al pequeño intruso la interrupción tan oportuna en aquel embarazosa punto del debate.

--¿Uno de sus discípulos? –preguntó.

--Sí –dijo ella. Este es el Conejito, el hijo de Tío Conejo.

Tales palabras devolvieron a Tío Tigre una inmensa ventaja: la superioridad de la violencia arbitraria y sin escrúpulos ante la desarmada razón. Se le vio esponjarse de odio y de furor: diríase que crecía a expensas de sus inevitables víctimas. Sus ojos se incendiaron; el semblante se le endureció. Con una voz calmosa, fría, que contrastaba con sus anteriores arrebatos, tomó de nuevo la palabra:

--Pues bien, señorita… ¿Cómo me dijo usted que se llamada?

--Julieta.

--Pues bien, señorita Julieta –repitió, recalcando cada sílaba-. Para resumir lo que hemos conversado: lo que usted me ha contado es muy bonito, sí, señor. Pero resulta que este samán lo necesito yo, ¿me entiende usted? Este samán lo necesita la autoridad, y autoridad es autoridad, por más que pataleen. De manera que ya lo sabe: para que lo vayan desocupando.

Y se pudo de pie.

La Periquita palideció:

--¿Dice usted…?

--Sí, señor: como lo oye. DESOCUPANDO –y cogió su sombrero.

Julieta se vio obligada cambiar de táctica: hizo a un lado al Conejito, y dando un paso hacia él, exclamó:

--Pero, señor Tío Tigre, fíjese en lo que le voy a decir. No se vaya, tenga la bondad. En las cercanías de este samán viven casi todos nuestros alumnos. Este, por ejemplo, el Conejito, reside allí cerca, al otro lado de la loma. En su mayoría son chiquitines como éste, que no pueden ir a la escuela si les queda lejos. Si tenemos que abandonar el samán, perdemos a nuestros discípulos, y, lo que es más grave aún nuestros discípulos pierden la escuela. Yo me explico que la autoridad esté interesada en posiciones estratégicas; pero también lo está en la educación de los niños, ¿no es así?

--Pues si no quieren caminar, que no aprendan –contestó Tío Tigre, y, encogiéndose de hombros, se fue.

La Periquita Julieta permaneció largo tiempo inmóvil, con el conejito abrazado contra sus piernas. Su mano derecha le acariciaba distraídamente la oreja.

Media hora más tarde el Profesor Mochuelo le explicaba a Tío Tigre:

--Oh, sí: es sumamente sencillo. El problema se resuelve por un simple procedimiento de expropiación por utilidad pública.

--¡Expropiación! ¡Eso es! ¡Magnífico! –exclamó el Camaleón.

--¿Expropiación? ¿Y qué significa eso? –preguntó Tío Tigre.

--La expropiación es la más elevada categoría en la escala del derecho de propiedad –opinó el Cigarrón.

--Déjese de chacotas, Don cigarrón. Estamos hablando en serio –refunfuñó el Mochuelo-. La expropiación es un procedimiento legal por medio del cual se puede privar a una persona natural o jurídica de algo, cuando la posesión que esa persona ejerce sobre ese algo se armoniza con las exigencias de la utilidad pública. Se les quita el samán, sencillamente, y ni siquiera hay que darles una satisfacción.

--Sin embargo –objetó el Pájaro Bobo –en el caso concreto hay que objetar que el destino y uso que actualmente se hace del samán no cae dentro de los términos de esas especificaciones. El procedimiento no es tan claro como usted dice. La parte contraria puede alegar que una escuela también es objeto de utilidad pública.

--Eso depende –manifestó el Camaleón-. Yo conozco muchas escuelas que lo que hacen es perjudicar. Se han prodigado demasiado las escuelas: donde quiera hay una, todo el mundo pretender asistir a ella, ni los pordioseros consienten que sus hijos trabajen, sino que quieren mandarlos a la escuela. Llegan al abuso. La instrucción puesta al alcance del pueblo es un error: se rebaja la instrucción y se ensorberbece al pueblo. La canalla, en cuanto aprende cuatro letras, se echa a perder: se creen iguales a uno, y no admiten las jerarquías sociales. La educación se debe reservar para la gente decente.

--Una posición estratégica como ésa no puede estar en manos de muchachos y de bachillercitas –proclamó de un modo categórico Tío Tigre.

--Sin duda alguna, ciertos animales se disgustarán –dijo el coronel Caricare.

--Entonces, ¡espléndido! No hay que discutir más –expresó el Cigarrón-. En disgustar a alguien estriba precisamente la esencia de la utilidad pública. El único oficio de la autoridad consiste en disgustar, y si no disgustase a alguien, ninguna razón tendría para existir.

Quedó, pues, resuelto que se procediese a levantar el expediente para la expropiación. De los lujosos salones de Tío Tigre, el Camaleón fue en derechura a llevar la noticia a los animales de las esferas inferiores, porque su lema era el estar en buenas migas con los unos y los otros.

El Cachicamo, la Lapa, el Oso Melero fueron de los que se disgustaron.

--¿Y qué derecho tienen para expropiarle a uno lo que le pertenece? –reclamó el primero.

--¿Derecho? Cada quien mide su derecho según su fuerza, a lo que parece –gruñó el Oso Melero.

--Y esa gente tiene mucha fuerza: lo puede todo –murmuró, abatido, el Chigüire.

--Además, hace ya tiempo que el Caracol Ladrón practica la expropiación –recordó el Escarabajo.

--Por es bueno no tener nada, para que no lo expropien a una –opinó la Golondrina-. El que nada tiene, nada pierde.

--La próxima vez le expropiarán a usted su bodega, compadre Cachicamo –pronóstico la Lapa- o me expropiarán a mi casa de pensión, o usted me expropiará a mí o yo le expropiaré a usted, y todos nos expropiaremos lo que tenemos, y será el acabóse.

--Lo cierto es que tenemos de hacer algo para que no nos quiten la escuela –sostuvo el Comején.

--Así es. Muy bien dicho. Deben hacer algo –les arengó el Camaleón-. No se pueden quedar con los brazos cruzados.

--¿Y qué podemos hacer? –repuso el Chigüire-. ¿Quién puede nada contra Tío Tigre?.

--¿Cómo habla así? –le interpeló el Caballito del Diablo-. Por supuesto que se puede. Siempre se puede algo. ¡Arriba! ¡Animo, compañeros! ¡Tenemos que impedir ese atropello!

--Sí, lo impediremos –anunció en ese momento Tío Conejo, con un acento grave.

Todos se volvieron a mirarle, pero, aunque mucho se lo preguntaron, él no quiso adelantar más sobre el plan que ya estaba forjando.

El Camaleón salió a toda prisa con el objeto de participar tales novedades a los poderosos.

--¿Así dijo Tío Conejo? –bramó Tío Tigre, furioso-. Ya los veremos.

Y, dirigiéndose al Mochuelo, le urgió:

--Profesor: apúreme el expediente para proceder a la expropiación cuanto antes.

--Yo estoy muy contenta –expuso Misia Baba-. Ya estaba harta de tal escuela en todo el frente de mi casa. Hacen demasiada bulla con sus malditos cantos escolares, y no me dejan dormir la siesta.

--Las escuelas son focos de alborotos y nidos de molestias –apoyó la Guacharaca-. No deberían permitir que se abrieran escuelas en los barrios aristocráticos.

--Cuando sale la Periquita Julieta con su banda de granujas yo tengo que cerrar la ventana –participó la Marimonda-. Cada uno de esos bribones me mira de tal modo que temo me vaya a decir alguna inconveniencia.

--Son unos deslenguados –dijo la Zorra-. La otra vez uno de ellos llamó sicofante al Doctor Rabipelado. Me parece que fue el Caballito del Diablo. ¿Habráse visto mayor atrevimiento? ¿Qué significará sicofante?

--¿Y no se ha fijado ustedes en lo ridícula que anda la tal Periquita Julieta? –observó la Culebra Sobadora-. No tiene más que un solo vestidito verde, y ya esta tan desteñido y tan gastado que da pena. Le deberían prohibir que saliera a la calle con se traje. Es una inmoralidad.

--Nunca me ha gustado esa niña –afirmó Doña Pava del Monte-. Me choca.

--A mí me chocan todas las mujeres que trabajan –declaró Misia Danta-. Son comunistas.

‹‹Lo impediremos››, había dicho Tío Conejo. Se fue al samán, e hizo que la Periquita le narrase con todos sus pelos y señales la entrevista con Tío Tigre. Luego examinó cuidadosamente el árbol. Entonces se dio una palmada en la frente.

--¿Nada más que eso? –dijo-. ¡Qué tontería! Buscó de nuevo a la Periquita, y le preguntó:

--¿La Ardita tiene su hija en esta escuela?

--Sí –contestó ella.

--¿Y el Acure?

--También.

--¿Y el Comején, y la Hormiga?

--No, ellos no.

--No importa. De todos modos nos ayudarán. Y lo mismo el Carpintero. Y hasta yo meteré mi cuchara.

La Periquita titubeaba.

--¿La Ardita, el Acure, el Comején, la Hormiga? ¿Qué pueden ellos contra Tío Tigre?

--Siempre se puede –fue la contestación de Tío Conejo-. Siempre se puede algo cuando se intenta. Tenemos la fuerza del débil contra la fuerza del fuerte: la fuerza del débil está en su propia debilidad, porque, en tanto que el fuerte se basta por sí solo, el débil se ayuda. Siempre se puede algo cuando anda de por medio la unión.

El Pájaro Campanero propagó la noticia. El Pájaro Campanero alza de pronto la linda bocina de ébano, empenachada de plumas, que lleva consigo. Así, enhiesta, la bocina parece un arco cuya flecha es un sonido. El sonido se le incuba en el buche, se desarrolla allí como una granada madura, y de súbito se dispara por la erecta bocina derramando, en el aire tembloroso de la montaña, su vibración de campanada. La bocina vuelve a caer, lacia, sobre las plumas blancas: pero a ochocientos, a mil, a mil quinientos metros de distancia, a la distancia de una mirada de un gavilán, se escucha su clarinazo fuerte y claro, que despierta el sueño torpe de la pereza. El Pájaro Campanero sirve de heraldo en el mundo innumerable de los animales. El Pájaro Campanero radio-difundió la noticia y la Ardita, con todas las Arditas, y el Acure, con todos los Acures, y el Carpintero, y el Comején, y la Hormiga con todos los centenares de Arditas y de Acures, y todos los millares de Carpinteros, y todos los centenares de millares de Comejenes y de Hormigas y de Bachacos y todos los millones de millones de cuanto bicho pequeño, humilde y débil hay en los bosques y en las praderas risueñas y en la cuevas de los montes en las copas de los árboles que crecen en las inmediaciones de los ríos, se fueron aproximando a la caída de la tarde, hacia el samán de la escuela, obedientes al llamado de Tío Conejo, dóciles a la ley de la unión, de la ayuda mutua y de la solidaridad.

--Ya está funcionando otra vez esa estación de radio clandestina –dijo nerviosamente el Querrequerre.

--Usted tiene la culpa –le increpó el Doctor Rabipelado-. ¿Qué es posible que no la haya podido localizar todavía? A estas horas deberían estar en las cárceles esos vagabundos.

--Siempre están interfiriendo en nuestros programas culturales –adujo, quejoso, el Azulejo-. La otra vez estaba yo recitando mi Oda a la Siempreviva fragante y me la interrumpieron con un pestilente comunicado sobre la crisis del queso que están atravesando las ratas.

--Es verdad: sus discursos son siempre pestilentes –asintió Ña Guacharaca-. Huelen a queso, a comida, a fatiga, a sudor. Cuando no la vilipendian a una, es que hablan de que si el salario, de que si el jornal, de que si la ley del trabajo, de que si el derecho de agremiación- ¡Qué aburrimiento! ¿No tendrán otras cosas menos prosaicas en qué pensar? ¿Por qué no tocarán rumbas, o cantarán bambucos, o ponen charadas, o recitan composiciones poéticas en que se alabe la belleza de las damas, como lo sabe hacer con un tanta galanura nuestro laureado poeta el Azulejo?

--No saben más que discursos subversivos –explicó Doña Danta.

--¿Qué diablos estarán transmitiendo ahora? –murmuraba Tío Tigre, y su espeso entrecejo se frunció.

¿Qué pueden manos pequeñitas de Acure contra la mano prepotente de Tío Tigre? ¿Qué pueden brazos minúsculos de Hormigas contras sus brazos formidables? ¿Qué pueden cuerpos menguados de Comejenes, dientes exiguos de Ardita, contra su hermoso cuerpo inmenso, listeado de negro y amarillo, contra sus colmillos asesinos?

Toda la noche estuvieron trabajando incesantemente los aliados.

A la mañana siguiente, cuando Tío Tigre fue hasta el samán a pasarle una recorrida codiciosa, el muñón que surgía antes en el tronco, y que le permitía escalar hasta las ramas, había desaparecido.

--¿Qué es esto? ¿Quién ha hecho esto? –rugió, apenas vio semejante modificación.

--¿Decía algo, caballero? –respondió una voz de lo alto, y apareció la alegre cabeza del Curruñatá.

--¿Quién ha hecho esto? –repitió Tío Tigre, echándose un poco hacia atrás y sentándose para poder divisar al Curruñatá. En esta posición es en la que el Tigre tiene menos majestad.

--¿Qué? –interrogó el pájaro con la mayor inocencia.

--Eso, el tronco así, en esa forma, que lo han alisado…

--¡Ah! ¿Se refiere usted al nuevo frontispicio de nuestro edificio escolar?

--Sí, al tispicio ese, o como lo quieras llamar. Ayer el tronco tenía una saliente, que uno podía subir por él. Ahora aparece liso.

--Sí, señor: notable trabajo, ¿verdad? Un verdadero acierto arquitectónico. Obedece a las últimas modalidades en el arte de la construcción. Usted ve: el estilo moderno pide la mayor sobriedad. Elegancia dentro de la sobriedad, tal es la máxima. Todos los edificios actuales son a base de grandes superficies lisas, de planos muy simples y muy escuetos. Produce un admirable efecto, ¿no le parece? Pero, discúlpeme usted, caballero: veo que llega un grupo de nuestros más aprovechados discípulos: las Acuritas, el Tuqueque, el Cotejo, el menor de los Macacos y el inteligente Congolocho. El Congolocho piensa estudiar filología, ¿lo sabía usted? A juzgar por su contracción,

llegará a ser una eminencia en la materia. Con el permiso de usted, voy a bajarles el ascensor, y en seguida vuelvo a atender a usted.

Sacó de entre las ramas el Curruñatá un curioso artefacto, que tenía algo de trampa y de guacal, armado con taños de guaduas y pendientes de flexibles bejucos y lo hizo descender hasta el suelo. Los estudiantes tomaron asiente en él, y el pájaro los subió al samán.

--¿Y eso qué es? –preguntó Tío Tigre, estupefacto.

--El ascenso –repuso el Curruñatá-. ¿Cómo? Caballero: ¿no conoce usted un ascensor? Es la última palabra de la ciencia de la edificación. Todos los rascacielos europeos y americanos lo tienen: debe colocar usted uno en su residencia, señor mío, y si no tiene residencia, debe recomendárselo a sus amigos, para que lo coloquen. El ascensor les dará distinción, al mismo tiempo que comodidad.

Tío Tigre guardó silencio durante un rato.

¿Y tú crees que yo también puedo subir en eso? –preguntó al fin.

--Desde luego, señor. Este ascensor es muy seguro. Con el mayor gusto lo voy a bajar inmediatamente, a fin de que usted compruebe por si mismo con qué suavidad se sube.

Tío Tigre no estaba convencido del todo. Principió por dar dos o tres vueltas alrededor del aparato, olisqueándolo; por último se avino a entrar en él, mas, lleno de perplejidad y de suspicacias. Sus músculos temblaban cuando se dio cuenta de que la desconocida máquina despegaba de la tierra firme.

--¿Usted ve? Ahora le doy a un botón, y paso el conmutador –explicaba el Curruñatá a medida que aquél ascendía-. Ahora conecto la palanca. Todo el mecanismo se controla electrónicamente. Los tubos son a base de aire comprimido, los frenos son

hidráulicos, la caja es enteramente aerodinámica. La última palabra de la ciencia, ¡sí, señor! Fíjese usted: no se siente ninguna molestia. Es como si uno no se estuviera moviendo. Ahora paso el controlador de la velocidad. Tenemos varias velocidades: expresa, máxima, media, mínima y retroceso. La expresa es para cuando se requiere urgencia. Vea qué delicia es la mínima. Se encuentra uno como flotando en nubes vaporosas, como mecido por el ala de seda de los sueños… Ahora se cierne usted sobre el suelo. ¡Ha vencido las alturas, está conquistando la excelsitud! Jamás se siente el animal en toda su potencia y en toda su integridad como cuando se desprende de la prosaica superficie de la tierra. Entonces comprende que es el dueño y señor de los elementos. Va usted, caballero, en manos de la técnica y de la dinámica eléctrica. Ahora le doy al diferencial…

--¡Paf!

El Curruñatá no pudo darla a nada más, porque Tío Tigre acababa de caer, con ascensor y todo, desde considerable altura, y dio con su pesado cuerpo en el polvo vil.

--¡Ah, caramba caballero! ¿Cómo que se ha caído usted? ¡Qué calamidad! Debe haber sido una alguna pequeña obstrucción en el funcionamiento –exclamó el Curruñatá-. Tal vez los resortes… O el eje de transmisión… Algo que no estaba suficientemente lubricado. Pero no le hace: aquí tenemos un segundo ascensor de repuesto. En seguida lo bajo para que pruebe de nuevo.

--¡No lo baje! –rugió Tío Tigre.

Se pudo de pie, limpiándose el polvo del uniforme.

--¿Ah? ¿No? ¿No quiere subir entonces? Como usted guste. Yo creía que usted tenía interés, caballero, en conocer…

Tío Tigre no tenía interés en nada. Echó una furiosa ojeada al pájaro, y empezó a andar sin decir una palabra, encapotada la ancha, hosca cabeza, como la cabeza de Saturno. Mientras se alejaba, púdose ver que rengueaba un poco.

--Por si acaso necesita mandarse hacer un ascensor –le gritó el Curruñatá –sepa que Tío Conejo los fabrica…

Cuando llegó a su casa, Tío Tigre le ordenó de un modo muy seco a su secretario, el Profesor Mochuelo:

--No vamos hacer ninguna expropiación.

TÍO TIGRE ENFERMO

Andaban en una excursión cinegética Tío Tigre, el León, el ágil Zorro Guache, que se viste de gris, el Cunaguaro, la linda Onza y el Gato Cervantes, autor de varias novelas picarescas, el día en que el León sufrió un pequeño accidente.

--Vamos a ver quién llega primero a aquel cují –sugería el Cunaguaro. Los excursionistas se lanzaban a la carrera; la ganaba el León, ocupando el Zorro Guache y el Cunaguaro el segundo y el tercer lugar respectivamente. Tío Tigre llegaba jadeante y sofocado.

De esta manera gozábanse en competencias atléticas. Tío Tigre se sentía malhumorado porque el León lo vencía en todo. Galopaba más rápidamente que él; trepaba con mayor destreza a los árboles; se introducía, con celebridad que parecía de milagro, por estrechas cuevas donde se atascaba el fornido cuerpo de Tío Tigre; y aunque era más pequeño y menos majestuoso, sus músculos flexibles, sus miembros potentes, sus nervios de azogue, su vista y sus movimientos llenos de gracia y de seguridad arrancaban el aplauso de sus compañeros.

--Tiene una gran forma, un estilo bellísimo –gritaba, extasiada, la Onza-. Es, sin duda alguna, un atleta perfecto. Tenemos que seleccionarlo para que nos represente en las próximas olimpíadas.

Con lo que Tío Tigre comprobaba celoso, que la Onza se inclinaba al León. Su encono llegó a exacerbarse cuando, con acento reticente, el Zorro Guache comentó:

--Compañero Tío Tigre, como que comenzamos a envejecer, ¿eh? Estos muchachos de ahora nos están eclipsando.

--No, lo que sucede con Tío Tigre es que es un peso pesado –explicó el Gato Cervantes, conciliador-. Es apto, más bien, para otras clases de proezas, por ejemplo para las pruebas de fondo.

--No hay nada en la vida como un día verdaderamente deportivo –exclamaba el León, distendiendo los brazos desnudos y yodados a la caricia del sol. El León usaba una bonita camisa de jersey, muy abierta y sin mangas, y bragas para jugar al golf-. No hay en el mundo placer tan grande como la conciencia de un cuerpo vigoroso, de una musculatura elástica: como saber que uno es fuerte y ágil, gallardo y libre, y puede ejecutar con elegante facilidad hazañas deslumbradoras.

Diciendo esto, y dando un salto de costado, que era una de sus especialidades, fue todo uno; saltó por encima de Tío Tigre, con lo que, desde luego sin ninguna intención, le echó un poquito de tierra en los ojos; a tiempo que gritaba:

--¡Hip! ¡Hip! ¡Hurra!

--¡Santo Dios! ¡Qué temeridad! –murmuró el Morrocoy, arrobado.

--Ojalá se quebrar una canilla para que no sea saltimbanqui –refunfuñó el Mapurite.

El Mapurite y el Morrocoy servía de pajes a los señores, y portaban sus cantimploras, escopetas, binóculos, cananas y cámaras de fotografía.

Tío Tigre ya no soportó más:

--Lo que es en materia de saltos sí que no me le ganas –desafió. Echó una mirada en su derredor, y propuso-: Vamos a ver quién salta por encima de aquella mata de cardón que está allí.

--¡Bravo! He ahí un reto singular, propio de héroes homéricos, como para ser cantado en estrofas inmortales por Píndaro o Hesíodo –prorrumpió la Onza.

--Aceptado –contestó el León.

Los demás se constituyeron en jueces para determinar el vencedor. Tío Tigre saltó con limpieza por sobre el peligroso obstáculo; pero el León, a pesar de que hizo un esfuerzo terrible, tropezó con el borde la mata, y varias largas y agudas espinas de cardón se le incrustaron en el codillo.

Los excursionistas se precipitaron a felicitar al triunfador, pero su entusiasmo se apagó cuando observaron las contorsiones que hacia el León.

--¡Ay! –chilló éste apenas intentó ponerse de pie, y volvió a caer, vencido por el dolor.

Sus amigos quedaron consternados.

Se ha clavado varias espinas en el codillo –diagnosticó el Zorro Guache.

--¿De veras? –dijo la Onza, aterrorizada-. ¡Pobrecito! Las espinas de cardón son terribles.

--Dicen que las espinas de cardón, una vez introducidas en el cuerpo, continúan avanzando poco a poco, ocultas en la carne y sin que las sienta, hasta llegar al corazón –aseguró el Cunaguaro.

--¿De veras? –volvió a clamar la Onza-. ¡Ay, que espanto!

--En todo caso, es positivo que las espinas de cardón, son sumamente enconosas –afirmó el Gato Cervantes.

Tío Tigre asistía en silencio, un poco compungido, a las reflexiones de sus compañeros. Al sentirse compadecido de aquella manera, el León empeoró bruscamente: cerró los ojos, fue presa de desmayos y dio a emitir gemidos plañideros.

--¡Pobrecito! ¡Pobrecito! –sollozó la Onza, arrodillándose a su lado, puso la cabeza del infortunado atleta sobre sus rodillas, y vertía palabras de dulce consuelo mientras lo acariciaba:

--¡Pobrecito mi Leoncito lechuguino querido! –decía-. ¿Le ha pasado algo, se siente malito mi Leoncito lechuguino querido?

De súbito se levantó, conminatoria.

--¿No le remuerde la conciencia el ver lo que ha hecho? –increpó a Tío Tigre-. ¿Cómo se atreve a estar parado ahí, como un idiota, sin hacer nada, viendo al León que por su culpa se ha clavado una gran cantidad de espinas de cardón, que ahora se le van a seguir metiendo por el cuerpo y le llegarán al corazón y lo matarán?

Tío Tigre la miraba, estupefacto.

--¡Ande, sacúdase, muévase! –continuó ella-. No siga plantado como un espantapájaros. ¡Hay que hacer algo, hay que buscar a un médico! ¡Un médico! ¡Sí! ¿Dónde se encuentra un médico?

El Zorro Guache apoyó su mano sobre el hombro de Tío Tigre.

--Creo que la Onza tiene razón, compañero –asintió-. Sería bueno que hiciéramos algo por el León.

--Lo podríamos llevar al puesto de socorro –opinó el Gato Cervantes.

--Muy buena idea: hay que llevarlo al puesto de socorro –apoyó el Cunaguaro.

--Exacto: usted se encarga de llevarlo inmediatamente al puesto de socorro –dictaminó la Onza, dirigiéndose de un modo categórico a Tío Tigre-. No hay que perder ni un segundo. Puede fallecer inesperadamente cuando las espinas le lleguen al corazón.

Y, despavorida con esta presunción, se arrojó de nuevo sobre el León clamando desesperadamente:

-¡Ay, mi Leoncito lechuguino querido! ¡Que se me muere mi Leoncito lechuguino querido!

En breves minutos, sin saber cómo ni cuándo, Tío Tigre se encontraba en un automóvil, abrumado por el pensamiento de aquellas tenebrosas espinas de cardón que, por su culpa, resbalaban en silencio en busca del corazón del León, dándole órdenes al Morrocoy para que apresurase todo lo posible la marcha hacia el puesto de socorro inmediato, mientras al lado de su desventurada víctima exhalaba de vez en cuando quejidos.

El Murciélago estaba de interno de guardia.

--Sí, como no –manifestó-. Pásenlo inmediatamente a la sala de emergencia número 13. Avísenle a la Comadreja. A ver, usted, enfermera Sanguijuela: llame al Doctor Caribe por teléfono. Usted, enfermera Garrapata: prepárame lo que se necesario: agua caliente, algodón, yodo. Póngame los bisturíes en el autoclave- ¡Rápido, rápido! Usted también puede pasar a la sala si quiere, señor Tío Tigre. ¿Es algún pariente suyo? Tiene el aire de la familia. No se olvide el alcohol, enfermera Garrapata.

--¿No cree usted el mercurio-cromo preferible al yodo? –preguntó la Garrapata.

--Haga como yo le digo –gritó el Murciélago.

--En mi opinión no estaría de más traer igualmente un poco de gasa –dijo la Sanguijuela-. Tal vez sea necesario vendarlo.

--Este más bien es un caso para ser enyesado –observó el Carrao, acercándose. Al igual que el Murciélago, el Carrao era estudiante de medicina y practicante en el puesto de socorro.

--Tenemos que proceder con rapidez –declaró la Comadreja. Lo que ella decía se escuchaba con atención, ya que era la enfermera jefe.

--El Doctor Caribe dice que no puede venir sino dentro de un cuarto de hora; que estaba haciendo una operación de apendicitis –anunció la Sanguijuela al regresar del teléfono.

--Entonces comenzaremos nosotros. No podemos esperarlo –sentenció el Murciélago-. A ver, tráiganme las pinzas.

--¿No cree usted conveniente ponerle una vacuna? –sugirió la Mosca Brava.

--Sí, póngasela.

Tanto los estudiantes como las enfermeras vistieron largas batas blancas. El Murciélago se lavo las manos con jabón desinfectante y se las enjuagó con alcohol que le vertía la Garrapata. Mientras operaba con las pinzas, tratando de extraer las espinas, la Mosca Brava vacunaba en una nalga al paciente. Tendido en la mesa, el León lo aguantaba todo sin chistar.

--Una vacuno es poco –comentó la Sanguijuela-. Me parece que se le debe poner una antitetánica.

--No se trata más que de una simple prevención contra posible infección de origen estafilocócico –le refutó la Mosca Brava-. No hay temor de tétanos.

--¡Qué equivocada está usted, querida mía! –contrarreplicó inmediatamente la Sanguijuela-. Por el contrario, hay casi la seguridad de que se produzca el tétanos. La espina de cardón es extraordinariamente proclive a actuar como agente de los más variados gérmenes patógenos, entre ellos el tétanos. Los últimos experimentos, practicados por el profesor Bisonte en los Estados Unidos, demuestran que en la espina de cardón se encuentra normalmente el virus. Por su parte, el Profesor Camello, en el África del Norte, ha comprobado con sus trabajos estadísticos, que el 98 por ciento de los pinchados por espinas de cardón manifestaron propensión al tétanos.

--Lo natural, en tal caso, sería sacarle un poco de sangre y llevarla al laboratorio para examinarla –propuso la Culebra Coralito, estudiante de química, la que se había añadido al grupo.

--Sí, sáquesela –ordenó la Comadreja.

--Pero nunca está de más ponerle también la antitetánica –insistió la Sanguijuela.

--Tiene razón: póngasela –autorizó el Carrao.

--¿Y le pongo otra vacuna? –suplicó la Mosca Brava.

--Sí, póngasela –asintió el Murciélago.

--¿Y un lavado intestinal? –recordó la Garrapata, muy humildemente, porque ella hasta entonces no había puesto nada.

--Sí, hágaselo –respondieron al mismo tiempo la Comadreja, el Carrao y el Murciélago.

Mientras la Garrapata aplicaba una lavativa, la Mosca Brava ponía una segunda vacuna en la otra nalga, la Culebra Coralito extraía diez centímetros cúbicos de sangre, con una larga jeringa, del brazo izquierdo, la Sanguijuela introducía una inyección de suero antitetánico en el hombro, y el Murciélago hurgaba en la axila del León.

--A ver, a ver: tráigame unas pinzas más grandes. Estas son demasiado chicas –exclamó el último.

--¿No le ha sacado todavía ninguna espina? –interrogó con timidez Tío Tigre.

--No, todavía no –respondió el Murciélago.

El León no se quejaba.

El Murciélago interrumpió un momento la operación para manifestar con todo doctoral:

--Se trata de un caso típico de endovasación anteroinferior del brazo, con traumatosis interna del cartílago y posible predisposición patógena del deltoides. Hay que verlo con cuidado.

Tío Tigre se estremeció de horror.

--Pero, si es así como dice, bachiller Murciélago –recordó entonces la Comadreja-, es muy posible que se produzca un brote de septicemia.

--¡Hombre! Es muy cierto –admitió el Murciélago, enderezándose-. ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

--Entonces hay que ponerle una ampolleta preventiva-antiséptica –saltó la Garrapata, muy ufana con su éxito anterior.

--Ya lo creo: póngasela inmediatamente –ordenó el Murciélago.

Entonces intervino el Carrao.

--Deseo hacer constar –declaro- que en mi humilde opinión el colega Murciélago está equivocado. Desde luego, no soy el interno de guardia, y este caso no es de mi incumbencia; pero, a lo que yo juzgo, las espinas deben haber incidido superficialmente sobre el tríceps, y en tal caso el deltoides permanecerá alejado de la zona patógena.

--No, compañero, venga acá: acérquese para que vea con toda claridad la endovasación antero-inferior con la traumatosis interna –le objetó el Murciélago.

--Sí, pero ya usted verá –le contestó el Carrao-. Oiga, señorita Mosca, hágame el favor: páseme aquella lanceta de doble filo que está allá. No, ésa no: aquélla más afilada. Fíjese usted, colega, fíjese usted. Aquí está el deltoides. Si profundizamos un poquito con la lanceta, llegamos a la región pleural. Esta es la segunda costilla. Esta es la primera. Por aquí debe estar la clavícula. Aquí está. ¿Lo ve usted? Toque, toque, por

aquí, colega. A ver, señorita Mosca otra lanceta para el colega, ¡rápido!, para que toque la clavícula.

Ambos se hallaban inclinados sobre la herida, que ahora aparecía más grande y manchada de sangre. Con los ojos cerrados, el León no exhalaba una queja. Tío Tigre se secaba el sudor de la frente.

--Sí, es cierto: ésta es la clavícula –admitió el Murciélago-. Se puede tocar muy bien. Pero ahora verá usted por aquí la traumatosis que le digo. Hay que rajar un poco por este músculo. No importa: es una pequeña incisión. Después le practicaremos algunos puntos de sutura. Páseme el bisturí, señorita Sanguijuela. Mire, fíjese lo que le digo. ¿Lo ve usted? Aquí está. ¡Mírela, mírela!

Aprovechando el que estuviesen engolfados en sus demostraciones, y antes de que la privaran de su derecho, la Garrapata se llegó con su ampolleta preventiva-antiséptica y se la clavó al León yacente.

--¡Niña! ¿Qué haces ahí? –le gritó la Comadreja.

--Le estaba poniendo la ampolleta.

--¿Y no sabes que esa ampolleta se pone en el abdomen? ¿Quién te ha dicho que la preventiva-antiséptica se use en el muslo? ¡Qué niña ésta! Ahora esa inyección está perdida. Anda: ponle otra en el abdomen.

En ese momento entraba el Doctor Caribe de la calle.

--¿Qué pasa aquí? –interrogó, mientras se quitaba el abrigo y los guantes.

Los practicantes y las enfermeras interrumpieron sus diferentes ocupaciones, menos la Garrapata, la que no se dio por satisfecha hasta que hubo vaciado la segunda ampolleta en el abdomen.

Tío Tigre suspiró:

--Tal vez el Doctor logre sacarle las espinas –dijo para sí.

El Murciélago comenzó a explicar:

--Un caso típico de endovasación antero inferior del brazo con traumatosis…

--Usted perdone Doctor –terció el Carrao-. Yo creo que se trata más bien de una incisión superficial sobre el tríceps, de carácter mórbido, con alteración metabólica del…

--Bueno, bueno. Vamos a ver qué es –los atajó del Caribe-. Un bisturí, señora Comadreja. Un flébotomo. Una sonda de cinco milímetros. Otra de siete. Las tijeras redondas. Unas pinzas articuladas. Los ganchos. Sostenga aquí, Sanguijuela. Sostenga este pedazo de músculo. Usted por aquí, Mosca Brava: levánteme el cartílago. Un poco de algodón, Garrapata. Estanquen esa sangre que no me deja ver. Más luz, más luz. Tampoco se puede ver con este pelo. El paciente tiene una excesiva capilaridad. A ver, usted, señora Comadreja: practique una depilación en torno, todo lo más ancha que pueda. Pero cuidado con obstruirme en mi trabajo. Se hace un cortecito o dos sobre la piel, no importa. Lo esencial es que no me moleste en mi trabajo. No me explico cómo es que estos muchachos dicen que se trata de una simple endovasación, cuando estamos en presencia de un caso grave de penetración intermuscular conjuntiva con síndrome conflictivo. Bueno, bueno, ¡al Hospital, enseguida! Usted señora Comadreja: llámeme al Hospital. Que me preparen la sala de cirugía El Desguace. Que me tengan lista la sierra aguda, la sierra triangular, el escalpelo, el juego de bisturíes, el juego de sondas, las pinzas, unas ampolletas de aceite alcanforado, otras de suero vital, vacunas, antitetánico, cloretilo, un poco de éter o de cloroformo por si no basta la anestesia local, en fin, usted sabe: todo lo indispensable. Ustedes, señoritas: ¡una camilla, la ambulancia! Vamos al Hospital. Este paciente no es para ser tratado en puestos de socorro.

En menos tiempo del que se tarda en decirlo, el Doctor Caribe, el Murciélago, el Carrao, la Comadreja, la Mosca Brava, la Sanguijuela y la Coralito se llevaron al León sobre unas parihuelas, y también arrastraron consigo a Tío Tigre.

--Usted véngase con nosotros –le dijeron-. No queremos cargar solos con esta responsabilidad.

Todo el mundo estaba muy interesado en aquel grave caso de penetración intermuscular conjuntiva.

Una vez en el Hospital, introdujeron al herido en un salón lleno de extraños artefactos, en el que resaltaban, a la luz de las lámparas potentes, níqueles brillantes sobre el color rabiosamente blanco de todos los objetos.

El Doctor Temblador, el Doctor Capuchino, la Araña Peluda y la Tarántula, enfermeras polivalentes, se les agregaron enseguida.

--Lo primero que hay que hacerle es una radioscopia. Es imperdonable que lo hayan olvidado –sentenció el Doctor Temblador.

--En el puesto de socorro –se disculpó la Comadreja –no hay instalación de Rayos X.

--¿Cómo? ¿Un puesto de socorro sin rayos X? ¡Cuán pésimamente dotas están todos esos institutos! Me voy a quejar al ministerio respectivo.

--Mientras se le hace la radioscopia, ¿no sería bueno ponerle una segunda vacuna, más fuerte que la primera? –insinuó la Comadreja.

--Doctor: yo creo que se le debería aplicar una dosis de suero antirrábico –dijo la Araña Peluda-. Usted sabe que estos animales tan sumamente sanguíneos está predispuestos a la radia.

--Sí: póngale la vacuna y póngale el suero antirrábico, y usted, colega, hágale la radioscopia –indicó el Doctor Caribe-. Hay que agotar todos los recursos de la ciencia.

El salón de los rayos X era una cámara más impresionante aún que la primera, y con aparatos todavía más extraños. Acostaron al León sobre una especie de mesa que ejecutaba misteriosos movimientos; lo estiraron a la fuerza; le sujetaron contra el tórax una lámina de cristal opaco; y, haciendo caso omiso de sus padecimientos, lo obligaron a permanecer inmóvil, mientras apagaban todas las luces, encendían una roja, la apagaban también, encendían otra azulada y realizaban una serie de ceremonias solemnes y litúrgicas. Al resplandor singular de las bombillas de color los rostros parecían lúgubres. Los médicos se agrupaban para cuchichear palabras cabalísticas.

--¿No será posible sacarle las espinas? –plañía Tío Tigre con fatiga, pero ya nadie le hacía caso.

Luego regresaron con el paciente a la sala El Desguace. La Garrapata le ponía las comprensas de agua hirviendo. La Mosca Brava le escudriñaba con un tarugo de algodón empapado en yodo, tan ardiente como una brasa. La Araña Peluda le tomaba el pulso y calculaba su presión arterial. La Sanguijuela le aplicaba una inyección en el vientre y la Comadreja otra en el muslo. La Tarántula le atomizaba cloretilo en la herida y la Coralito le colocaba una máscara de éter. El Murciélago y el Doctor Caribe le escarbaban en la paleta, armados de sendas cuchillas. El Carrao y el Doctor Capuchino preferían dedicarse a descuartizarle el brazo. El Doctor Temblador había descubierto ciertas sospechosas manchas en la radiografía, y estaba empañado en comprobar su existencia en la carne viva. El León comenzaba a exhalar, de vez en cuando, un gemido prolongado.

--¡El Doctor Gavilucho! ¡Aquí está el Doctor Gavilucho! –gritó, llena de alegría, la Araña Peluda.

El Doctor Gavilucho entraba apresuradamente, después de haber ejecutado treinta y cinco intervenciones quirúrgicas en su clínica particular, dispuesto a ejecutar otras treinta y cinco en el hospital. Si no llegaba a las setenta en el día, no comía con apetito por la noche.

--A cortar, a cortar, hay que cortar siempre… -llegó diciendo-. Cortar es la suprema misión de la ciencia.

--¿No será posible sacarle las espinas? –le interrogó con timidez Tío Tigre.

--¿Espinas? ¿Espinas? ¿Quién habla de espinas? ¿Qué significan las espinas para la ciencia? –contestó el cirujano enfadado, mientras de lavaba las manos y vestía la bata. ¿Qué puede interesarle un miserable puñado de espinas al mundo de los sabios? Cortar: he ahí el quid divinum, el toque magistral, la más alta aspiración de la ciencia. Mi lema es ‹‹córtalo primero y piénsalo después››.

El Doctor Capuchino le interrumpió:

--Usted perdone, colega: pero creo que este es un caso clínico, y no quirúrgico. El paciente necesita antes que nada un periodo de tratamiento endocrínico. Después se verá si es necesario la operación o no.

--¿Está usted loco, estimado colega? ¿Ha pensado bien en lo que dice? –le respondió el Gavilucho-. ¿Un momento como éste, de inmediata y visible urgencia quirúrgica, y usted proponiendo que se demore? Mi opinión es que se corte; que se corte inmediatamente; que se ha debido cortar ya.

--Doctor Gavilucho: permítame usted que le informe de una cosa que desconoce –dijo el Doctor Temblador-. La radiografía muestra unas curiosas sombras, de aspecto

tétrico, de contorno infundibuliforme, en la región intercostal derecha. Según mi criterio, debe aplazarse cualquier intervención hasta que se determine claramente el síndrome y se emita un diagnóstico pleno.

--No, no hay tiempo para radiografías –prorrumpió el Gavilucho-. ¡Hay que cortar!

--Yo estoy con el Doctor Gavilucho –intervino el Doctor Caribe-. No podemos retardar por ningún respecto la operación.

--Pues yo estoy con el Doctor Temblador –dijo a su vez el Capuchino-. Sostengo que se debe comenzar por un tratamiento endocrínico.

--¡Si estuviera aquí el Doctor Caimán! –suspiró la Araña Peluda-. El sí sabría diagnosticar de un solo golpe de vista. ¡Qué gran médico el Doctor Caimán!

Los doctores continuaron discutiendo, y practicantes y enfermeras metían baza en el debate. Tío Tigre no pudo ver más lo que le hacían al León, porque lo tenían rodeado por todos lados; pero se daba cuenta de cómo se pasaban, unos a otros, instrumentos acerados, algodones tintos en sangre, frascos, jeringas y bandejas esmaltadas, y escuchaba también el ronco quejido de su amigo, el cual se dejaba oír ahora con mayor frecuencia y mayor intensidad.

El Bachiller Carrao se le aproximó y de improviso le sugirió:

--¿Por qué no va usted en busca del Doctor Caimán?

El Carrao había escuchado la exclamación de la Araña Peluda, y pareciéndole aquella idea de perlas, ahora quería hacerla aparecer como suya.

--Aquí tiene usted –prosiguió –a cuatro indiscutibles lumbreras de la ciencia: el Doctor Temblador es nuestro más notable radiólogo, el Doctor Gavilucho es un gran obstétrico y ginecólogo, el Doctor Capuchino es especialista en endocrinología y el

Doctor Caribe es un magnífico cirujano del corazón y de los vasos. Pero, desgraciadamente en lo que respecta al caso de su amigo, el León, están en desacuerdo, y quizá la autorizada opinión del Doctor Caimán decida el empate. ¡Qué gran médico el Doctor Caimán!

Con el corazón atribulado, Tío Tigre quedó vacilante, en tanto que contemplaba el círculo de los doctores y sus asistentes, y oía el quejido entrecortado del León, ahora en descenso, como si su autor se debilitase. De pronto se resolvió, y salió a escape. Ya casi terminaba el día; varias horas habían transcurrido desde que, en plena tarde iluminada, regresó del campo trayendo a su compañero el León con las espinas en el Codillo. Mientras encontraba al Doctor Caimán y obtenía que viniese, cerró la noche por completo. Las estrellas apuntaban cuando entraba de nuevo, en compañía del ilustre galeno, al Hospital.

Al igual que sus anteriores colegas, el Doctor Caimán empezó por calarse las gafas, lavarse las manos, vestir la bata y ponerse los guantes de goma.

--Con el permiso, mis honorables colegas, y ustedes, señoritas enfermeras, y ustedes, bachilleres estudiantes… Antes que nada, vamos a hacer un examen cuidadoso del paciente.

Facultativos y ayudantes se hicieron a un lado, con respeto. ¡Qué gran médico el Doctor Caimán! Pudo entonces ver Tío Tigre cómo su amigo el León se hallaba espantosamente pálido, y como la herida en el codillo se le había ensanchado en una magnitud extraordinaria.

--Veo, con natural perplejidad, que a pesar de encontrarse presentes tan sabios colegas no se han procedido con toda la energía que hubiera sido menester –siguió diciendo el Doctor Caimán-. Por ejemplo, esta incisión aquí se ha debido practicar

mucho más abierta y mucho más profunda. Esta sutura de este lado ha debido llegar hasta el epigastrio. El problema secundario de sacarle las espinas…

--No me saquen ninguna espina –gritó, de repente, el León.

Todos se volvieron a mirarle, estupefactos. A pesar de que ello le costaba visible trabajo, el pobre animal se sentó en la mesa de operaciones y se arrancaba la bata con que lo habían vestido. Sus ojos llameaban; espumeaba su boca.

--No me saquen ninguna espina. Yo me voy de aquí.

Saltó al suelo, sin que nadie osase detenerlo; se puso sus pantalones, su camisa y su gorro y sosteniéndose con una mano un pedazo de trapo contra la herida, a fin de que no sangrase tanto, salió de la sala.

El Doctor Gavilucho, iracundo, se lanzó sobre Tío Tigre:

--¡Esta es una afrenta! ¡Esta es una insoportable afrenta que se le hace a la más alta representación de la ciencia nacional! –bramó-. Nos encontramos aquí reunidos los médicos de mayor fama: el honorable Doctor Caimán, cuyas doctrinas se citan en los textos franceses, el Doctor Capuchino, especialista en endocrinología; el Doctor…

--Yo también me voy –lo atajo Tío Tigre.

Se puso su sombrero y salió del Hospital.

La impresión de las anteriores escenas no se borró nunca del recuerdo de Tío Tigre. Bajo el cuidado maternal de la Marimonda, que le hizo unos lavados con agua boricada y le sacó las espinas con una aguja, y el amoroso consuelo de la Onza, que le llevaba ramos de flores, las heridas del León cicatrizaron en poco tiempo; no así las hondas huellas morales que aquella tarde terrible causó sobre el espíritu de su amigo. Tío Tigre hizo el firme propósito de no poner jamás los pies, por ningún concepto, de puertas adentro en hospital, clínica, puesto de socorro, dispensario, consultorio, estación

de emergencia o cosa que se le pareciese, y de evitar todo trato con animales que acostumbrasen a vestir batas y a lavarse las manos con alcohol.

Pasaron varios meses. El influyente personaje continuaba con su empeño de ponerse algún día en Tío Conejo para vengarse de sus jugarretas pero el astuto eludía con sus mañas sus encuentros, y escapaba, dando demostración de su sutil inteligencia, de las celadas que le armaba. Cierta vez el Profesor Mochuelo tuvo una ocurrencia muy ingeniosa.

--Hágase el enfermo, mi generoso jefe –le aconsejó-. Hágase el enfermo, y simule que está moribundo. Entonces mándelo a llamar. Nada hay tan sagrado como la última voluntad de un agonizante: ningún animal se atrevería a desobedecerla; y nada hay tan grato como presenciar el fin de un enemigo. Tío Conejo no dejará de acudir si usted lo llama en esas circunstancias, y entonces usted lo tendrá en sus manos.

--¡Ay, no! Seria de mal agüero –exclamó la Culebra Sobadora.

--Ni de embuste podremos admitir que nuestro querido Tío Tigre esté moribundo –protestó Ña Guacharaca.

Pero el Profesor Mochuelo les replicó:

--No hay agüeros que valgan cuando existe la oportunidad de apresar al que nos ha ofendido.

Hacía dolorosa memoria de los mameyazos padecidos en la Loma del Viento.

Después de pensarlo con detenimiento, Tío Tigre vino en aceptar la farsa y en poner en planta el proyecto del Mochuelo. A partir de entonces, los animales comenzaron a leer, con diversos comentarios, los boletines, cada día más alarmantes, en que se daba información del estado de salud el jefe.

--¡Qué desgracia! Si desaparece, la patria está perdida –manifestaba de un modo ruidoso el Doctor Rabipelado.

--¡Tan galante que era, tan obsequioso y deferente con las damas! –decía la Zorra-. A mí me regaló una vez una boquilla de ámbar con mis iniciales grabadas en oro, y cada vez que fumo me parece ver su adorada silueta en las espirales de humo de mi cigarrillo.

--Lástima que, de vez en cuando, le gustaba tomarse sus tragos –murmuró la Danta.

Consuetudinariamente, el Camaleón llevaba noticias acerca de los progresos de su enfermedad al círculo de los adversarios de Tío Tigre.

--Dicen que de esta noche no pasa –les aseguraba a cada nuevo día.

--¡No, que va! Yo creo que ni los poderosos ni los malos se mueren nunca –rezongó el Cachicamo-. Son inmortales, porque en este triste mundo, el mal es inmortal, y esta facultad la delega en sus agentes y en sus partidarios.

--Como quiera que sea, debemos estar preparados –opinó el Caballito del Diablo –porque si se muere habrá disturbios y conmociones populares, y nosotros, que somos los naturales dirigentes de la masa, estamos en la obligación de aprovecharlos y encauzarla hacia el logro de las reivindicaciones democráticas.

Cuando las gacetas oficiales confesaban tal gravedad que se sucedían las unas a las otras a cada media hora, y eran arrebatadas por las manos ansiosas del populacho; cuando, alrededor de la residencia de Tío Tigre, los inspectores del tráfico habían colocar letreros que decían:

¡ENFERMO!

NO TOQUE CORNETA

Cuando la inminencia de un acontecimiento de semejante entidad pesaba como un malestar físico sobre la población de los animales, el subteniente Basilisco fue, muy tieso, a la casa de la Zamurita.

--Me vengo a despedir de ti –le dijo –porque esta tarde, a la una, va a quedar acuartelado el ejército. No se lo cuentes a nadie porque es un secreto de Estado; pero parece que Tío Tigre está muy mal, y se teme que de un momento a otro, en caso de un desenlace fatal, haya que sofocar motines y algaradas públicas.

--¡Cielos Santos, Basilisco mío! ¿Me vas a dejar sola? Llévame contigo: yo te acompañaré a donde sea –imploró la Zamurita, arrojándose a sus brazos.

--¡Imposible! Estos trances se han hecho solamente para los varones –le replicó el Basilisco con un gesto espartano.

Entonces la Zamurita se arrancó una pluma, la besó repetida veces, se la alargó, con los ojos arrasados en lágrimas, en tanto que declamaba:

--Entonces toma: llévate una pluma de mi cabellera. Tenla siempre sobre tu corazón. Esta pluma simbolizará mi amor: te escudará en los momentos de peligro y apartará de ti las balas que vayan dirigidas a tu corazón.

Y, apenas se alejó el militar con su preciosa prenda, fue a comunicarles a todos sus amigos que Tío Tigre se hallaba tan grave que las tropas iban a ser acuarteladas.

El Doctor Rabipelado se presentó en la casa de Tío Conejo. Reposadamente tomó asiento en un sofá. No quiso dejar el bastón ni la chistera, sino que los conservó consigo, sosteniéndolos con aire protocolar encima de las rodillas. Su color blanco sucio y la negra levita en que estaba embutido le hacían imagen viva de la hipocondría. Tosió varias veces antes de comenzar.

--Mi señor Tío Conejo –dijo por último-. Vengo a un asunto de la más extraordinaria gravedad. Quiero cumplir los últimos deseos de un amigo a quien quiero entrañablemente, y cuya desaparición será una pérdida irreparable para la sociedad –sacó el pañuelo y se enjuago una lágrima –y al mismo tiempo realizar una obra de bien que se abonará a mi favor, en medio de mis numerosas faltas y múltiples pecados, el día en que comparezca mi alma ante el supremo tribunal. Reconciliar a los enemigos debería estar entre las obras de misericordia. Traer de nuevo a la buena armonía y a la paz espiritual a dos hombres de bien que son respetados y estimados unánimemente, y a quienes un incidente sin importancia ha podido apartar, pero que, como yo sé que sucede con ustedes, en el fondo de su aparente antagonismo se respetan y estiman también recíprocamente: eso es una noble acción que me será tenida en cuenta entre mis escasos merecimientos. Por ello he aceptado tan delicada comisión; comisión delicadísima, para cumplir la cual me siento con escasas fuerzas, como no fueran las de mi voluntad y de mi entusiasmo, y para haberme hecho cargo de la cual todavía me creo indigno, si he de hacer revisión de mis humildes dotes y condiciones personales.

A todo esto hallábase Tío Conejo escuchándole con suma atención, y sin despegar los labios. El Doctor Rabipelado lo observó de reojo, en tanto que se preguntaba cuál había sido la influencia de su poder persuasivo; tosió de nuevo, y continuó:

--Tío Conejo… usted sabe, nuestro eximio jefe, nuestro muy amado jefe, el gran Tío Tigre, el más notable y más ilustre entro los animales todos, está sumamente enfermo, postrado en el lecho del dolor, ¿qué digo?, está a las puertas del sepulcro… ¡Sí! Como usted lo oye, mi querido Tío Conejo: ¡a las puertas del sepulcro! Mas allí, en medio de si agonía, aún ha tenido el juicioso pensamiento de reconciliarse con usted.

¡Sublime gesto! ¡Celestial inspiración, que revela el calibre de su alma y es como el magnífico coronamiento de una existencia ejemplar en todo sentido! Medite el significado de tal propósito: usted es el único ser en el mundo con quien nuestro magnánimo jefe tiene una pequeña querella: usted es el único animal que quedaría con algún motivo, aunque sin razón, de resentimiento para con él. ‹‹Se murió siendo mi enemigo››, diría usted. Y así, nuestro piadoso jefe, al hacer examen de conciencia y balance de su brillante tránsito por este valle de lágrimas, se ha recomendado a sí mismo: ‹‹Que no deje yo detrás de mí ni la más fútil queja. Que ningún animal alegue que no le tendí siempre mi mano generosa y franca. ¡Tráiganme a Tío Conejo! Quiero reconciliarme con él. Vayan a la casa de Tío Conejo, y díganle que lo mando a llamar yo, que estoy agonizando, y que deseo darle la mano y reconciliarme con él en el umbral de la tumba…›› -El Doctor Rabipelado sollozó-. Sí, en el… en el… en el umbral… de la tumba –repitió, entrecortadamente-. Esta… ésta… ésta… ésta es… la sagrada misión… en que he venido. No… no… no… no creo… no creo que usted… se muestre insensible… a la voz de una animal que se encuentra… en el um.. en el umbral de la tumba…

Y no teniendo tiempo esta vez de sacar el pañuelo, se enjugó una segunda lágrima con el faldón de la levita.

Tío Conejo reflexionó un buen rato.

--¿Dice usted que se está muriendo? –puntualizó.

--Sí, señor: ago… ago… agonizando.

--¿Y qué médico lo ve?

--El Doctor Capu… El Doctor Capu… El Doctor Capuchino.

--Está bien: dígale que dentro de media hora estoy allá.

El Doctor Rabipelado corrió a llevar la noticia. Gran esfuerzo le costó a Tío Tigre reprimir un salto de contento en la cama donde lo obligaban a permanecer, con una camisola azul bordada en fresa que le había regalado Doña Pava del Monte.

--Ahora sí que es mío –se repetí-. Ahora sí que me va a pagar las verdes y las maduras.

A la medio hora tocaron la puerta.

--¿Está todo preparado? –susurró Tío Tigre.

--Todo preparado –contestó el Profesor Mochuelo, con seguridad.

La Tigana había ido a abrir. Los corazones latían con violencia.

--Allí está Tío Conejo –anunció la Tigana, de regreso-. Viene con el Doctor Caimán, y con el Doctor Gavilucho, y con el Doctor Caribe, y con el Doctor Temblador, y el bachiller Murciélago, y el Bachiller Carrao, y con la señora Comadreja, y con la Araña Peluda, y la Sanguijuela, y la Mosca Brava, y la Garrapata, la Culebrita Coral y la Tarántula. Dice que para demostrarle su buena disposición para con usted, en vista de que usted está tan enfermo, le ha traído a todos los médicos y enfermeras de fama que ha logrado reunir, a ver si lo curan.

--No –gritó Tío Tigre-. Respóndale que no estoy nada enfermo. Que se vaya con toda esa gente. Que se vaya, y no vuelva más.

Y para demostrar su vitalidad y su salud, se tiró en seguida al suelo, se quitó la camisola azul y principió a ponerse un uniforme.

La Tigana, asombrada, fue a cumplir sus órdenes.

LA CUCARACHITA MARTÍNEZ

Y RATÓN PÉREZ

Estaba la Cucarachita Martínez barriendo el sótano de la cueva bajo la mirada vigilante y ceñuda de Misia Rata, cuando se encontró un mediecito. En el primer instante palideció: quedó inmóvil, fría de emoción las dos manos temblorosas apoyadas en el palo de la escoba y el corazoncito disparado en loco vértigo. ¡Ay de ella si hubiese perdido la serenidad!

--¿Qué te pasa? –le interrogó al momento Misia Rata.

Pero la Cucarachita Martínez estaba acostumbrada a reaccionar con viveza.

--Nada –dijo-. Me quedé pensando sí le habíamos puesto orégano al asado. Yo creo que se nos olvidó el orégano. Todavía habrá tiempo de ponérselo.

--Ya lo creo que le puse orégano –replicó, iracunda, la Rata-. ¿Qué te estás creyendo? El asado quién lo está haciendo soy yo. ¿Te imaginas que soy como tú, una zangarilleja sin fundamento, a la que todo se le olvida? Se me figura que debes estar enamorada. Estas muchachas de ahora no viven sino pensando en la vespertina, y en el paseo en automóvil, y en emperifollarse todo el santo día para ir diz que a oír una conferencia en el Pedagógico. ¡Dígame eso! ¿Desde cuándo las mujeres servirán para conferencias? La mujer, metida en su cocina, y al llegar la noche, a rezar el rosario para acostarse. ¡Cuándo las mujeres de mi tiempo! Yo, a tu edad, a estas horas ya tenía toda la casa como una tacita de plata. Y todavía, con los años que tengo, te apuesto a que no se me ha olvidado ponerle orégano al asado.

Se reposó, tomó un sorbo de carato de guanábana con leche que tenía en un vaso al alcance de la mano, y al cabo de un rato agregó:

--Sin embargo, por lo que pueda suceder, voy a ver si le puse orégano al asado.

Un minuto después regresaba triunfante de la cocina.

--¿No te lo decía yo? ¡Ya lo creo que le puse orégano! Su orégano, su perejil, su adobo y todo lo demás. A mí no se me olvida nada, ¿lo has oído bien, niña? ¡Nada!

Sumamente majestuosa, se tomó el resto del refresco.

Pero en el breve intervalo de su ausencia, la Cucarachita Martínez, rápida como una lanzadera de telar, había recogido el mediecito del suelo y lo guardó en el bolsillo del delantal.

Era un mediecito, auténticamente: todo un señor mediecito. Estaba bastante liso: el rostro del Libertador se adivinaba más por el amor y la devoción de quienes lo contemplaban, que porque apareciese en realidad en rasgos visibles sobre la superficie. Pero, de todos modos, era un mediecito.

--Una verdadera pieza de valor monetario, de ley de 835, diámetro de 16 milímetros y peso de 1,25 gramos –sentenció el Sietecueros-. La moneda tiene un valor real y un valor simbólico: el valor real representa el metal precioso que contiene, que en el caso concreto es la plata de una aleación con cobre de 8,35 por 1,65. La plata es el argentum de los latinos, y el símbolo que se le distingue es Ag. El valor simbólico expresa su poder adquisitivo, que varía según las fluctuaciones del mercado y el costo de la vida; y, asimismo, la cantidad de valor del trabajo que se condensa en la moneda. La moneda fue inventada por los fenicios, y, rápidamente popularizada, ha sido adoptada por todo el mundo como el medio circulatorio más eficaz para las transacciones comerciales.

Nunca hubiera terminado su disertación, de no ser por la Paloma, quien, abriendo con expresión inocente los hermosos ojos, interrogó de pronto:

--¿Por qué serán redondos los mediecitos?

--¡Jesús, niña: qué poco vuelo de inteligencia la tuya! –le replicó en el acto la Gallineta-. Los mediecitos, y todas las monedas, son redondas, porque si no, nó se podrían meter por los huecos de las alcancías.

La Gallineta era bachiller en filosofía y letras, todo cuanto pronunciaba rezumaba su profunda sabiduría.

--Yo creo más bien que las monedas son redondas para que corran con mayor velocidad –arguyó el paupérrimo Cucarachero-. ¿Quién puede alcanzar una moneda que corre? ¡Ah! Nunca he logrado atrapar una, ni siquiera de refilón, y si no fuera por este brillante mediecito que admiro ahora en manos de la Cucarachita Martínez, estaría por creer que las monedas son ficciones, inventadas por seres crueles para mortificar a los pobres de espíritu y a los limpios de corazón.

--¿Es verdad que la Cucarachita Martínez se encontró un mediecito? –preguntó el Cocuyo, apareciendo por la ventana.

--Sí, es muy cierto –contestó el Doctor Burro-. La versátil diosa Fortuna ha querido hacerle don de uno de sus alígeros favores, y ha nimbado su casta frente con el áureo resplandor de la riqueza.

El Doctor Burro sacudió las largas orejas, muy satisfecho se sacó del bolsillo interior de la levita una libreta con lapicero de oro, unidos ambos por una cadena también de oro; se acomodó los lentes y apuntó la frase que acababa de improvisar. Sería una lástima que se perdiera, e hizo el propósito de desarrollarla luego en un hermoso discurso que pronunciaría en la Academia.

--Sí, me encontré un mediecito. Aquí está –dijo la Cucarachita.

Sus palabras fueron más modestas que las del Doctor Burro, pero la demostración objetiva con que las acompañó, las hizo elocuentes. El Cocuyo encendió

alegremente su farolito japonés; se complacía, de todo corazón, de los buenos sucesos de sus semejantes; y fue a divulgar la noticia por todas las vegas del cañaveral.

--¿Cómo? ¿Esa pordiosera? –comentó la envidiosa Nigua-. No en vano dicen que la fortuna es ciega. ¡Ir a escoger a esa zarrapastrosa, a una gentuza tan sin ninguna significación, en lugar de favorecer a una persona digna de ello!

--Por ejemplo, tú –le replicó, en tono zumbón el Mosquito.

La Nigua se infló de ira blancuzca y amarillenta.

--No me he querido señalar precisamente yo –protestó-. Aunque, por más que me esté mal el decirlo, no veo ninguna razón para que me prive del derecho de ser recompensada por mis virtudes. Supongo que no te atreverás a regatear mis méritos. Soy una mujer honrada, trabajadora y seria; nadie me ve nunca con vestidos descotados en las fiestas ni en los lugares de perdición. Mi vida es una serie de sacrificios; de sufrimiento y de heroísmos. Lo que pasa es que hay gentes frívolas y corrompidas que no reparan en lo difícil que es la existencia para una pobre muchacha como yo, rodeada de tentaciones y peligros, y, sin embargo, sosteniendo siempre en alto el estandarte de la dignidad. ¿Lo oyes? Muy en alto. A donde no llegan tus ponzoñosas invectivas.

Se proponía decir muchas cosas más; pero la interrumpió el irascible Alacrán, quien, desde el piso de abajo, gritó:

--¡A callar! ¿Qué se están creyendo ustedes? ¿Qué están en la plaza del mercado? A callar, y dejen trabajar tranquilo a uno.

Desde hacía mucho tiempo, la Nigua acariciaba el propósito de conquistar el áspero corazón del Alacrán, por lo cual prefirió callarse para agradarle. El Alacrán pudo engolfarse de nuevo en sus colecciones de pedruscos, hojas marchitas e insectos atravesados con el alfiler, entre los cuales vivía, pues era naturalista.

--La Cucarachita Martínez se encontró un mediecito –le anunció el Cocuyo por el postigo.

--¿Y qué tiene eso de particular? –tronó el Alacrán-. Todavía si hubiese encontrado un espécimen ignorado de clamidosaurio…

--¿Un mediecito? –exclamaron al mismo tiempo, abriendo desmesuradamente los ojos, el Bachaco, el Zancudo, la Chinche, la Cotorra, la Pulga, el Chivo, el Gallo y el Canario de Tejado. El Chivo corrió a su casa a perfumarse la barba y peinarse su hermosa melena de bardo trasnochado. El Gallo fue a ponerse su flamante uniforme, con dormán rojo, galones de plata, brandeburgos de oro y una cascada de plumas blancas sobre el yelmo de acero. El Canario no tenía más que un par nuevo de zapatos de dos tonos y una linda corbata, pero, con ellos, quedó tan elegante como sus rivales.

--¿Y qué haré yo ahora con mi mediecito? –suspiraba la Cucarachita Martínez.

--Cómprese un automóvil –le aconsejó el Bachaco, exhibiendo innumerables catálogos de colores llamativos-. Fíjese usted: tengo todos los modelos: limusinas, sedanes, coches abiertos, convertibles, dos-para-cuatro, todo lo que usted quiera. ¿Qué le parece este soberbio cupé de 80 caballos de fuerza? Es la última palabra de la industria automotriz.

--Mis radios son la última expresión de la técnica norteamericana –le interrumpió el Zancudo. ¿No quiere que le mande uno de demostración? No le cuesta nada, lo tiene todo el tiempo que quiera, sin ninguna clase de compromisos, y después lo devuelve si no es de su agrado. Este tipo de gabinete cerrado es lo mejor que se ha producida en el ramo. Tiene cerebro metálico, antena ultraperceptiva, ojo anastigmático de seguridad interior, sistema de sincronización del Páncreas cíclico, control tubular digestivo, dial asimilable endo-estratosférico. Este radio tiene la sensibilidad, la emotividad, la

inteligencia de cualquier animal. Es un genio de expresión oratoria, con la finura de matices de un artista de gran ópera y la infinita sutileza de una dama archicivilizada.

La Cotorra lo interrumpió:

--Mi queridísima Cucarachita, ¿cómo estás? ¿Cómo te va? Dichosos los ojos que te ven. ¡Ay, niña! Pero si estás de lo más bien… ¿Cómo haces para lograr milagros de belleza? ¡Qué cutis, el tuyo; qué brazos, qué garganta, qué talle! La presumida Avispa debe de estar muerta de envidia desde que has desarrollado ese talle que tienes ahora. Muy dernier-cri, ¿lo sabes?, muy a la nouvelle saison. La moda actual tiende a estos talles mitad de sílfide y mitad de danceuse, que es lo que llaman el estilo tourbillon d´amour. –La Cotorra hablaba desbocadamente, emanando perfumes diversos y penetrantes, con una carterita de lentejuelas azules en una mano y en la otra una larguísima boquilla, en cuyo extremo humeaba un cigarrillo perfumado-. Precisamente –continuó –tengo algunas toilettes encantadoras que te harán mucho favor con ese talle cimbreante que tienes. ¿Por qué no te llegas un momentico hasta mi casa de modas? ¿Sabes?, tengo un establecimiento muy rafiné. Se llama el Desván Bleu. ¿Cuándo me haces una visita? Sería capaz hasta de regalarte mis vestidos, sólo por el gusto de vértelos puestos. Modelos de Antílope Pardo, modelos de Rengífero Ruso, modelos de Fox y Terrier, legítimos modelos de la Calandria y de la Alondra… Todo importado, nada vulgar, nada nacional. ¿Cuándo te vienes un rato chez moi, macherie? Ya verás, pasaremos unos minutos verdaderamente charmants.

--¿Tengo el honor de hablar con la Cucarachita Martínez? ¡Tanto gusto, señorita! Yo soy Pica-y-huye, repórte de El Animal Independiente. Ya lo sabe usted: nuestro primer diario informativo, con ediciones de retograbados todos los domingos. A los pies de usted, señorita. Venga para hacerle una entrevista. A ver, dígame usted: ¿cuáles han

sido sus primeras impresiones con la imprevista riqueza que ha caído en sus manos? ¿Cree usted que en la riqueza consiste la verdadera felicidad? ¿Cuáles son sus opiniones acerca de los presentes conflictos entre el capital y el trabajo? ¿Qué esperanzas tiene usted fincadas en los nuevos candidatos al Ayuntamiento proclamados por el Partido Animalista Nacional? ¿Prefiere usted a los caballeros con bigote rasurado, a los que usan gomina o a los intelectuales?

Y diciendo y haciendo, Pica-y-huye extrajo en seguida un lápiz y un cuaderno, y se dispuso a copiar lo que contestase la Cucarachita; mientras su compañero el Jején aprestaba la máquina de fotografía.

--Paf –sonó sorpresivamente el magnesio, e iluminó con su llamarada lívida los rostros tomados de un súbito susto de los circunstantes.

La Cucarachita Martínez había quedado pensativa. Los ojos abstraídos y los labios entreabiertos indicaban la concentración de sus ideas en el deseo de contestar las preguntas del periodista.

--Estoy todavía tan aturdida –empezó a murmurar.

Pero, para gran sorpresa suya, Pica-y-huye no aguardó más: púsose de pie, le dio la mano, murmurando precipitadamente:

--Muchas gracias, señorita, muchas gracias.

Y salió de la casa, seguido de cerca, como siempre, por el Jején.

Por otro lado, el Ciempiés entraba en ese momento con nuevos catálogos, planos, prospectos y folletos impresos.

--Coloque usted su dinero en inversiones sanas, seguras y permanentes. No se deje embaucar por los cantos de sirena de los que pretenden desplumarla. Nosotros de podemos fabricar una linda casita en nuestra urbanización La Santidad del Hogar. Todas

las casas que hacemos tienen porche, pantry, bar y living-room. Hacerse una casa en la Santidad del Hogar es garantizarse una vida de delicias…

--¿Cómo? ¿Se ha convertido usted en millonaria y no piensa en comprar una póliza de seguro de vida? –interrumpió el Tuqueque-. Tenemos seguros contra incendios, seguros contra inundaciones, seguros contra robos, seguros contra muerte, seguros contra accidentes, seguros contra enfermedad, seguros contra invalidez, vejez, fealdad y estupidez crónica. Le aseguramos, si usted quiere, una mano, un brazo, un riñón, la cabellera o los dientes orificados. Le aseguramos con la infidelidad de su marido, contra los efectos alcohólicos, contra la murmuración de sus vecinas o contra los malos pasos con el novio. Nuestro lema es: ‹‹seguros para todo y contra todo››, y nuestra especialidad son los seguros contra los agentes de seguros.

--Tengo perfumes, extractos, aguas de colonia, dentífricos, cremas frías, coloretes, polvos de gardenia y de rosa, lápices para las cejas y los labios –dijo la Chinche, mostrando su mercancía-. Tengo todo lo necesario para el maquillaje perfecto.

--Vendo corsés Junco del Río, sostenes Colinas del Paraíso, pantaloncitos Fascinación, trajes de baño Nereida, fondos Celaje de Primavera y dormilonas Voluptuosidad. Todas las marcas, todos los diseños, sedas, gasas, artículos exclusivos –anunció la Pulga.

La Cucarachita no encontraba qué contestar. Y todavía fue mayor su sorpresa cuando, al día siguiente, pudo leer en las columnas de El Animal Independiente la entrevista que le había hecho el Pica-y-huye.

‹‹Nosotros –decía –le preguntamos:

--¿Cree usted que en la riqueza estriba la esencia de la felicidad?

Colocando la manita primorosa sobre la aterciopelada mejilla, en una actitud de profundo recogimiento interior, nuestra gentil interviuvada nos contestó así, con un suspiro:

--¿La riqueza? ¿Qué importancia puede tener una riqueza para una mujer joven como yo? ¡La juventud, la belleza, el amor, la virtud, la piedad! He ahí las bases de ese fermento químico, como pudiéramos llamar a la vida. En cuanto a la riqueza, no es más que el ácido que se vierte sobre ella, modificándola, alterándola superficialmente, arrancando irisaciones insospechadas y tonalidades opalescentes donde no existía antes sino el cuerpo amorfo. La riqueza es algo así como el rayo de luz y de emoción que despierta los colores dormidos en la penumbra, el toque mágico a las regiones etéreas desde donde se dominan los panoramas radiantes de la existencia…››

Este reportaje valió a Pica-y-huye un aumento de sueldo en el periódico. En lo que toca a la sensación que produjo, baste decir que uno de los lectores, el Gato, al llegar a esta altura del artículo, exclamó en voz alta:

--¡Caramba! Esto está magnífico. ¡Qué muchacha inteligente! ¡Y tan bonita! –agregó, al ver el retrato-. Es inteligente, bonita, graciosa, riquísima. ¡Santo Dios!

Apartó el periódico, y alzando la voz, llamó a su ayuda de cámara el Piojo:

--Piojo: mi flux nuevo de gabardina gris, mi corbata vino tinto, mi camisa color crema, mis zapatos corte-bajos de gamuza blanca, mi bastón de caña de India y mi pitilleta de malaquita azul. Quiero estar particularmente bien vestido hoy, porque intento hacer una visita.

El Gato es un aristócrata de vieja cepa, descendiente de unos antiguos marqueses, pero a nadie se le escapa que está arruinado, y anda en busca de una buena dote.

La Arañita de la Playa fue a la casa de su prima la Araña Tetracauta, y allí encontró a sus otras primas, al Araña Común, la Araña Peluda y la Tarántula.

--¿Ya sabrán ustedes la noticia?

--Te refieres sin duda a la nueva rica –contestó la Tarantula.

--Nueva rica, ésa es la palabra –declaró desdeñosamente la Araña Común-. Me chocas esas ostentaciones de periódico, y todo lo demás. Ello no revela más que baja alcurnia y deplorable vilgaridad.

--Pero, m´hijita, ¿y quiénes son las Martínez? ¡Figúrate! ¡Unas nadie! –recordó la Arañita de la Playa.

--Lo que es en mi casa no entra la tal Cucarachita Martínez, por más dinero que haya adquirido de pronto, y de manera muy poco decorosa, por cierto –anunció la Araña Peluda.

--¡No faltaba más! ¿Nosotros codearnos con esa plebe? –exclamó la Tarántula.

Y la Araña Tetracanta, la más pomposa de todas, respetada en la familia por su rodaje imperial color de sangre, así como por la media luna que luce en el abdomen, resumió lo dicho:

--Entonces estamos todas de acuerdo, queridas primas. Nosotras no olvidamos que Araña es un apellido ilustre, y que nuestra amistad no puede estar al alcance del primer advenedizo.

Con esta consigna regresó la Arañita de la Playa a su hogar; pero la firmeza de su resolución sufrió un grave quebranto al día siguiente, cuando supo que el príncipe Pavo Real, tan de buen linaje, por lo menos, como ellas, había invitado a la Cucarachita Martínez el gran baile de carnaval que daba todos los años. Sin pensarlo más, la Arañita fue inmediatamente a hacerle una visita a la recién millonaria; y ¿cuál no sería su

sorpresa al encontrar allí arrellanadas en sendas butacas, a sus primas la Araña Común, la Araña Peluda, la Tarántula y la Tetracauta?

--¡Cuánto nos ha alegrado tu inesperada suerte, querida! –decía la Araña Peluda-. Tú sabes que tus éxitos son también nuestros.

--Así es –apoyó la Tetracauta-. No sé si recuerdas que tu familia y la nuestra están emparentadas. El cuñado de un primo de la sobrina de tu tatarabuela Martínez estuvo a punto de casarse con la nuera de un tío del hermano de nuestra tatarabuela la Araña Galeoda. No nos podrás negar, por lo tanto, el derecho y el placer de llamarte prima.

La Cucarachita Martínez gozaba de todas las dulzuras de su reciente prosperidad; pero, al mismo tiempo, de todos sus inconvenientes.

--¿Y qué haré yo ahora con mi mediecito? -se repetía, y su interrogación iba adquiriendo un tono siempre mayor de ansiedad y de tristeza.

--Viajar –le contestó la Golondrina -¡Oh! ¿Puede hallarse un empleo más sabio y bello de la riqueza? Recorrer el vasto mundo; hacer que paisajes, ciudades, muchedumbres desconocidas desfilen ante nuestro ojos, descorrer el secretó de lugares remotos y fascinadores; penetrar en el ministerio de las leyendas, de mitos; de tradiciones extrañas; que nuestra planta alegre y aventurera profane el silencio de comarcas espolvoreadas de historia; sentir cómo se diluye nuestra personalidad en el bullicio de religiones, de lenguas, de seres multicolores; no tener asiento en nada, no tener asidero en nada… ¡Oh! ¿Puede haber nada tan hermoso como viajar?

--La paz, la quietud de un sitio tranquilo y apartado –replicó el Puerco-. La verdadera felicidad consiste en el perfecto reposo. El tiempo se desliza de una manera insensible, y todo nos parece tan lejos, tan aparte, que se diría que la vida no corre para

nosotros, no nos alcanza con el hervidero de sus pasiones, convulsiones, problemas y heridas sangrantes. Un lugar plácido donde envolverse en la ventura de la paz interior… Eso es lo que debe buscar.

--La vida es acción, y sólo tiene sentido cuando se traduce en acción –replicó la Abeja-. ¿Qué valor puede haber adquirido tu existencia si te encuentras con que no has hecho nada? Te parecía espantosamente vacía. Obsérvame a mí: sin descanso estoy entregada a una infatigable actividad, porque sino obedeciese a este impulso natural, que es común en todos los seres vivientes, si no me dejase arrastrar por este afán de movimiento y creación, lo mismo que cuando se toca la mano helada de un animal muerto retrocedería horrorizada al palpar la desesperada inanidad de la vida.

--Acción, sí –arguyó la Hormiga-. Pero acción dirigida, acción orientada, no acción a tontas y a locas. ¿Qué importancia tendrá su actividad si carece de un objetivo? Sería como un pobre animal descabezado, a quien alguno de los perversos hijos de los hombres lanzó al polvo del camino. Con las seis patas hace movimientos desordenados, pero no acierta a adelantar en ninguna dirección, porque ni ve ni sabe a dónde va. Un fin, una meta, es la clave de la vida. El fin de la riqueza es crear mayor riqueza. Actúa, mi querida Cucarachita; pero procura que al actuar, tu actividad se traduzca en la multiplicación de tu riqueza. El ahorro es el más alto ideal que debe inspirar a un animal.

--El ahorro es la mayor de las insensateces –protestó la Cigarra-. El ahorro es un tirano a quien erigimos en nuestro propio amo, y voluntariamente nos sometemos a su odioso yugo. ¿Quién sería tan loco que con plena deliberación adoptase la esclavitud? ¿Qué se gana con ahorrar? La vida es corta: pronto nuestros brazos serán débiles, nuestra vida escasa, y después uno se tiene que morir. Aprovecha, Cucarachita Martínez, tu

juventud, ti hermosura y tus riquezas mientras te duren y no des oídos a lúgubres reflexiones.

--Toma estado, cásate, Cucarachita Martínez –aconsejó la Gallina-. No hay placer más grande que el de sentir una familia en torno suyo, y arropar los hijos bajo el ala, alborozarse cuando pronuncian las primeras palabras y ver cómo lentamente se desarrollan a nuestro amparo.

--Sí, y los hijos se enferman, lloran, gritan, alborotan, y si alguno (¡no lo quiera Dios!), se te llega a morir, ya tienes que vivir desconsolada el resto de tus días –comentó el Pico de Plata-. Y aunque no se te enfermen ni mueran, ¿qué?, el día menos pensado se casa y se van de tu hogar, dejándote abandonada, después de tantos sacrificios que has hecho por ellos… No, Cucarachita, no seas idiota: no te cases nunca. Permanece soltera, y goza de tu libertad, de los campos verdes y de los cielos azules.

Y emprendió el vuelo.

--¿Qué haré yo con mi mediecito? –murmuraba, ya casi con lágrimas, la Cucarachita.

--¡Buena que la hemos puesto! ¡Ahora la muchacha sonsa se va a poner a lloriquear! –rezongó Misia Rata, malhumorada- ¡Eso nada más nos faltaba! ¿No digo yo? Entienda que estas niñas de ahora sí son desabridas. Se encuentra la mocita convertida de la noche a la mañana en millonaria, ¿y qué cree usted que inventa? ¿Sale a pasear en automóvil? ¿Se compra un vestido bien bonito, y unos lacitos azules para la cabeza, y se sienta en la ventana a flechar corazones? ¡No, señor! ¡Nada de eso! Se pone hacer pucheros, porque diz que no encuentra nada que hacer con su mediecito…

Se abanicó, sofocada.

--¡Habráse visto! –añadió.

Estaba en el grado máximo de indignación.

--¿U… u… u… unos… la… la… lacitos azules? –gimoteó la Cucarachita, mirándola a través de las lágrimas.

Misia Rata se enterneció:

--Si, muchacha. No seas tonta –dijo sentándose a su lado y principió a acariciarla-. No te preocupes por lo que haya dicho esa gente. ¿Qué te dijeron esos sinvergüenzas? Toditos ellos son unos malvados, que lo que quieren es mortificarte. Cómprate unos bonitos lazos azules, te los pones en la cabeza, te sientas a la ventana, y verás tu lo que es gozar…

El rostro de la Cucarachita Martínez se había iluminado, en tanto que las lágrimas temblaban todavía en sus largas pestañas.

--Unos lacitos azules… -murmuró, como hablando consigo misma-. Si compro dulces, me los como y se me acaban. Si compro perfumes, me los hecho y se me acaban. Si compro joyas, se me pierden y se me acaban: y, además me traería mala suerte. Sí: voy a comprarme unos lacitos azules.

Y así fue como la Cucarachita Martínez se compró sus lacitos azules. Se peinó, se empolvó, se pintó las mejillas y los labios, se puso su vestido nuevo, se arregló con graciosa coquetería los lazos azules en los rizos negros y se sentó a la ventana. Estaba muy linda.

Los galanes comenzaron a rondar.

--Cásate conmigo –le dijo el Toro.

--¿Y qué me ofreces tú? – le preguntó la Cucarachita.

--Te ofrezco el poder. Cásate conmigo, y el mundo entero estará a tus pies. Dirás una sola palabra, y todos temblarán, y se precipitarán a complacerte. ¿Qué digo una

palabra? Ni aún será menester que formules tu deseo. Un antojo tuyo, un ligero capricho que exhales en el viento, será como una acampanada que agitará a los perezosos, despertarán a los dormidos y hasta resucitará a los muertos. El giro más voluble y encendido de tu pensamiento regresará a ti, antes que lo hayas expresado, convertido en espléndidas verdaderas y realizaciones insoñadas. Los animales le temerán y obedecerán solícitamente. La vida será un sendero de presentes y ofrendas a tu paso, y el universo se arrodillará ante ti, reverenciando a la escogida por el poderoso Toro.

--¡Ay, Toro, me das miedo! –contestó la Cucarachita.

--La vida será un sendero de presentes y de ofrendas para ti, pero de presentes dulcísimos y de ofrendas delicadas –dijo el Canario de Tejado-. Yo te ofrezco la poesía. Orquestas invisibles modularán hermosos melodías, las auras impalpables traerán músicas imprevistas, una lluvia de estrofas y de pétalos caerán sobre tu frente, un surtidor de madrigales y de endechas brotará blandamente, quejándose, bajo tus pies.

--¡Ay, Canario, me empalagas! –repuso la Cucarachita.

--Aquí está mi espada victoriosa. Viene de mil combates formidables. Caía como una tempestad sobre ejércitos sin número, los que se desbandaban, empavorecidos, ante su resplandor. Entró a saco, a sangre y fuego, en ciudades populosas, capitales de vastos imperios, aniquilando los últimos baluartes de desesperadas resistencias, y está aún palpitante de la sangre de mis víctimas. ¡Tómala! ¡Tuya es! A tus pies la deposito con mi homenaje. Ven, serás, la esposa del victorioso Gallo. Yo te ofrezco la gloria –dijo el Gallo.

Hay que confesar que estaba soberbio con su dormán rojo de brandeburgos de oro y la cascada de plumas sobre el yelmo; pero la Cucarachita le respondió:

--¡Ay, Gallo, me das grima!

--Yo te ofrezco los honores: dígnate participar de ellos –expuso el Doctor Burro-. Unidos escalaremos las augustas excelsitudes desde donde se divisan apenas los espumeantes afanes del montón ignoto. No nos salpicarán las miserias, ni su estulticia. Sagrados cortinones servirán de majestuoso dosel a nuestra vida, y, unidos, nos sentaremos tú y yo en el trono de la inmortalidad.

--¡Ay, Burro, qué fastidioso debe ser!

--Yo te ofrezco amor; yo soy todo amor, únicamente amor –manifestó el Chivo-. Ven: dame tu mano. Enlázate conmigo. Iremos amarnos insaciablemente en todos los parajes en que el amor puede florecer. Nos amaremos en la umbría de los bosques, en el terciopelo de los prados, sobre la arena de oro de las playas, al borde de las colinas redondeadas por las que bate la brisa cargada de efluvios de canela y malabar. Mi amor es ardiente e infinito, como un beso en el que se hubiese refundido la eternidad.

--¡Ay, Chivo, no te creo!

El Gato le ofreció la aristocracia de su alcurnia; el Perro la lealtad de su devoción; el Escarabajo las perfecciones de su industria; el Turpial las armonías de su arte; el Ganso le prometió una vida apacible y burguesa; el Caballo una existencia deportes y agitación; el Ciempiés quiso convencerla de que uniesen sus riquezas, y así, casados ambos, llegasen a ser los animales más ricos del mundo; el Cucarachero, su proeza, y con ella pan y cebolla.

--¡Ay, no, no! No me decido –decía la Cucarachita.

Estaba otra vez a punto de llorar.

Ratón Pérez no prometía nada. Hallábase quieto y callado, mirando a la Cucarachita sin mover ni la punta del rabo, y sus dulces ojos negros transparentaban una resignada melancolía.

--¿Y tú, Ratón Pérez, no me ofreces nada?

--Nada, Cucarachita Martínez –respondió con un suspiro-. ¿Qué podría ofrecerte? Hubiera sido para mí un sueño maravilloso casarme contigo, y estar todos los días, todas la horas, todos los instantes, contemplándote en silencio como ahora. ¡Eres tan bella, Cucarachita Martínez! Habría sido un sueño de encantamiento sentir, toda la vida, cómo tu vida se enroscaba en torno de mi vida, igual que un rosal; y escuchar, una tarde y otra tarde, una mañana y otra mañana, cuando asomasen las nubes rosadas, o cuando titilasen las estrellas, o cuando centelleara el sol sobre la tierra amodorrada, tus carcajadas cantarinas que estallaban, tus gritos alegres y tus gestos de colegiala. Entonces hubiera podido inclinarme sobre tus párpados, cuidando, con religiosa ternura, de que el sueño te los cerrase poco a poco; y por la mañana, al momento en que te despertabas, permanecer todavía en acecho para descubrir, con un azorado júbilo de mi corazón, mi propia imagen que se había quedado impresa en tus retinas…

Hizo una corta pausa y añadió, más tristemente:

--Habría sido un sueño inefable, pero… ¿A qué hablar de estas cosas? Te he visto despreciar al Toro, que te prometía el poder, y al Canario, con su poesía, y el Gallo, y al Burro, y al Chivo. ¿Con qué ánimo me atrevería a hablarte?

El corazoncito de la Cucarachita Martínez latía con premura.

--Ratón Pérez: me voy a casar contigo –anunció de pronto.

De este modo se hicieron prometidos la Cucarachita Martínez y el Ratón Pérez.

Inmediatamente comenzaron los preparativos para las bodas. Era necesario hacer una fiesta suntuosa a la altura de los acontecimientos. Misia Rata estaba de lo más atareada. Con febril actividad púsose a limpiar la casa, a lavar los pisos y a pulir los muebles, y a colocar alfombras y adornos por todas partes. Hizo, además, una enorme

torta, con diecisiete velas rosadas que la Cucarachita tendría que apagar de un solo soplo.

--Eso te traerá buena suerte –le aseguraba-. Tu esposo te será fiel.

La Gallina trajo de regalo dulce de lechosa. La Cotorra mandó unos pastelitos bastantes insípidos, pero ella aseguraba que eran gateaux. La Hormiga contribuyó con una jarra de chicha, que le costó poco, pero estaba muy sabrosa. La Cigarra, en cambió, echó la casa por la ventana: envió una cesta de botellas de champaña, que compró fiado en la licorería, y después quedó hipotecada por seis meses para poder pagarla. Y hasta la Gallineta y las cuatro Arañas contribuyeron con sus obsequios: unos exquisitos bienmesabes, la primera, y un azafate de merengues y suspiros las Arañas.

¡Esto nos faltaba! –rezongaba Misia Rata, secándose el sudor-. ¡A mis años tener que afanarme tanto por esta niña malcriada, que después no me lo va a agradecer!

A pesar de las lamentaciones, trabajó en tal forma que dejó la casa como un espejo. La noche de la fiesta los corredores y las galerías deslumbraban a los convidados, con sus lindas guirnaldas flotantes de columna a columna, entre la cuales el Cocuyo había multiplicado sus lucecitas de color. La noche estaba cálida y serena; el cielo, lleno de estrellas. De vez en cuando golpes de brisa mezclaban los perfumes de los jardines próximos y los aromas de los bosques lejanos, confundiéndolos. La Cucarachita Martínez y Ratón Pérez estaban acodados sobre el alféizar de la ventana.

--¿Me quieres?

--Sí, te quiero mucho.

--¿Me vas a querer por siempre?

--Eternamente.

--¿No vas a querer nunca a ninguna otra?

--No tengo ojos más que para mirarte a ti.

--¿Cómo cuánto me quieres?

--Muchísimo.

--¿Cómo de aquí a esas estrellas?

--Sí, como de aquí a esas estrellas.

Las estrellas en el cielo contenían el aliento, escuchándolos. Varios viejos animales, muy sabios y muy honorables, que estaban reunidos estudiando las leyes que rigen las estrellas, quedaron callados, pues les parecía que la brisa les había traído un retazo de la conversación. Así como un pordiosero que, al descubrir, en la noche, música y luz una la quinta, se acerca hasta la verja de hierro, permanece un rato contemplando con ojos tristes la fiesta, y luego se aleja poco a poco: del mismo modo la brisa se detenía de repente escondida en el hueco de la copa de un árbol; recogía temblorosamente sus palabras y después continuaba más despacio, saboreándolas con una vaga melancolía.

Dos ejércitos de animales que en ese momento se disponían a librar una gran batalla, se quedaron indecisos, atentos a la plática lejana; y más tarde, cuando entraron a combatir, lo hicieron a desgana, y sentían más hondamente que nunca el temor de perder la vida. La Tierra misma suspendió un instante sus movimientos de rotación en torno de su eje y de traslación de torno al Sol. Y hasta el Sol, y con él todo el sistema planetario, se detuvo, absorto, en su marcha vertiginosa hacia la remota Alfa de Hércules.

Porque desde que el Mundo da vueltas alrededor de sí mismo y alrededor del Sol, y el Sol y el sistema solar se deslizan por los espacios infinitos hacia el Alfa de Hércules, nunca, ni los sabios cuando resuelven los problemas, ni los generales cuando

dan sus órdenes al iniciarse una batalla, han pronunciado palabras tan importantes como aquéllas que decía la Cucarachita Martínez y el Ratón Pérez.

A sus espaldas, las parejas enlazadas se dejaban arrebatar por la música que tocaba el Arrendajo con su arpa, el Cucarachero con su guitarra, el Sapo Compadrón con las maracas.

--¡Mala señal! Matrimonio bailado es matrimonio desgraciado –anunció con silbante voz la Nigua.

Llegó la hora de la cena, y el chocolate fue puesto a hervir en una enorme olla. Misia Rata lo batía vigorosamente con el molinillo.

--¡Qué rico está! –murmuraba Ratón Pérez, inclinándose al borde del envase, mientras su naricita olfateaba con delicia el espeso aroma que emanaba del líquido apetitoso y humeante.

Ten cuidado –observó. No te acerques tanto a la orilla. Te puedes caer.

--¡Ah, qué rico está! –insistía Ratón Pérez, extasiado.

--¡Cuidado! –gritó de pronto la Cucarachita.

--¡Cuidado! –repitieron a coro todos los animales próximos volviendo a la cara al oír la exclamación.

Era demasiado tarde. Ratón Pérez se había inclinado con exceso sobre el recipiente. Quizás los pesados vapores lo marearon al envolverlo. Púsose pálido de repente; vaciló; quiso agarrarse del borde de la olla, que estaba tan caliente que le quemó; tambaleóse, y se desplomó dentro. Su esbelto cuerpo, vestido con levita gris que se había mandado hacer para sus bodas, flotó por un segundo sobre la hirviente masa, y luego desapareció en sus profundidades.

--¡Cuidado! –habían proferido por segunda vez todos cuantos presenciaron la escena. Precipitáronse al borde de la olla, pero ya no se percibía rastro de Ratón Pérez.

--¡Ay! –sollozó la Cucarachita Martínez, y se desmayó.

Mientras el Comején y la Gallineta se ocupaban de ella, haciéndole aspirar de un frasco de sales, Misia Rata intentó en vano diversos expedientes para salvar al pobre infeliz. Quiso sacar su cuerpo con la espumadera, retiró sin tardanza la olla del fuego, se le ocurrió rociarla con agua a fin de que se enfriase con mayor rapidez. Era inútil: antes de que el denso líquido hubiese regresado a una temperatura razonable, ya el pobre Ratón habría tenido tiempo de morir mil veces de mil espantosas agonías.

--Parece el monstruoso cráter de un volcán lleno de lava en estado ígneo –comentó el Doctor Burro, contemplando filosóficamente la olla.

--No hay salvación. Ha muerto sin remedio –opinó el Perro.

--¡Pobrecito! ¡Tan simpático como era! –exclamó la Paloma.

--Eso le pasa por glotón – sentenció al Alacrán.

--¡Qué imprudencia! Acercarse tanto a la olla… -dijo la Araña Tetracauta.

--Lo envidio –suspiró el pobre Cucarachero-. Ha muerto con la boca, el estómago y hasta los pulmones llenos de un líquido caliente, oloroso y nutritivo. Ha fallecido de hartura, muerte la más envidiable y gloriosa; y allá en las beatitudes celestiales donde debe estar, no hay miedo de que vuelva a sentir jamás los apremios de la necesidad ni las torturas del hambre y de la sed.

--¿Qué hará ahora la pobre Cucarachita? –se decían todos.

La pobre Cucarachita se recobraba poco a poco de su vahído; miró en torno suyo con los ojos vagos; de súbito se incorporó, púsose de nuevo intensamente pálida, y clavó las interrogantes pupilas en Misia Rata.

--¿Dónde está…? ¿Su pudo salvar…? –balbuceó.

Los circunstantes pudieron observar cómo subía y bajaba su pecho de angustia; cómo palidecía más aún, y creyeron que se iba a desvanecer por segunda vez, cuando la Rata, sin ánimo para hacerlo de viva voz, le contestó que no con la cabeza.

A pesar de todo, no se desmayó. En medio de la general expectación se levantó lentamente. Requirió para ello el auxilio de Misia Rata y del Ciempiés, quienes se lo dieron de buen grado. Se acercó a la olla, y estuvo mirándola largo rato.

Misia Rata no pudo aguantar más:

--¡Se murió! ¿No lo ves? ¡Se murió! –estalló-. Desapareció en el fondo. Desapareció para siempre. ¡Pobrecito! ¡Tan bueno como era, y tan simpático! ¡Y tanto que te quería! ¿Ahora de que te sirve que te haya querido? Se acabó… Se murió…

Tenía una especia de exaltación nerviosa.

--¿Ahora de qué te sirve tu mediecito, de que te sirven todas tus riquezas? Se acabaron. Todo se acabó. ¡Maldito mediecito! Sólo zozobras y desgracias nos ha traído a todas. Tan felices que vivíamos, y tan tranquilas… Desde que lo encontraste, no ha sido más que mortificaciones, y andar para arriba y para abajo como condenadas, y gente que va, y gente que viene, y no gana una para afanes y preocupaciones. ¡Ojalá que nunca te lo hubieses encontrado!

--Dice usted verdad. Los viene terrenales no traen como consecuencia más que sinsabores –prorrumpió el Doctor Burro.

--Ya quisiera yo unos cuantos de esos sinsabores –manifestó el Cucarachero –con tal de que me quitasen los sinsabores de la pobreza.

--Hablas por hablar y porque no tienes experiencia de la vida –le repuso la Gallineta-. Ya ves el ejemplo de la Cucarachita: con todas sus riquezas, ahora ha perdido a su Ratón Pérez.

--El se hubiera casado con ella de todos modos, por el Ratón Pérez no veían en la Cucarachita Martínez su dinero, sino lo que ella misma vale –reflexionó Misia Rata-. El matrimonio hubiera sido modesto, sin invitados y sin chocolate, y Ratón Pérez no habría corrido el riesgo de perecer ahogado.

--En lo que toca a las invitadas, supongo que no te quejarás –replicó al instante la Araña Tetracauta-. Tienes aquí reunida en tu casa a la élite de nuestra sociedad.

De improviso, Misia Rata se volvió a ella, hecha una furia:

--Sí, rugió-. La élite… La élite… ¡Valiente élite! Ustedes con quienes tienen la culpa de todo. Ustedes son el cortejo de desdichas que nos ha traído la riqueza. Ustedes son quienes lo mataron.

En su excitación, no reparaba en la injusticia de sus incriminaciones.

--¡Ay, Dios mío: qué horror! Ahora nos insulta en sus propia casa –gimió escandalizada la Gallina, y fue a ponerse su sombrero y su abrigo para salir sin pérdida de minuto de aquel antro de perdición. Lo mismo hicieron todos los convidados.

--Sí, ustedes son los que lo mataron –vociferaba Misia Rata-. No sé cómo se nos ocurrió a la Cucarachita y a mí invitarlas.

Las persiguió con denuestos hasta la puerta, allí continuaron por largo espacio enzarzadas en su ruidosa discusión.

Con sus explosiones de furor y los alardes de condolencia, en otros, contrastaba el austero silencio de Cucarachita Martínez. Siempre muy pálida, casi sin pestañear,

parecía no prestar atención a cuanto ocurría en su derredor. Por último, si pronunciar una sola palabra, se alejó lentamente.

La Cucarachita Martínez se retiró a hacer vida monástica. En lugar de sus galas y de sus lacitos azules, vistió oscuros hábitos y empleó su fortuna en obras de misericordia.

Por eso, ustedes la ven sólo muy de cuando en cuando. Aparece de noche, o al atardecer: siempre en silencio, y siempre en sus tocas pardas, recorre furtivamente caminos solitarios, y se esconde con rapidez cuando la sorprenden miradas extrañas.

Y el sol, al acercarse al poniente se tiñe de violeta, y solloza; las aguas murmuran tristemente, despeñándose en la cascada sobre negros pedruscos; las nubes se encapotan con matices sombríos, preñados de lluvia; el cielo antes claro comienzan a llover gotas melancólicas y pausadas, como lágrimas; los bambúes se estremecen, exhalando sonidos plañideros; y las flores amarillas del campo tienen una escarapela d luto en el corazón, y se llaman claveles de muerte.

Porque Ratón Pérez se cayó en la olla, y la Cucarachita lo siente y lo llora.

LA FUNDACIÓN

Largo tiempo había transcurrido desde aquella ocasión en que Tío Conejo con su malicia característica, descubrió la falsedad de Tío Tigre enfermo, sin que éste hubiese tenido nuevas noticias suyas. Los primeros días pasaron en medio de una tranquilizadora placidez.

--¿Y qué habrá sido de Tío Conejo? –murmuraba de vez en cuando la Zamurita, la cual no podía ocultar su añoranza por las travesuras del ausente.

--Es cierto –asentía Ña Guacharaca-. No se le ve ni se le siente por ningún lado. Miren que yo ando por donde quiera en mis empresas de caridad y en mis constantes desvelos por la suerte de los menesterosos. Recorro las barriadas extraviadas, visito los ranchos pobres y converso con los animales más distintos en las más variadas esferas sociales: en ninguna he tenido mención de Tío Conejo, ni de su vida, ni de lo que pueda estar haciendo o consiguiendo.

--Tal vez se haya muerto –apuntó Misia Boa

--Ojalá –respondió al punto Misia Baba, en tanto que se abanicaba dulcemente-. Sería lo único bueno que podía haber hecho en su vida.

--La muerte es siempre lo único bueno que se puede hacer en la vida –comentó el Cigarrón.

Era como si la tierra se la hubiera tragado. Ahora la Cantárida y la Culebra Sobadora podían salir impunemente a sus cabalgatas, sin el temor de que los ojos curiosos espiasen los batacazos que se daban, de que labios malévolos propalasen sus deficiencias en el arte de la equitación, de que el agudo Mosquito le sacara una caricatura en el periódico Pica-y-huye. La Garza Morena podía dar un gran baile, segura de que, al frente de la ventana abierta, una turba molesta y plebeya, de la que trascendía

insufrible hedor a trapos sucios y a guisos baratos, no había de ofender el delicado olfato de sus convidados; ni embarazaría tampoco con su presencia a Don Paují de Copete cuando, impecable en su levita negra y su pechera blanca, demostrase a las damas las última novedades coreográficas, los últimos pasos de baile importados de París o Nueva York.

--Y fíjese qué tranquilos y qué pacíficos están ahora los animales –observaba sin cesar, radiante de satisfacción, el Profesor Mochuelo-. Bien decía yo que ese endiablado Tío Conejo era un disociador y un agitador.

En efecto, como si obedeciesen alguna consigna, los humildes animales que pernoctaban en la pensión de la Lapa o se reunían en la pulpería del Cachicamo, entraban o salían recorrían calladamente las calles, se dirigían a sus quehaceres o volvían de ellos con una quietud y una mansedumbre ejemplares; y si el Coronel Querrequerre o cualquiera de los Flamencos les hacían alguna observación, obedecíanla con prontitud, y hasta daban las gracias con una ligera inclinación de cabeza.

--No, si están de lo más decentes –convenía la Zorra-. No pocos de ellos ya han aprendido a cederle la acera a las damas cuando las encuentran por las calles.

La paz, la dulce paz reinaba soberana sobre el vasto pueblo de los animales. Días iban y días venían y no había disturbio que sosegar, pleito que dirimir, denuncia a que atender, incidente que lamentar ni novedad que viniese a sacudir un poco los nervios.

--¡Ay, no! Si esto se está poniendo sumamente aburrido –decía de vez en cuando la Macaurel, con un bostezo-. Como que vamos a tener que mandar a buscar otra vez a Tío Conejo para que le ponga una pizca de pimienta a la existencia.

--Cuán cierto es que dentro de la animal condición está el no encontrar su plenitud ni en la calma ni en el peligro –sentenció el Cigarrón-. Cuando la rodea éste,

ansia aquélla, y en medio de la calma suspira por las circunstancias que puedan hacerla peligrar, porque en la propia vida va implícita la búsqueda del peligro.

Como si el tiempo quisiese confirmar las palabras del Cigarrón, a medida que semejante sosiego se prolongaba, los animales principiaron a recelar de él. Como no ocurría nada, la quietud los inquietaba. Tío Tigre dormitaba sobre su escritorio desnudo de telegramas alarmantes y sus carpetas vacías de expedientes y averiguaciones; entonces el Camaleón llegaba hasta él, lo sacudía por los hombros y advertía, nervioso.

--Tenga mucho cuidado, perínclito jefe. Mire que hay un refrán que dice: ‹‹Del agua mansa líbreme Dios, que de la brava me libraré yo››.

--Y otro que afirma: ‹‹Debajo de la basura está la culebra›› -añadía la Marimonda.

--Ese último proverbio es un insulto –protestó enseguida la Culebra Sobadora-. Nos ofende a nosotras, las culebras, que somos bien nacidas. Los animales cultos no deberían tener en sus labios refranes tan vulgares.

Aprensiones como las anteriores desconcertaban constantemente a Tío Tigre y a las principales autoridades, y ellas fueron subiendo de puntos mientras más larga se hacía semejante pausa de acontecimientos.

--No hay duda: el silencio de ese individuo significa algo –comenzó a manifestar el Doctor Rabipelado.

--El silencio siempre significa algo, al contrario de las palabras, las que con frecuencia no significan nada –respondió el Cigarrón.

--Mi estimado señor Cigarrón: no ésta oportunidad para chistes –le replicó, sin poder reprimirse, el Profesor Mochuelo-. Estamos hablando de cosas muy graves. La aparente inmovilidad de Tío Conejo, y su efectiva desaparición, indica a las claras que

está tramando alguna tenebrosa conspiración en contra del orden institucional del Estado, y en virtud de ello creo que el Gobierno debería proceder con draconiana energía.

En resumen, que ya Tío Tigre no se encontraba en aquella disposición de ánimo, tan de su gusto, como para gozar a sus anchas de su siesta habitual en la beatífica penumbra de su despacha tapizado de cortinajes bordados. Ya era el timbrazo de una llamada telefónica; ya un telegrama que el Macao ponía sigilosamente sobre su portafolio, ya alguna carta de origen desconocido, la que ni siquiera se atrevía a abrir con el cortapapel de plata que le regaló un día la Dama Viudita, en la angustia de que su misterioso sobre contuviese al anuncio de una tremenda catástrofe.

Si abrían inesperadamente la puerta, Tío Tigre se erguía, pálido, y sólo volvía a caer sobre el sillón, extenuado, cuando comprobaba que no era más que la Garza Morena, quien, con su andar contoneado, entraba murmurando:

--¡Queridísimo mío! ¿No sabes la última noticia? Los moditos aseguran que el gris plata hará furor este año en el otoño.

Innumerables y menudas informaciones mantenían latente el estado de excitación. Un día el Gato Cervantes aseguraba haber observado inusitada agitación en la populosa tribu de los monos titís. Otro, el rapidísimo Tiburón, de regreso de una de sus navegaciones, traía parte de movimientos análogos en las costas marítimas. Se habló de un contrabando de armas, en cuya introducción intervinieron los tortuosos Cangrejos y los Camarones, hábiles para escapar a las miradas de sus perseguidores. Y por largo tiempo el Aguaitacaminos, prefecto de la policía secreta, hizo vigilar la casa de la Culebra Coralito porque, según rumores, allí se llevaba a cabo una fabricación clandestina de bombas de terrible poder explosivo.

Tío Tigre enflaquecía a ojos vistas. Sus ademanes eran bruscos, impacientes, indecisos. Vivía en un perpetuo sobresalto. Sus ojos se mostraban enrojecidos por los bordes, de tanto mirar en torno suyo en la guarda de alguna incierta amenaza. Montaba en cólera con mayor facilidad que nunca, y desahogaba en sus servidores su malhumor. Hacía tiempo que ya no pronunciaba uno de aquellos brillantes discursos, de períodos rotundos y floridos, que le hicieron famoso para la época en que el pobre Cucarachero trabajaba en su casa; y el Doctor Oso Frontino, su eterno rival en la alta política, comentaba con mal encubierta alegría:

--El pobre ya está chocheando.

--Usted necesita una cura de reposo –le indicó el Doctor Capuchino, el que se alarmó mucho al tomarle la presión arterial. Mucha gimnasia, aire libre, duchas frías, dieta de fruta y leche, caminatas todas las mañanas antes de entrar a trabajar.

Púsose Tío Tigre a seguir el régimen que le prescribió. Y en ello andaba una buena mañana cuando, por haber prolongado su paseo hasta la altiplanicie a la que los animales denominaban La Fundación, hete aquí que dio de manos a boca con aquel cuya desaparición era la causa de todos sus males: se topó con Tío Conejo.

En otros tiempos, ya lejanos, estuvo en este mismo sitio un rico hato donde vivieron los hombres. Diferentes potreros, vaqueras, establos, apriscos, un redil para los mautes, una construcción para el ordeño y otra para que durmiesen los becerros, se dividieron la libérrima sabana. El aire dulce estaba poblado por el mugido de las vacas, por el canto hondo y triste de los peones que las reunían por las tardes y por el ladrido de los perros; los animales silvestres, ni aun el poderoso Tío Tigre, se atrevían a acercarse en muchos kilómetros a la redonda, si no eran los desvergonzados zamuros, que venían

aprovecharse d los desperdicios de alguna res beneficiada para el consumo, o algún que otro zorro, que osaba robarse una gallina.

Un día había llegado el fundador; era joven, fuerte y hermoso, como una palabra de esperanza. El viento se enredaba en sus ásperos cabellos negros que enmarcaban una frente maciza y recia, donde se revelaba la energía. Sonreía muy contadas veces: su genio era más bien retraído; como si se hubiese habituado a concentrarse en el ejercicio de la voluntad. Traía consigo a la mujer, suave y silenciosa, y al tierno hijo. Cuando estuvo contemplando un buen rato aquella amplia extensión, por la cual se dilataban las miradas, aquella tierra negra, regada con agua generosa, y aquellos oscuros bosques húmedos, que se desperezaban con lentos estremecimientos, sus ojos oscuros fulguraron con satisfacción. Entonces cogió al niño, y alzándolo sobre la cabeza, lo mantuvo algún tiempo contra la brisa fresca, que jugaba con sus rizos así como las greñas de su padre.

--Aquí nos estableceremos, mujer. Esta será nuestra tierra .dijo; y tales fueron las palabras humanas que por primera vez resonaron en aquella comarca virginal.

Durante muchos meses escucharon los animales, estupefactos, el incesante afán de su labor. Los anchos y seguros pies, con zapatos claveteados, se asentaban con solidez sobre las cuestas del terreno, haciendo rodar las piedrezuelas. Las tímidas perdices y las tórtolas, de susurrante volar, huían, asustadas. Las verdes lagartijas tenían que abandonar, echando pestes, el lugar donde se habían tendido al tibio sol, y corrían, ondulantes, a meterse en sus escondrijos. Las innumerables ardillas se dispersaban en todos los sentidos, desatado en un loco susto el corazón, al sentir el cataclismo del inmenso jabillo que caía bajo los golpes del hacha; su derrumbe llegada a despertar de su sueño al hurón cachazudo, que lanzaba desconfiadas miradas en su derredor. Y el mismo puma, desconcertado, aguzaba las agudas orejillas, amusgaba el entrecejo, retrocedía

paso a paso, azotándose con la cola, sin querer delatar el temor que se le anudaba en el pecho carnicero, mientras en sus pupilas glaucas se reflejaba el rojizo resplandor de las hogueras.

Pronto vinieron otros hombres, y con ellos caballos, toros, vacas, gallinas, gallos, puercos, y el can de inevitable olfato y de atosigante ladrar aborrecido. De entre los primeros, uno de lo más simpáticos era el hermano menor del dueño de La Fundación, mocetón arrogante y alegre, en cuyos labios flotaba perennemente una sonrisa; y detrás de ellos, numerosos trabajadores, muchos de los cuales traían consigo a sus mujeres y a sus hijos. Algunos se ocupaban de medir el espacio con largas cintas delgadas, como serpientes, y luego alzaban pacientemente cuadradas edificaciones. Otros plantaban postes, y fijaban en ellos alevosos alambres de puntas aguzadas, en las que quedaban adheridos trozos de vellón de la piel de los venados.

Poco a poco el escenario de la naturaleza solitaria iba cambiando de aspecto, y llenándose de bulla y de animación. Si una manada de báquiras, muy temprano, con la fresca de la alborada, tomaba el sendero habitual para ir al bebedero, lo encontraba interceptado por una rústica puerta, de golpe, de troncos desbastados, que habían colocado allí tarde anterior. De la noche a la mañana veíanse surgir, como por arte de encantamiento, viviendas impenetrables, de las que pronto se alzaba el humo de los fogones y el aroma de las viandas que preparaban sus moradores. Primero eran apenas unos cuantos maderos erigidos en cuadrilátero; sobre ellos se alineaban luego diversas viguetas paralelas, en forma de costillar, de suerte que desde lejos semejaban osamentas de bestias muertas en la sabana; por último, sus constructores recubrían tal armadura con barro amasado con paja, y con hojas de palmeras, cerrándola del aire libre; y ya quedaba

convertida en un nuevo antro de peligro y de terror, pues los animales sabían que desde allí habría de vigilar, día y noche, con su perpetua amenaza el ojo taimado del hombre.

Jinetes en rápidos caballos, que se enorgullecían de estar a su servicio, recorrían los intrusos las abiertas extensiones, ensordeciéndolas con el retumbar de los cascos, y hacían huir a toda prisa, para no ser aplastadas, a las víboras de cabeza achatada y las cuaimas de picadura instantánea. Pero aún era cuando, por modo más cauteloso y más artero, se internaban en silencio bajo la espesura, asesorados, por el husmear de los sabuesos y en la mano la escopeta de cañón frío y muerte quemadora, y ni la arisca onza estaba a salvo en lo alto del árbol.

Hendiendo la tierra, la asoladora reja del arado pasaba por sobre las llanadas donde antes crecían únicamente los chaparrales. Y ni los sapos y las sardinitas estaban seguras en el río, porque hasta el agua inquieta llegaba al poder domesticador del hombre, quien a través de canales hechos con bambúes la conducía allí donde le hacía falta para abrevar la sed o despercudir a los chicuelos.

Prosperaba La Fundación. Crecieron y dieron sus frutos gordos y dorados los topochales, sus vainas verdes y tiernas las plantaciones de frijoles. Reproducíanse los ganados. Balaban los terneritos; y al poco tiempo de nacidos ya estaban caracoleando en torno de sus padres los ágiles potrillos, de menudos cascos. La suegra del mayordomo, una vieja arrugada y llena de resabios, aseguraba que toda aquello bonanza se derivaba de los numerosos gatos domésticos que ella mantenía y cuidaba amorosamente.

--Hato sin gato no tiene buen resultado –sentenciaba.

Que se debiese o no a tal protección gatuna, ello es cierto que el trabajo redundaba que era una bendición. Se extendían las siembras, aumentaban las construcciones, se desarrollaban armoniosamente las labores cotidianas, multiplicábase

la trabajadora población. Algunos animales se fueron habituando a ella. Vinieron las golondrinas a hacer sus nidos en los aleros de las casas, los garrapateros a subirse sobre el lomo de los bueyes para picotearles los parásitos; una paraulata se arriesgó una noche de luna a plantarse en el propio patio principal de la morada, y alzó el surtido de los trinos deliciosos enfrente de los dueños de la casa, quienes la escuchaban embelesados, arrellanados en las butacas que ellos mismos habían construido con cuero sin curtir; el zorro, en cambio, olfateaba desde lejos, sin arriesgarse muy cerca del corral de las gallinas, escarmentado por las muchas veces que cayó en las trampas que le armaban entre la maleza.

Fueron familiarizándose los animales vecinos con extraños ruidos: el chirrido de los hierros ardientes sobre la piel del maute, de la cual se esparcía el hedor de chamusquina; el tintineo de las vajillas de peltre, cuando preparaban las comidas; el crujido de las máquinas desgranadoras; las notas hondas, claras y quejumbrosas de las guitarras, que rasgueaban durante las noches estrelladas de tal modo, que su melancolía ascendía por el aire límpido, se dilataba en la inmóvil fosforescencia, y se iba a colgar, como gotas líquidas, de los trémulos luceros.

Y una noche lunada, también distinguieron un sonido completamente nuevo y desusado: un rumorcillo tenue, y sin embargo agudo y penetrante. Ascendía del seño de la cada iluminada. Se repitió por porfiada insistencia, con algo de púa molesta que se clava en la carne, y que, a pesar de ello, produce una indefinible dulzura. El oírle causaba angustia, pero a la vez poco a poco iba embelesando el alma, y la replegaba sobre profundas meditaciones acerca de los misterios abisales del ser y de la vida. Diríase que aquel gritito quebradizo estaba vinculado, por medio de confusos nexos, con el parpadeo de la estrellas y con el silencioso pulso del universo. Algunos búhos, que

velaban a esas horas, dieron vuletas atolondradas alrededor del tejado bajo el cual emergía tan peregrino murmullo; y una flexible onza, en andanzas de cacería, detúvose largo tiempo, anhelosa, acallando los apremios del hambre con las indecisiones de su admiración; porque aquél que se escuchaba era el prodigioso despertar de una existencia nueva, el primer vagido de una criatura humana que abría sus ojos en La Fundación.

La había nacido una hijita al dueño de la casa. Al principio no fue más que un montoncillo rojizo de carne, con dos ojos pizpiretes e inteligentes y una enorme boca que berreaba a cada instante. Más tarde, sus músculos fueron tomando consistencia, sus huesos afirmáronse, su cuerpo se desenvolvía en formas redondeadas. Pasaron los años. La nenita se transformó paulatinamente en una niña encantadora, en cuyo rostro pícaro y deliciosas travesuras se advertía un trasunto de la jovialidad de su tío. El hijo mayor, en cambio, aquél a quien el padre había traído consigo y expuso al aire fresco de la llanura el día en que pisó terrenos de La Fundación., heredaba el carácter voluntarioso de su progenitor. Ambos alegraban la existencia de trabajo que allí se llevaba; y por las tardes, viendo cómo sus esfuerzos iban plasmando en realidad y cómo la tierra generosa le recompensaba con creces el amoroso empeño con que la había cultivado, el amo solía sentarse en su silla de vaqueta, delante de sus pingües posesiones, y regalarse con algún descanso, mientras al lado la compañera fiel repasaba la ropa y la zurcía, y a los pies los hijos principiaban a deletrear.

Más sucedió que un pequeño animalito, más pequeño que el pequeño terecai, más pequeño que en diminuto calzoncillo de siete colores: negro, azul, verde, anaranjado, amarillo, colorado y canela; más pequeño aún que el minúsculo tucusito, que de detiene el inmóvil en el aire; mucho más pequeño que una sola zarpa extendida del poderoso Tío Tigre, más pequeño que su ojo zahorí, más pequeño que el ojo rojo del

Caricare, para quien ningún escondite basta; todavía más pequeño que el pequeñísimo mosquito que le servía de portador: un microscópico animalito se introdujo furtivamente en La Fundación.

Allí, adonde con todo su poder no se atrevía llegar Tío Tigre, ni con toda su rapidez el Caricare, llegó el sigilo el alevoso, agazapado en el interior del cuerpo de un insecto casi imperceptible, que se colaba por estrechas hendiduras. ¿Quién hubiera pensado que en receptáculo tan reducido pudiese caber tan grande mal? Ni las eficaces pupilas de aquellos animales superiores lograrán columbrarlo: sólo los misteriosos aparatos que fabrican los hombres hubieran podido alcanzar a su infinita pequeñez, distinguiéndolo en medio del oscuro suero en que se movía.

Venía con la sangre que su conductor, el mosquito, había chupado de un hombre enfermo. Allí, el esporozoo era objeto de una cierta evolución que lo hizo apto para su depravada empresa. El zancudo dentro del cual se guarecía penetró por la ventana de una casa, acercóse a una mujer dormida, se posó en ángulo de cuarenta y cinco grados sobre su garganta desnuda, y perforándole la piel con sus agudas piezas bucales, púsose a chuparle la sangre roja y tibia con la trompa codiciosa.

Dormía la mujer. Dormía a su lado, el marido. Dormían, en las cunas inmediatas, los tres hijos. Fuera, en otras casas, dormían los demás pobladores de La Fundación. Dormía el dueño, y dormía la familia de éste, y nadie, en la dormida naturaleza, ni siquiera el propio insecto que sorbía la sangre, pudo percatarse de cómo el plasmódium, con diabólica habilidad, supo aprovechar tan breve instante para colocarse dentro del dormido organismo femenino.

Una vez dentro, atacó con voracidad el glóbulo rojo, se instaló en su interior, creció y comenzó a engordar en aquel ambiente rico y sustancioso. Muy pronto hubo

ingerido el contenido entero del glóbulo; y entretanto sucedía la cosa más estupenda: el protozoo fue dividiéndose por una serie de tabiques en otros tantos corpúsculos, cada uno de ellos con su mínimo núcleo; luego de estos gérmenes, en número de doce, se acomodaron en una colocación radial; y por último, cuando las esporas estuvieron desarrolladas y el glóbulo que las contenía estaba ya por completo aniquilado, se desprendieron unas de otras, y cada cual convertida en nuevo esporozoo fue a instalarse en nuevo glóbulo rojo, a dar principio al mismo proceso anterior.

De tal manera, reproducíanse los microorganismos con extraordinaria velocidad; escaseaba, en tanto, siempre más, en la sangre floja y aguada, la roja hemoglobina. Amarillearon las mejillas de la mujer; sus labios se pusieron exangües, sus miradas cenicientas. Sentía cómo la fiebre ardiente le ascendía por el pecho, cómo las manos y los pies se le helaban. Un pesado sopor le invadía el espíritu y la desganaba para las faenas domésticas. Zumbábanle los oídos, se le requemaban los labios, escuchaba golpear contra las sienes el pulso tardo y laborioso, se le cerraban soñolientos los párpados. Al fin no pudo más y se tendió en el catre.

Por su parte, el mosquito no había estado ocioso. Como aquélla era un mosquito hembra (porque el macho no vive de la sangre que chupa a los hombres y a los mamíferos, sino que se alimenta de los jugos azucarados de las plantas), fue a poner sus huevos en un pantano que estaba en las cercanías. Nacieron larvas, las que extendieron en la superficie del agua un pincel de pelos, del cual quedaron colgadas en posición invertida. A poco se convirtieron en ninfas; entonces, nadando con ayuda del abdomen, sacaban del agua las dos orejitas implantadas en la parte superior de la cabeza, y por ellas aspiraban con deleite el aire puro y cristalino. Finalmente se transformaron en otros

tantos mosquitos. Con satánica alegría volaron en la mañana primaveral, y chupando la sangre de la mujer ya enferma, fueron a inocular a los sanos el microbio destructor.

Cundió sobre las tierras fértiles de La Fundación el fantasma de la enfermedad. El amarillo paludismo entraba en los ranchos humildes sin que nadie le viese, a hurto de la mujer amorosa que preparaba la sopa al marido, o del esposo fuerte que extendía su mirada protectora sobre la cónyuge y los hijos. Sentado a la cabecera de la cama, tocaba con su dedo cáustico como un tizón ya éste, ya a la otra, ya a los indefensos niños; y al punto se encendía en la vivienda atribulada la hoguera crepitante de la calentura.

El malestar que les envaraba los músculos, les ablandaba los huesos y les entorpecía el cerebro, hacia los trabajadores displicentes. Desmadejados, arrojaban al suelo la escardilla o el machete, y preferían tenderse a la sombra de un jobo, tiritando a pleno mediodía, a cumplir su tarea. Las labores del hato decayeron, faltas de vigor y del entusiasmo de sus ejecutores.

Un día, a la atardecita, cruzó por en medio de los plantíos un séquito silencioso. Colgando de una vara, que dos de ellos portaban, conducían a la primavera víctima de la endemia; y en el collado que dominaba la sabana por el Este amaneció la primera cruz, como una nueva planta exótica venida, sin que nadie la hubiese invitado, para permanecer allí y para prosperar.

Otro día, también a la hora del crepúsculo, el solapado mal hizo garra en el mocetón, hermano del dueño de la finca. Ocupábase en castrar unos novillos que venderían en la próxima cosecha, cuando un anófeles volandero pasó a su lado y se sintió provocado por su cuerpo tan joven. De allí a poco expiraron en su boca las coplas bulliciosas; el galerón, que tiene entrada de jácara y salida fanfarrona, no le alegó más el semblante; no se le anubló más el agridulce regusto del cantar, que se entona con la

cabeza ladeada y con las miradas perdidas en la lejanía. En adelante sus manos rehusaron acariciar la pulida guitarra, de cintura de mujer. Repugnábale el trabajo. Se fue quedando débil y abatido, y en balde resultaron todos los desvelos de quienes lucharon por apartar de su lado la muerte aterradora.

Pero cuando se vino a colmar la desesperación de hermano mayor, fue en la ocasión en que la propia hija, aquella niñita de bucles cuya risa era un cascabel y cuyas manitas de ensueño acostumbraban a deslizarse sobre el plumaje de los pichones, enfermó. Sin pérdida de tiempo, el padre hizo ensillar el mejor caballo y corrió a la lejana población en busca de médico. Llovía torrencialmente. El abrupto sendero estaba cubierto de un fango baboso, en el que resbalaban los cascos del corcel. De las serranías bajaban espumeantes las quebradas. El viajero encontró el río fuera de madre, y sólo pudo vadearlo tras penosos intentos. Cuando llegó a donde se proponía, extenuando él y cubierta de sudor la cabalgadura, se vio en la necesidad de alquilar un segundo caballo para volver con el facultativo.

A su regreso, una fiebre terrible habría prendido en el tierno organismo de la niña. Deliraba; sus ojos giraban desordenadamente en las órbitas, y, por momentos, se clavaban angustiados en los circunstantes, como impetrándoles su protección. Parecían inquirir, en su pavor, la razón de ser de aquel padecimiento que se cebaba por modo tan injusto en su inocencia. De vez en cuando emitía palabras entrecortadas e incomprensibles; o ejecutaba débiles gestos con las manitas blancas, las que no acertaban a alejar de sí ni la calentura ni el dolor.

--¿Por qué ha de ser ella? ¿Por qué no me moriré más bien yo, que soy una vieja inútil? –exclamó de repente la dueña de los gatos, y rompió a llorar.

Al día siguiente hubo que hacerle una cunita blanca, para enterrarla.

Este golpe afectó muy hondamente al padre. Volvió con mayor desaliento que nunca a las faenas. Había perdido su espíritu emprendedor. El hato comenzó a arrojar pérdidas. Malográbanse las cosechas. Cada vez abundaban más los ranchos desocupados; en cambio crecía el camposanto, y dentro de sus términos siempre más anchos, siempre eran más numerosas y próximas las menudas cruces.

No tardó en enfermar, igualmente, la esposa, la que desapareció con los ojos melancólicos y una sonrisa desvaída. Y cuando, por último, el hijo que le quedaba también se sintió mal, su padre no resistió más; lo tomó consigo, y, seguido de los supervivientes, huyó para siempre de aquel campo de desolación.

Durante algún tiempo permanecieron en pie las construcciones, testigos del pasado bienestar. Dejados de la mano del hombre, los ganados rompieron palizadas y talanqueras, y se dispersaron por el desierto, volviéndose montaraces. A la intemperie de la lluvia y del sol, los marranos criaron largas cerdas, sus colmillos se aguzaron, y se volvieron tan salvajes y tan feroces como los terribles carniceros. Las aves domésticas cayeron en poder de los zorros, a quienes ya no contenían las estratagemas de los hombres.

Zacates y zarvas fueron los primeros en invadir los antiguos dominios, iniciando la venganza y la reivindicación de la selva. En medio de las baldosas del patio brotaron su porfiado tallo las escobas amargas, sus florecillas azules la suelda consuelda. En los rincones, en los derramas de las ventanas, donde quiera que se depositaba una pulgada de tierra, la cubrían enseguida las hojas ovales del golondrino. En el jardinillo, donde antaño la dueña se esmeraba en cultivar la paz del alma y la astromelia, cundieron los enojosos cadillos, la batatilla y el hediondo pasote. Los sitios frescos fueron dominados por alfombras de verdolagas.

Las cercas fueron cubiertas por las pascuas, por el venenoso ñongue. Sobre los guanábanos y los guayabos cayeron tiñas, bardas de palo, matapalos. En los techos pajizos anidaron millares de arañas, de alacranes, la fétida chinche, el ciempiés de cuerpo amarillento y negras patas. Luego las lluvias y los vientos asolaron los tejados, y sólo quedaron ruinosas paredes de tierra roja, que el tiempo descalabraba.

Vino de nuevo la víbora, y puso huevos sobre el cemento de los pretéritos pisos, porque allí el sol los empollaría más fácilmente. En medio de lo que en otros días eran recintos humanos, creció la cascabel, cuyas semillas imitan el sonido de la serpiente del mismo nombre, y el tártago, de gordas frutas erizadas de púas. Cuando las hierbas y malezas hubieron destrozado el pavimento, una ceiba nació en el sitio donde había estado la cuna de la niña. La semilla fue traída sin duda por el viento, gracias a la ligera lana con que iba envuelta. Creció la planta con rapidez; se hizo corpulenta; asomó su redondeada copa por encima de los muros; apoyó contra uno de éstos una d sus fuertes ramas; día tras día, semana tras semana, meses enteros, persistió la presión de la tesonera masa vegetal sobre la argamasa fabricada por los hombres; al fin la última no pudo soportar más: agrietóse la tapia, rodaron desprendidos adobes y piedras, y terminó por desaparecer la casa.

La selva soberana volvió a imperar sin émulos. No temió más la báquira atravesar el paraje en solicitud de algunas batatas o yucas que hubiesen quedado enterradas en los rastrojos; y, en lugar de las notas de las guitarras, se oía en medio del silencio el castañeteo de sus dientes. En los lienzos de muros que restaron, semejantes a cuerpos mutilados, sentábanse los macacos a espulgarse o a celebrar sus ruidosas asambleas. Las lagartijas, de lenguas escamosas, tomaban el sol en los sueltos pedazos de cemento. A lo lejos, en el aire diáfano, un grupo de cotorras recitaban un alta voz las

lecciones de preceptiva literaria que les había puesto su maestro, el Araguato. Más allá aún, los Güiriríes, con acopio de términos científicos y difíciles tecnicismo, discutían cuál es la mejor manera de volar en formación. Y en la vieja acequia, sellada de matas de berro, un Sapo enamorado, dirigiéndose a una linda Ranita verde que no se dignaba asomar a su balcón, entonaba la siguiente serenata:

Sólo me das por quererte,
niña del verde mirar,
el alivio de un cantar
donde tu imagen se vierte.
Y si así quieres mi suerte
yo te voy a preguntar,
niña de luz de lucero,
si es tu querer altanero
que cante porque te quiero
O te quiera por cantar.

Adoptando un sentido enigmático y sibilino, la Ranita Verde le contestaba:

Como el penacho en la palma,
como el viento en el palmar,
como en el viento la canta
y la pena en el cantar.

En su amorosa impaciencia, el Sapo insistió:

Que si te quiero, me pierdes,
y si no, me das la muerte.
y pues mi suerte es quererte
no será mal que recuerdes,
niña de luna en el caño,
que con tus ojos de engaño
si lo niegas, me haces daño
y si me miras, me muerdes.

Sin abandonar su actitud de pitonisa, aquélla replicó:

Como el curare en la flecha,
el zumo en el barbascal,
como el ensalmo en el daño

y el daño en la voluntad.

La temperatura era tibia, el aire diáfano; la brisa venía embalsamada con olores de albahaca, de mastranto, de tomillo, de mejorana. Bajo su efecto sedante, en medio de los restos parduzcos de paredes, de las lajas sueltas y de los trozos de cemento desparramado que marcaban el sitio de La Fundación, a la sombra de un gigantesco tamarindo, Tío Conejo dormía pacíficamente.

--¡Hum! ¿Dormido ése? –rezongó Tío Tigre-: Tío Conejo no se duerme. Lo que está haciendo, seguramente, es echándoselas de dormido a fin de inspirarme confianza.

--Pero ¡qué va! –se aseguró a sí mismo-. Yo no soy tan incauto. Estoy muy aprendido con las malas pasadas que él mismo me ha hecho, y lo que es en esta ocasión no caigo en el lazo que me tiende.

En conformidad con este propósito, Tío Tigre no se aproximó en derechura a su enemigo, sino que por el contrario se alebró entre la maleza, tratando de ocultarse a sus miradas, y permaneció inmóvil, y atento a su menor movimiento.

--¿Qué trampa será la que tiene preparada? –se decía-. Ese vagabundo es un diablo para inventar maldades. A buen seguro que no está solo. Me atrevo a apostar a que detrás de aquel cerrito, allá a la derecha, se encuentra agazapada una legión de bandidos de su misma ralea que me han tramado una emboscada. ¡Tan sonsos! No saben con quién se la están entendiendo. Tío Tigre ahora es un militar muy zamarro avezado en los ardides de la guerra, y les doy ciento y raya en todas sus marrullerías.

Obrando, pues, en consecuencia con su carácter de estratega consumado, púsose a reflexionar cuál sería la táctica más adecuada en las circunstancias. Díjose que antes que nada precisaba verificar sus presunciones con respecto a los escondidos detrás de la

eminencia. Dando un larguísimo rodeo se arrastró, tan silenciosamente como era capaz, hasta el montículo. No había nadie allí. Desde su altura podía distinguir mejor a Tío Conejo, tendido en medio de los escombros.

--Sí como que está dormido, el idiota –pensó.

Entonces se decidió a acercársele paso a paso. Avanzaba un poco, se detenía, enderezaba las orejas y abría los fulgurantes ojos, mientras los mostachos se le erizaban y un temblor nervioso recorría sus músculos, prestos a dar el asalto de retroceso a la mínima señal que le alarmase: de tal manera la fuerza y la fiereza se miden siempre, a pesar de su aparente superioridad, de la inteligencia y de la astucia. En tanto que se le aproximaba, iba sin embargo, tranquilizándose. Los husmeaba a la distancia, y se azotaba el hermoso cuerpo con la cola.

--¡Sí, sí! ¡Está dormido! ¡Cayó en mis manos el mentecato!

Una gran sonrisa abrió su bocaza roja, donde brillaban los colmillos afilados. Levantó la poderosa zarpa, listo para dejarla caer sobre el endeble cuerpo de su aborrecido adversario.

--¡De ésta sí que no te escapas… -se prometió.

Efectivamente. Tío Conejo estaba tan dormido de un modo tan profundo como suele hacerlo su comadre la Pereza, cuyo sueño no perturban ni los terremotos. Había trabajado mucho, el pobre, durante todo el día. Regresaba extenuado, con su hacha en el hombro; vio el tamarindo y su apacible sombra, y no resistió la deleitosa tentación. Ahora soñaba beatíficamente: soñaba con que se había convertido en un enorme animal carnívoro. Sus manos engrosaron, armáronse de uñas, su pecho se hizo cuadrado y formidable. Había vestido las polainas, el uniforme de gala y el arrogante kepis de Tío Tigre. Cuando hablaba, su voz adquiría volumen de rugido impotente, ante el cual

desfallecían amedrentados sus antiguos compañeros. Un respetuoso terror envolvía su personalidad, colocándola en posición eminete: hallábase sentado en un trono, los pies sobre un escabel de oro macizo; y bajo la amenaza de su foete, Tío Tigre, pálido de miedo, trabajaba afanoso en una cunita que fabricaba para el Conejillo y en una mesa de tocador para la Tío Coneja. Las orejas de Tío Tigre habían crecido desmesuradamente.

--¡Epa, amigo! ¿Qué hace usted ahí?

Tío Conejo abrió los redondos ojos, sobresaltado. Por largo rato permaneció inmóvil, paralizado por el susto, sin atreverse a menear un dedo ni a abrir la boca para contestar.

--Todavía estoy soñando –se dijo-. Ahora tengo una pesadilla.

Cerró otra vez los ojos, apretándolos con fuerza, y a poco los abrió de nuevo, en la lejana esperanza de que, por medio de tan inocente subterfugio, la horrenda visión habría de desaparecer. Pero no: allí estaba, a unos centímetros de su diminuta naricilla, la gigantesca cabeza de Tío Tigre, quien lo miraba con los ojos enrojecidos desde las alturas de su sonrisa de victoria.

--¿Cómo que te habías dormido, no? –le dijo con tono zumbón-. ¿No sabes que a camarón que se duerme se lo lleva la corriente?

Más en el brevísimo intervalo ya Tío Conejo había tenido tiempo para hacer su plan.

--No –respondió-. No estaba dormido. Habría cerrado los ojos y me mantenía inmóvil para ver si lograba apresar las novillas.

Observó de medio lado, con desdeñoso disgusto, a su corpulento adversario, y añadió:

--Pero ahora se presenta usted a estropearme la combinación. ¡Maldita sea!

Tío Tigre quedó estupefacto.

--¿Las novillas? –murmuró-. ¿Qué novillas?

Tenía previsto que, al encontrarse cogido en sus manos, Tío Conejo intentaría escurrirse de ellas por medio de humildes zalemas y de falsos halagos. Contra éstos venían prevenido el potentado, pero no contra su altivez o su desprecio; y el tono de seguridad, de frío desdén, y de olímpica irritación con que le habló, así como la original salida con las tales novillas, lo desconcertaron por completo, dando al traste con sus más elaborados preparativos mentales.

--¿No me pides perdón? ¿No te has dado cuenta de que has caído en mi poder? –preguntó, lleno de inocencia.

Tío Conejo se encogió de hombros.

--¡Bah! –replicó-. Después que se me ha desbaratado una oportunidad tan bonita, ¿qué puede importarme el caer en su poder?

Tío Tigre miró admirado.

--Pero, bueno: ¿qué oportunidad, y qué novillas son esas de que hablas?

--¡Ah, sí! ¡Cómo no! Ya se lo voy a decir –respondió Tío Conejo-. Me viene hacer preso, me cubre con sus amenazas, me importuna en el momento más interesante, me frustra mi hermoso e infalible proyecto, y encima pretende que yo le revele mi secreto… Un secreto que me ha costado tanto desvelos descubrir… ¿Usted me cree tan candoroso así?

Fijó sus sagaces ojillos en su contenedor, lo midió de arriba abajo, como si calculara mentalmente su fuerza física y sus posibilidades.

--Y con mucha razón si se piensa que no hay animal alguno que le pudiera sacar mejor provecho al plan que yo he ideado, que usted mismo. Con estos brazos, son ese

tamaño, con esa formidable potencia muscular que tiene usted… ¡No! Si usted es el más indicado para aprovecharse de esa ganga.

--Pero, bueno, ¿de qué se trata, por fin? Acábemelo de decir, que estoy reventado de ganas de saberlo.

Como si no le escuchase, Tío Conejo continúo hablando como si reflexionase en voz alta.

--Y así sería la combinación mucho más segura todavía, y, sobre todo, más productiva. No se perdería tiempo esperando a que las novillas bajasen por su propia voluntad. El uno se iba hasta donde ella se encuentran, y las echaba por delante. El otro se plantaba en el callejón por donde desemboca la sabana. Esté último tendría que ser Tío Tigre; con su agilidad y su fuerza no habría una sola novilla que escapase.

Tío Tigre ardía en curiosidad y en interés.

--Pero, Tío Conejo –repetía-. ¿Qué combinación y qué novillas son ésas? Si me revelas tu secreto yo te prometo dejarte libre y no hacerte nada.

Tío Conejo lo contempló de nuevo, con atención; parecía estar sopesando la garantía de sus palabras.

--No –dijo por último-. Ni que fuera loco. Yo lo conozco a usted muy bien, Tío Tigre. Si le doy mi secreto, se coge usted a mis novillas, y además me hace prisionero, y quién sabe cuantas otras formas de venganza toma sobre mí.

--No, mi querido Tío Conejo –insistió el otro-. Te doy mi palabra de honor de que a cambio de tu secreto te dejo suelto y me comprometo a no molestarte en el resto de tus días.

Mucho rato siguieron las porfías de su parte, las evasivas y reticencias por la de Tío Conejo. Por último, concertaron un pacto formal.

--Usted sabe, Tío Tigre, como lo sabemos todos los animales, que en este sitio estuvo en otros tiempos un hato de los hombres –explicó Tío Conejo-. Los hombres murieron, víctimas de paludismo; las edificaciones se derrumbaron, y todo el ganado existente, según creencia general, se dispersó, habiendo desaparecido en su totalidad con las pestes, las inclemencias de la naturaleza salvaje o devorados por los carniceros. Pero lo que no saben ni usted ni los restantes animales es que, en realidad, no es así. Tal es mi secreto, y esto es lo que le comunico en virtud del pacto de caballeros que acabamos de sellar. Allá arriba, del otro lado de esa fila de cerros, se extiende un hermoso banco de sabana rodeado de monte, adonde han ido a refugiarse numerosas vacas cimarronas. Están gordísimas y rozagantes. Mi sistema era, como usted acaba de verlo, el esperar que alguno de ellas, buenamente y por su propia voluntad, bajase hacia este lado. Pero ahora, entre los dos, el procedimiento se simplifica mucho. Mucho fácilmente puedo subir hasta la altiplanicie, rodear, por el lado de atrás, la mancha de ganado, y arrear cuatro o cinco de las más gordas para acá. Usted las espera aquí con le objeto de atajarlas. Pero eso sí: tiene que adoptar el mismo método que me vio a mí, es decir, debe usted aparentar que se ha quedado dormido e inmovilizarse por completo. De otra suerte las vacas se espantan y se pierde todo el trabajo.

El plan pareció admirable a Tío Tigre; pero dudaba de que las informaciones de Tío Conejo fuesen verdaderas.

--¿Y quién me dice que no te vas a fugar por el otro lado, dejándome con un palmo de narices?

--No, la meseta no tiene otra salida que hacia acá.

--¿Y quién me dice que sean verdad que existen tales vacas?

--¡Hombre! ¿Todavía lo duda? –protestó Tío Conejo-. Entonces es mejor que no hagamos ningún negocio. ¿Donde tiene usted el olfato? Métale la nariz al viento para que se convenza. ¿No percibe ningún olor?

Tío Tigre husmeó en el aire.

--Sí –confesó-. Como que huele a vaca.

--Y a vaca gorda –ratificó Tío Conejo.

En consecuencia, comenzaron a poner en planta su proyecto. Tío Conejo condujo a Tío Tigre a la salida del zanjón donde debía apostarse en espera de su presa. Allí le dio las últimas instrucciones.

--Colóquese aquí en este boquete, acostado en el suelo, con los brazos y piernas abiertas. ¡Cuidado como las va a dejar pasar! Mire que esta noche se da usted un buen hartazgo de vaca gorda.

--¡Ah, se me olvidaba! –agregó, antes de alejarse-. Tenga presente el cerrar los ojos cuando las oiga bajar. Mire que esos ojos suyos son como dos tizones encendidos: relumbran mucho, y si una vaca los vislumbra a los lejos, se vuelve enseguida, aterrorizada, y mucho trabajo nos costaría conseguirla otra vez.

Entonces emprendió la ascensión de la cuesta. Durante varios minutos se escuchó el ruido de alguna pedrezuela o de un poco de arena que rodaban bajo sus pies. Después se restituyó el silencio. Ya caía la noche, y sobre el cielo, de un azul profundo que se teñía de violeta hacia el horizonte, empezaban a apuntar los luceros, como disparados desde el infinito por una mano invisible. El instante de calma que precede a la noche había reemplazado a los numerosos ruidos del atardecer. Todavía cruzó por el espacio, aprisa, una bandada de loritos, a los cuales se les había hecho tarde; y la primera lechuza salió de su escondrijo y lanzó a los lejos su grito agudo.

--¡Caramba! ¡Tanto como se tarda! –pensaba Tío Tigre a medida que el tiempo se deslizaba en impenetrable silencio. Su torpe cerebro era campo de batalla de contradictorios pensamientos: por un lado la gula, la esperanza y la codicia; por el otro la duda, la desconfianza y arrebatos de ira.

Más por último comenzase a oír un ruido que se acentuaba por momentos.

--¡Caracoles! Ya como que levantó una vaca. ¡Y debe ser bien grande! –pensó, lleno de emoción.

En efecto, a juzgar por la forma como crecía el rumor, se trataba de una presa de considerable entidad. Esto vino a confirmar la voz de Tío Conejo, quien gritaba a los lejos:

--¡Aijóoooo, aijóoooo! Tío Tigre. Ahí va una. Agárrese duro. No la deje pasar. Cierre bien los ojos. Tío Tigre; cierre bien los ojos.

El taimado animalito había encontrado un enorme peñasco, de cerca de un metro de diámetro y cuarenta arrobas de peso, colocado en inestable equilibrio en la ladera inclinada. Después de trabajar afanosamente, escarbándolo por el lado inferior, Tío Conejo logró sacarlo de su hueco y desprenderlo vertiente abajo, en dirección al sitio donde aguardaba su sempiterno enemigo. Entonces fue cuando voceó sus instrucciones. Dócil a ellas, el tremendo carnívoro esperaba, afianzado con firmeza en el suelo, los brazos abiertos, las manos extendidas, todos los tendones tensos, en la expectativa del encontronazo, y los ojos bien cerrados…

Botado por una ligera ondulación del terreno que había a pocos pasos de Tío Tigre, el inmenso proyectil se elevó en el aire, describiendo una parábola, de forma que el brutal golpe lo recibió en pleno pecho y en la casa, y de no haber estado tan afincado en la tierra, los disparara a varios metros de distancia. En ella quedó casi incrustado.

--¡Que se me va la vaca! –pudo todavía gemir, aturdido.

Y perdió el conocimiento.

Cuando lo recobró, púsose de pie trabajosamente y, a pesar de la inquina con que veía sitios semejantes desde cierto episodio anterior de su existencia que no le gustaba recordar, fu arrastrándose hasta el puesto de socorro más cercano, a que le pusieran compresas de árnica y le sobaran los huesos magullados.